PAPÁ POR SORPRESA

Un bebé con el doctor millonario



AVA AVERY

PAPÁ POR SORPRESA

UN BEBÉ CON EL DOCTOR MILLONARIO

AVA AVERY



Primera edición en español: febrero 2026
Copyright © Ava Avery

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu capítulo GRATIS:

HAGA CLIC AQUÍ

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin
Facebook: avaavery.autorin
Ava en TikTok: @avaavery.books

ÍNDICE

Gratis Para Ti

1. Luna
2. Nash
3. Luna
4. Nash
5. Luna
6. Nash
7. Luna
8. Nash
9. Luna
10. Nash
11. Luna
12. Nash
13. Luna
14. Nash
15. Luna
16. Luna
17. Nash
18. Luna
19. Nash
20. Luna
21. Luna
22. Nash
23. Nash
24. Luna
25. Nash
26. Luna
27. Nash
28. Nash
29. Luna

30. Nash
31. Luna
32. Nash
33. Nash
34. Luna
35. Nash
36. Luna
37. Luna
38. Nash
39. Nash
40. Luna
41. Luna
42. Nash

Epílogo - Nash

Mis novelas de un vistazo
Libro y Capítulo Gratis
Antes de partir

GRATIS PARA TI

¿Te apetece acceder a un montón de **capítulos gratuitos y exclusivos**, además de **una novela completa gratis** escrita por mí?

Descarga el material extra **AQUÍ** o escanea este código QR y no te lo pierdas.

Empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este **código QR:**

1

LUNA



—¿Qué tal va tu primera semana? —me pregunta mi amiga y, desde hace poco, también mi compañera de trabajo temporal, Kimberly Mitchell.

—Va —respondo, apartando la mirada de la pantalla de mi ordenador.

—¿Va...? ¿Bien o mal? —insiste Kimberly—. Entendería perfectamente si quisieras salir corriendo y gritando de vuelta a Martha's Vineyard.

Niego con la cabeza.

—No quiero. Me gusta estar aquí.

En realidad, soy detective en el Departamento de Policía de Martha's Vineyard, una isla frente a la costa cerca de Boston y residencia de los ricos y famosos.

Junto con Nantucket Island, Martha's Vineyard se encuentra entre las islas y códigos postales de Estados Unidos con los ingresos más altos y la tasa de criminalidad más baja de todo el país.

Por eso mi trabajo en la policía de Martha's Vineyard no es precisamente emocionante. Por tanto, no era de extrañar que me interesara por un traslado a Boston. En Martha's Vineyard no solo no

tengo nada que hacer, sino que tampoco tengo ninguna posibilidad de ascenso.

En Boston, por otro lado, puedo llegar al rango de teniente, quizás incluso al de capitán. Estoy convencida de ello.

Así que solicité irme de Martha's Vineyard, lo que disgustó bastante a mi superior allí.

Aun así, no pudieron impedirlo. En Boston me ofrecieron apoyar a los compañeros durante las vacaciones de Navidad y Año Nuevo y demostrar mis habilidades en la gran ciudad.

Hoy es treinta de diciembre y mi primera semana en Boston está llegando a su fin. Hasta ahora me gusta mi trabajo de prueba y puedo imaginarme perfectamente un cambio permanente a Boston.

—Te propongo algo —Kim apoya las manos en mi escritorio e inclina su cuerpo hacia mí—. Mañana por la noche nos toca turno de noche a las dos. El turno de noche en Nochevieja siempre es un infierno. Un montón de locos que, en su borrachera, se meten cohetes por el culo porque creen que así podrán despegar. No es una imagen bonita.

Me río. Kim tiende a exagerar y espero fervientemente que nadie sea tan estúpido como para meterse un cohete encendido en el trasero.

—Déjame terminar —se queja Kim, y me esfuerzo por contener cualquier otra risa.

—Esta noche tenemos libre y mañana no entramos hasta la tarde. Así que vamos a aprovecharlo como es debido. Concretamente, saliendo de fiesta y ligándonos a un tío sexy. Necesito acostarme con alguien una vez más antes de que termine el año.

Pongo los ojos en blanco, fastidiada. Kim y su constante ansia de sexo ardiente. Más de un hombre estaría celoso de la producción de testosterona de esta mujer.

—Ni intentes escaquearte, Lu. Si por fin sales de ese pueblucho dormido a la excitante jungla de la gran ciudad, tenemos que celebrarlo como se merece.

Conozco a Kim desde hace media vida. Por eso sé cuándo es inútil luchar contra ella. Kim se mantendría firme en su plan y

seguiría dando la lata hasta que cediera, así que puedo ahorrarme el esfuerzo en vano desde ahora.

—De acuerdo. Te acompañaré, esperaré hasta que encuentres una víctima dispuesta y luego me iré a casa. Sola. Ni se te ocurra intentar liarme con un tío. No tengo ni ganas ni tiempo para eso.

Ahora le toca a Kim poner los ojos en blanco, irritada.

—Por Dios, Luna, de verdad tienes que pensar menos en el trabajo y más en tus necesidades. ¿Cuánto tiempo llevas ya sin sexo?

Dieciocho meses y cinco días.

—Ni idea —miento—. Hace tiempo. Pero no lo echo de menos.

Otra mentira.

Pero jamás lo admitiría delante de Kim porque si no, no me dejaría en paz hasta que me llevara a casa a un hombre elegido por ella y ella misma comprobara personalmente que su pene encuentra el camino hacia mi vagina.

No, gracias.

—¿Cómo que no lo echas de menos? ¿Me estás tomando el pelo?

Kim me mira perpleja. Como si le acabara de contar que estoy embarazada de trillizos, con el Espíritu Santo como padre.

—Luna, cariño, no quiero alarmarte, pero algo no va bien contigo. ¿Estás segura de que no quieres que te saque sangre y te analice los niveles hormonales?

Suspiro desesperada.

Kim es una de las médicas forenses del Departamento de Policía de Boston y como tal, examina principalmente nuestros cadáveres.

Me parece lógico que no quiera que me saque sangre junto a víctimas pálidas que han muerto violentamente. A ella no le parece lógico.

Kim siempre insiste en que estudió medicina convencional y que, por lo tanto, conoce perfectamente tanto a los muertos como a los vivos.

Aun así, no quiero arriesgarme.

Además, ¿qué podría ir mal conmigo?

No es que no tenga ganas de sexo. Es solo que no tengo tiempo para buscar un candidato adecuado para ello.

En la vida hay que establecer prioridades, y mi prioridad actual es mi trabajo. Porque a diferencia de Kim, yo aún no he llegado ni de lejos a donde quiero llegar.

—Mis hormonas gozan de excelente salud. Mejor preocúpate de tus muertos —digo, levantándome y cogiendo uno de los expedientes del caso—. Ahora tengo una reunión informativa. Nos vemos luego.

—Entonces, ¿vendrás esta noche?

Asiento con la cabeza y le aseguro con exagerado entusiasmo:

—Por nada del mundo me lo perdería.

Por supuesto que no.

Ya me hacía ilusión pasar una noche tranquila en el sofá.

Durante las dos semanas que voy a estar aquí, he alquilado un apartamento en un portal de vacaciones. Un pequeño pero buen alojamiento en el corazón de Boston.

Tanto Kim como mi familia me han ofrecido quedarme con ellos, pero he rechazado amablemente sus ofertas.

Ya es suficiente tener que aguantar a Kim en el trabajo y a mi familia por teléfono y en nuestro brunch dominical semanal.

En el poco tiempo libre que me queda, necesito mi espacio. Ni Kim ni mi familia lo entienden demasiado.

Es un tema que prefiero desterrar rápidamente de mis pensamientos. Al menos por el momento.

—Luna, ¿viene usted? —llama mi superior, que asoma la cabeza desde la sala de reuniones y mira interrogante hacia Kim y hacia mí.

—Sí, ya estoy en camino —contesto, poniéndome en marcha.

2

NASH



—¿Doctor Nixon?

Levanto la mirada de los valores sanguíneos de un paciente que estaba estudiando y veo a la enfermera Lea, que se dirige hacia mí por el pasillo del hospital.

—¿Todo en orden? —le pregunto preocupado.

—Todo perfectamente —responde con una sonrisa coqueta, apartándose el largo cabello detrás de los hombros, ligeramente sin aliento.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Vendrá a la fiesta de Nochevieja del personal del hospital mañana por la noche?

Su sonrisa se vuelve aún más coqueta con esta pregunta, revelando sus intenciones.

Bajo el historial médico que tengo en la mano y suspiro irritado. No por la enfermera Lea. Sino porque acaba de recordarme que mañana es Nochevieja. Y odio la Nochevieja. Pero eso, por supuesto, la enfermera Lea no puede saberlo. Solo ha tenido buenas intenciones.

—No asistiré, no —digo con pesar, ya que ella espera ansiosamente mi respuesta.

La enfermera Lea pone cara de decepción, pero luego sus facciones se iluminan, como si acabara de ocurrírsele una idea brillante.

—¿Va a una fiesta mejor? ¿Una a la que posiblemente podría acompañarle?

Alzo una ceja divertido. Sus intentos de flirteo son cualquier cosa menos sutiles. De hecho, la enfermera Lea es condenadamente persistente. Aunque ya le he dado negativas varias veces, sigue intentándolo una y otra vez. Eso es de algún modo dulce y me impresiona, pero no cambiará el hecho de que para mí está prohibida.

Por principio, no me lío con mujeres que trabajan en el hospital donde ejerzo. Ni con médicas, ni con enfermeras, ni tampoco con las señoras de administración.

Eso solo lleva a complicaciones y problemas. De ambas cosas ya hay abundancia en mi vida. Tanto en lo personal como en lo profesional.

En mi trabajo como cirujano de traumatología en urgencias, cada día no hago más que combatir problemas. Como hijo de uno de los hoteleros más influyentes de Boston, también hay mucha presión sobre mis hombros en el ámbito privado.

Lo último que necesito es un amorío con una colega que después se haga falsas esperanzas y tenga expectativas sobre mí que no puedo cumplir.

En mi departamento salvamos vidas todos los días. Salvamos tantas como podemos. Cada paciente que perdemos es un paciente de más. Exijo la máxima concentración y profesionalidad a mis empleados. En consecuencia, debo predicar con el ejemplo. No lo lograré si empiezo a acostarme con el personal.

Lo dejo estar y me divierto fuera de las paredes de este hospital. Hasta ahora siempre me ha ido bien con eso. No hay razón para cambiar nada.

—La fiesta de Nochevieja del personal del hospital es insuperable. Lo pasará estupendamente bien —rechazo

educadamente a la enfermera Lea. Al menos lo intento. Pero no se rinde tan fácilmente.

—Si la fiesta es tan insuperable como afirma, ¿por qué no viene?

—Compromisos familiares —le informo brevemente, porque mi vida privada realmente no es asunto suyo—. Deberíamos volver al trabajo. ¿Qué le parece? —le indico amable pero firmemente que tenemos un trabajo que hacer.

Mi respuesta no satisface a la enfermera Lea, eso puedo verlo en su cara, pero entiende la indirecta y se marcha pisando fuerte hacia la unidad de cuidados intensivos.

Yo, por mi parte, me dirijo a los ascensores y subo a ginecología, donde he quedado con mi compañero y mejor amigo, el doctor Austin Green, para una reunión.

—Nash, hoy tienes peor aspecto que de costumbre —me saluda mi colega cuando entro en su consulta—. ¿Cuándo fue la última vez que desconectaste y descansaste?

Le lanzo una mirada despectiva y me acerco a la ventana. Contemplo pensativo el exterior. Sobre el horizonte de Boston cuelga una sopa gris y triste. Sin duda volverá a nevar esta noche. Es uno de esos días en los que incluso durante el día permanece oscuro. No es precisamente el tipo de clima que levanta el ánimo y proporciona ráfagas de energía.

—Hace bastante tiempo —respondo con sinceridad a la pregunta de Austin.

Austin resopla despectivamente.

—Bueno, entonces ya es hora de que cambiemos eso. En ese estado no puedes aparecer de ninguna manera en la fiesta de Nochevieja de tu viejo. Tienes que salir de juerga esta noche y liberar tensiones, para que mañana estés completamente relajado.

Austin puede ser un verdadero fastidio, pero como mi mejor amigo me conoce al dedillo. Por eso también sabe que no estoy tan tenso solo por el aumento de pacientes en urgencias.

La gala anual de Nochevieja de mi padre, Sean Nixon, el superrico hotelero de Boston y cabeza influyente del imperio Nixon, me pone de los nervios, como cada año.

Porque cada año, en Nochevieja, mi padre nos machaca con que por fin debemos comprometernos y formar una familia. Con *nos* me refiero a mis cinco hermanos y a mí.

Pero a mis hermanos y a mí nos gusta nuestra vida de solteros, aunque por diferentes razones.

Por mi parte, no me comprometo porque simplemente no tengo tiempo para ello. ¿Qué mujer toleraría a largo plazo los horarios horribles e impredecibles de mi trabajo?

Ninguna.

Trabajo prácticamente todos los días y hasta dieciocho horas seguidas. No conozco los fines de semana. El tiempo libre es una palabra extranjera que escuché alguna vez, pero cuyo significado he olvidado.

¿Cómo demonios voy a conocer a una mujer y construir una relación con ella?

Está bien, lo admito, *conocer* no es necesariamente el problema. Al contrario. Pero *mantener* es prácticamente imposible.

No puedo hacer declaraciones fiables sobre cuándo tendré tiempo para una cita. Incluso cuando acepto una, una emergencia en el hospital suele hacer que tenga que cancelarla.

Cuando finalmente consigo llegar a una cita, generalmente descubro que elijo a las mujeres según criterios equivocados.

Quizá debería llevarlas a una cita *antes* de acostarme con ellas.

Porque, curiosamente, un aspecto impresionante y la compatibilidad sexual no significan automáticamente conversaciones estimulantes y armonía de caracteres.

En otras palabras: el buen sexo no hace una relación.

Así que en algún momento me di por vencido y desde entonces me limito a mis necesidades puramente físicas.

Eso siempre funciona. Al menos una cosa en mi vida...

—¿Qué te parece si esta noche salimos de marcha y conquistamos la ciudad? —propongo, a lo que Austin contesta con un grito jubiloso de entusiasmo.

3

LUNA



—Luna, ¿podrías dejar de poner esa cara tan arisca? Estás espantando a todos los hombres y con ellos cualquier posibilidad de una noche caliente —refunfuña mi amiga Kimberly, a quien debo agradecer que esta noche esté yendo de bar en bar, en lugar de estar disfrutando de una agradable velada en el sofá.

Eso que adoro las noches tranquilas en el sofá. Porque en mi trabajo son condenadamente escasas. Como detective de policía con disponibilidad permanente, el tiempo libre es un lujo del que rara vez se puede disfrutar.

—Estoy cansada. Creo que me voy a casa —intento probar suerte, pero el grito indignado de Kimberly me hace callar.

—¡Luna Álvarez! Eres la peor compañera de fiesta que he tenido jamás. Relájate de una vez e intenta al menos ocultar a la policía que llevas dentro. Los chicos pueden ver que eres policía a diez kilómetros de distancia. Y eso los asusta, ¿entiendes?

Suelto un resoplido de incredulidad.

—¿*Eso los asusta*? Yo siempre pensé que las esposas excitaban a los chicos.

—Y lo hacen. Con strippers que se llaman Candy y llevan uniforme de policía de látex —me informa Kim con impaciencia—. Pero con policías de verdad como tú, se cagan de miedo en los pantalones.

Cruzo los brazos sobre el pecho y estoy a punto de replicar, pero Kimberly sacude la cabeza resignada y respira hondo.

—¿*Qué*?

—Lo estás haciendo otra vez, Lu.

—¿Qué cosa?

—Eso —agita las manos frente a mis brazos cruzados—, solo así se paran los policías prepotentes y porteros aburridos. Deja los brazos sueltos. O ponlos en las caderas y saca pecho. Pero por el amor de Dios, no los cruces sobre el pecho si no llevas un escote profundo que quieras destacar. ¿Lo pillas?

Entorno los ojos con enfado.

—¿Qué problema hay ahora con mi atuendo?

Kimberly hace una mueca de compasión.

—¿Todavía lo preguntas? Vaqueros negros ajustados, jersey negro de cuello alto y botas negras. Pensé que te había explicado claramente que esta noche íbamos a salir de fiesta. Pero con *salir* no me refería ni a un monasterio ni a una morgue. Lo siento si lo entendiste mal. La próxima vez me expresaré con más claridad.

Me cae bien Kimberly. De verdad. Es una persona sincera que no se anda con rodeos. Y normalmente es precisamente esa cualidad la que tanto aprecio en ella. Pero esta noche, por eso mismo, me entran ganas de retorcerle el cuello.

Lo que ahora mismo no necesito en absoluto es otra persona en mi vida que solo me critique. En ese sentido, mi familia ya hace un trabajo excelente. Y aparte de eso, mis superiores masculinos en Martha's Vineyard me hacen saber cada día de nuevo que una mujer no es adecuada para el puesto de teniente, especialmente en una gran ciudad como Boston.

Demasiada presión. Demasiada responsabilidad. Demasiada política. Bla, bla, bla.

—Eh, Luna, ¿adónde vas? —me grita Kim cuando la dejo plantada sin decir palabra.

—A emborracharme —le contesto por encima del hombro mientras me dirijo decidida hacia la barra, donde hay un intenso trasiego. Con tanta gente, tardaré una eternidad en conseguir una copa. Y no aguantaré tanto tiempo en estado sobrio.

Sin más, saco mi placa y digo en tono imperioso:

—Policía. Abran paso.

Bingo.

La multitud se despeja y a través del pasillo que se forma, llego a la barra en apenas tres pasos.

—Un Cosmo. No importa si es rápido —indico al camarero, que me observa sorprendido.

Vuelvo a guardar mi placa y tamborileando impaciente con los dedos sobre la barra, mientras los graves de la música alta que suena en este elegante bar limpian mi cabeza.

—¿Día duro, detective?

Giro la cabeza hacia la dirección de donde ha venido la divertida pregunta y me contengo de soltar la mordaz respuesta que tengo en la punta de la lengua.

Porque a mi lado hay un tipo prohibitivamente atractivo, de pelo oscuro y ojos igualmente oscuros que brillan peligrosamente.

Nash Nixon.

Lleva un jersey negro que parece extremadamente caro. Con vaqueros negros y botas pesadas. Perfectamente podríamos pasar por compañeros.

—Buen gusto —digo señalando con la barbilla su atuendo.

—El negro siempre funciona —responde, y asiento con aprobación.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Por fin un hombre que sabe de lo que habla. Pero con Nash siempre ha sido así.

—¿Ah sí? ¿Eso nos convierte en almas gemelas?

Nash levanta una ceja con una sonrisa torcida, mostrando unos dientes blancos perfectamente alineados. Perfectamente podría hacer anuncios de dentífrico. En realidad, podría anunciar cualquier cosa. Lo que fuera que promocionase, yo lo compraría sin pestañear.

Le lanzo una mirada irónica a Nash, porque no quiero mostrarle lo nerviosa que me pone su pequeño coqueteo, y finalmente recibo mi bebida del camarero.

Cuando abro mi bolso para sacar mi cartera, Nash se me adelanta. Desliza un billete sobre la barra e indica al camarero que se quede con el cambio.

—Puedo pagar mis propias copas —le informo secamente.

—Un simple *gracias* también habría bastado, detective Álvarez —contraataca con calma.

—Vale, está bien. *Gracias* —gruño malhumorada.

Nash me guiña un ojo.

—De nada. ¿Me enseñas otra vez tu placa y qué más escondes en tu bolso? ¿O prefieres contarme qué te trae a Boston?

Observo a Nash con evaluación mientras doy un sorbo a mi Cosmo.

Vale. Estoy ganando tiempo para pensar en una respuesta ingeniosa. Y sí, estoy bebiendo para darme valor porque la conversación con este hombre ultrarrelajado, megaseguro de sí mismo y prohibitivamente atractivo me pone nerviosa.

Siempre ha tenido este efecto en mí.

—¿Y bien? —insiste.

—Si sigues molestándome, te pondré las esposas y te encadenaré.

Interiormente pongo los ojos en blanco por mi propia respuesta.

¿En serio, Lu? ¿No se te ha ocurrido nada mejor?

Espero que Nash se ría de mí, pero en lugar de eso, sus ojos brillan como los de un depredador ante mis palabras y se inclina peligrosamente hacia mí.

—Me encantaría que me encadenaras otra vez, detective.

Su aliento cálido roza mi oreja y estoy extremadamente agradecida de llevar un jersey de cuello alto. Porque así al menos el Señor Oscuro y Sexy no puede ver la piel de gallina que se extiende por mi escote y mi cuello ante sus palabras roncas.

—¿Lu? Tenemos que irnos —suena en ese momento la voz de Kimberly a mis espaldas.

¡No puede ser en serio! ¿Justo ahora?

Me giro hacia ella sorprendida.

—¿Por qué?

—Te lo explico de camino al cadáver.

Y se acabó lo de *noche libre de servicio.*

—¿Vienes? No quiero que la nieve destruya todas las pistas de la escena del crimen.

Muchas gracias, Kimberly.

Si esperaba poder charlar con Nash sobre los buenos viejos tiempos, o continuar donde acabamos de ser interrumpidos, las palabras *escena del crimen* y *cadáver* aniquilan esa esperanza para siempre.

—Bueno, entonces, el deber llama. Ha sido agradable volver a verte —digo con toda la calma posible, cojo mi bolso y sigo a Kim hacia fuera.

Nash me grita algo, pero la música alta impide que me llegue.

4

NASH



Nochevieja.

El día del año que menos me alegra.

Y por una buena razón.

Como cada año, mi padre vuelve a organizar hoy su gala de Nochevieja en el *Golden Lady*, el hotel de lujo más antiguo del Imperio Nixon con sus 75 años de historia.

Y como es lógico, sus seis hijos no pueden faltar.

Así que Gabriel, Aiden, Owen, Harper, Andrew y yo nos presentamos un año más en el *Golden Lady* para mantener conversaciones cultivadas con nuestro padre y sus adineradísimos invitados, y brindar por el nuevo año.

Quiero a mi padre. Muchísimo, de hecho.

Pero sus constantes sermones sobre las ventajas de tener esposa y la necesidad de herederos varones irritan y estresan enormemente a mis hermanos y a mí.

Aunque en cierto modo puedo entender a mi padre. Ya no es tan joven y quiere asegurarse de que el Imperio Nixon, que heredó de su padre y que ha ampliado durante toda su vida con el sudor de su frente, quede en buenas manos.

Aun así, creo que de todos mis hermanos, yo soy el menos apto para formar una familia. Así se lo digo a mi padre cada vez que volvemos a hablar sobre el tema de la familia y los hijos. Pero Sean Nixon, mi padre, simplemente hace un gesto con la mano y se mantiene firme en que el amor es indispensable en la vida de cualquier persona. Médico o no.

En cuanto a eso, nunca estaremos de acuerdo. Como mi padre no cede en este tema, hoy también me preparo para una discusión con él. Ha pasado otro año sin que pueda presentarle una novia formal.

Eso no le va a gustar nada.

Busco un vaso de agua en la suntuosa sala decorada en crema, negro y dorado, lo que resulta ser una misión extremadamente difícil. Finalmente encuentro una botella de agua con gas en la cocina y me sirvo un vaso.

Aunque oficialmente tengo la noche libre, como médico jefe de traumatología siempre llevo la responsabilidad a cuestas. Especialmente en un día como Nochevieja, cuando los habitantes de Boston tienden a tener ideas descabelladas con consecuencias fatales, debo mantener la mente clara.

Vuelvo al salón para mezclarme entre la gente y cumplir con mis tediosas obligaciones cuando siento una mano en mi hombro.

—Pensaba que ya no vendrías, hijo mío —me saluda mi padre con una sonrisa indulgente.

—Tonterías. Sé lo importante que es esta noche para la familia —respondo.

Mi padre me da una palmada benévola en el hombro y me da la razón.

—*Familia* es justo la palabra clave. ¿Tienes un momento para mí, Nash? Me gustaría hablar contigo. A solas.

Oh no.

Presiento algo malo.

En silencio, le sigo hasta un reservado privado y me preparo mentalmente para su sermón moral.

—Veo que has venido sin acompañante —aborda sin rodeos el tema que detesto.

—Correcto. Y antes de que preguntes: no estoy en una relación estable y que yo sepa, tampoco he engendrado hijos este año.

Mi padre suspira.

—Tus hermanos y tú realmente no me lo ponéis fácil.

—¿Quizás sería más fácil aceptar nuestro estilo de vida en lugar de querer cambiarlo a toda costa? —sugiero.

Mi padre vuelve a suspirar.

—Tienes razón, Nash. Sería mucho más fácil, pero solo porque algo sea fácil no significa que sea correcto. Y si algo os he enseñado, es que uno debe hacer lo que es correcto, aunque no siempre coincida con lo que es fácil.

Es cierto. Pero, ¿no es suficiente con que siga esa regla en el trabajo?

—No sé qué más puedo decirte, aparte de lo que ya te he dicho cientos de veces, padre —murmuro, porque simplemente ya no tengo ganas de seguir con este tema.

Mi padre me dedica una mirada pensativa que no augura nada bueno.

—Soy consciente de que crees que ya está todo dicho. Pero te equivocas, hijo mío.

Frunzo el ceño y miro a mi padre con gesto interrogante.

—Ahora te voy a comunicar lo que ya les he dicho a tus tres hermanos mayores, porque no admite más demora.

Las serias palabras de mi padre me hacen estar atento. Suena casi como si estuviera gravemente enfermo.

En ese momento, el médico que hay en mí toma el control y examino el cuerpo de mi padre en busca de síntomas de enfermedades insidiosas.

¿Ha perdido peso? ¿Están dilatadas sus pupilas? ¿Le tiemblan las manos? ¿Su tez está más pálida o amarillenta de lo normal? ¿Tiene las mejillas hundidas? ¿Está hinchado?

—Os pongo a ti y a tus hermanos un ultimátum —interrumpe mi meticuloso examen.

¿Un ultimátum? ¿Qué tipo de ultimátum? ¿De qué está hablando mi padre?

—Tú y tus hermanos tenéis exactamente un año a partir de hoy para comprometeros y sentar las bases para formar una familia. Si lo conseguís, cada uno heredará aquello que más aprecia. Si no lo conseguís, os será negado.

No entiendo nada y miro a mi padre sin comprender.

—La casa de vacaciones en Martha's Vineyard —empieza mi padre.

—¿Qué pasa con ella?

En realidad, se trata más de una villa que de una casa de vacaciones. Está situada en la idílica isla de Martha's Vineyard, frente a la costa, al sur de Boston.

Mis hermanos y yo pasamos algunos de los mejores veranos de nuestra infancia allí. Incluso hoy en día, me retiro allí con regularidad. Por eso esa casa de vacaciones significa tanto para mí. Y mi padre lo sabe.

—Formará parte de tu herencia. Será tuya porque sé lo mucho que la aprecias. Pero para conseguirla, debes cumplir con el ultimátum.

Emito un sonido de incredulidad.

¿Cómo?

No voy a dejarme chantajear.

Sí, de acuerdo, adoro esa casa. Es preciosa y una parte importante de mi infancia y juventud. Pero no me importa tanto como para que me obliguen a tener una relación por ella.

Si algún día encuentro el amor verdadero, no me resistiré. Al contrario.

Pero no voy a dejar que me obliguen a llevar a cabo este propósito en los próximos 365 días, cueste lo que cueste.

Estoy en una fase estresante de mi carrera. Mi trabajo es mi vocación. Quiero ayudar a las personas. No es solo mi deseo, sino también mi deber. Que por ello tenga que renunciar a mi vida privada, al menos durante los próximos años, no es un problema para nadie excepto para mi padre.

Eso me cabrea muchísimo. Sobre todo cuando viene con algo tan absurdo como un ultimátum.

—Escucha, padre. Sabes cuánto significa para mí la propiedad de Martha's Vineyard. Y me alegraría enormemente heredarla algún día. Pero si el precio es una relación forzada, entonces renuncio a ella con gran pesar. No creo que se pueda forzar el amor. Y me sorprende que precisamente tú estés convencido de lo contrario.

Mi padre niega con la cabeza y se acerca a mí.

—Tienes toda la razón, Nash. El amor no se puede forzar pero se le puede dar un empujón, un impulso. Eso es exactamente lo que estoy haciendo con el ultimátum que os propongo.

Aparto su mano de mi brazo y me dispongo a irme. Esta conversación se está volviendo demasiado absurda para mí.

—Puede ser, padre. Pero no quiero que te entrometas en mi vida. Soy adulto. Tomo mis propias decisiones. Hasta ahora me ha ido bien así, ¿no?

—Profesionalmente, sin duda. Título de medicina en Harvard con summa cum laude. Médico jefe de traumatología de Boston. Es asombroso y notable a la vez. Estoy más que orgulloso de ti por cuidar tan bien de todas esas personas en el hospital, hijo mío. Pero, ¿qué hay de ti? ¿Quién cuida de ti?

Al llegar a la puerta me detengo y me giro hacia mi padre.

—Puedo cuidar perfectamente de mí mismo.

Mi padre cruza los brazos frente al pecho irritado.

—Nash, no seas tan terco. Dentro del ultimátum te estoy dando mucha más libertad que a tus hermanos. Todo lo que te pido es que sientes las bases para la continuación de la familia Nixon.

Frunzo el ceño desconcertado.

—¿Más libertad que a mis hermanos? ¿Cómo debo entender eso?

—Algunos de tus hermanos deben comprometerse *y* asegurar descendencia. Lo último no te lo exijo a ti, porque sé que no eres un playboy ni gastas tu vida de forma derrochadora.

¿*Qué*? ¿Esposa *e* hijo en *un año*? Realmente compadezco a mis hermanos. Aunque mi padre está siendo indulgente conmigo, ese ultimátum sigue sin ser una opción para mí.

—Qué generoso por tu parte —resoplo, sin poder ocultar el sarcasmo en mi voz—. Pero mantengo mi postura: no, gracias. Y con esto, doy por zanjado el tema.

Justo cuando me dispongo a despedirme, las palabras de mi padre me hacen detenerme.

—Si no quieres tu herencia, no puedo hacer nada al respecto, Nash. Pero deberías pensar bien cómo les vas a explicar a tus hermanos que por tu culpa tendrán que renunciar a su herencia. Empezando por Gabriel, que debería heredar la empresa, el imperio hotelero Nixon.

Me giro hacia mi padre por segunda vez y ya no puedo ocultar la ira en mi voz.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que la herencia de todos vosotros está ligada al ultimátum. Solo si todos lo cumplís, recibiréis lo que más os importa. Si uno de vosotros fracasa, o se niega a cumplir con mi exigencia, todos os quedaréis sin nada. Así que te pregunto de nuevo, Nash Nixon: ¿Cuál es tu decisión?

5

LUNA



Para la próxima semana, se ha pronosticado una tormenta devastadora en el área metropolitana de Boston. En esta estación fría, a menudo nos enfrentamos a tormentas de nieve y temporales en la costa este, pero esta tormenta, la tormenta de nieve *Hillary*, parece ser la tormenta del siglo, si hemos de creer a los rumores del Departamento de Policía.

Para no provocar pánico entre los habitantes de Massachusetts, el gobierno está minimizando la gravedad de la situación. Sí, advierten sobre *Hillary*. Pero si esta tormenta realmente llegara a ser tan peligrosa como se dice en voz baja, deberían haberse tomado medidas completamente diferentes.

Pero así es la política. ¿Qué ocurriría si los expertos meteorológicos contratados por el gobierno se equivocaran y la tormenta no resultara ser tan devastadora? Entonces se habrían convertido en el blanco de la oposición por preocupar innecesariamente a la gente y afectar negativamente a la economía. Y como nunca se puede estar cien por cien seguro de cómo se desarrollará una tormenta que se acerca hasta que finalmente toque tierra, nuestros políticos prefieren guardar silencio.

Se ha advertido a los Departamentos de Policía de Massachusetts que *Hillary* podría golpear con mucha más fuerza de lo que se había supuesto. Pero, al mismo tiempo, se ha desaconsejado expresamente que esta información se filtre al exterior.

Debo reconocer a mis jefes en Martha's Vineyard que arrugaron el correspondiente papel, lo arrojaron a la papelera y tomaron el teléfono para advertir a los residentes de Martha's Vineyard. Sin alarmarlos innecesariamente, les aconsejaron que aseguraran sus casas de forma preventiva por partida doble y triple.

Mi tarea ahora consiste en comprobar que los habitantes de la isla siguen este consejo. Así que desde mi regreso de Boston, recorro regularmente la pequeña isla para verificar que todos se están ocupando de su seguridad.

Estas patrullas también me dan tiempo para pensar tranquilamente sobre la prueba en Boston y considerar si quiero darle la espalda permanentemente a Martha's Vineyard y su idilio para dedicarme a la caza de criminales en Boston.

No es una decisión fácil.

Aunque me gustaron mucho las dos semanas en el Departamento de Policía de Boston, también estoy apegada a Martha's Vineyard, mi hogar.

Crecí en esta isla. Mis padres, un conserje y una cocinera de ascendencia latinoamericana, trabajaron durante años en Martha's Vineyard para los Williams, una rica e influyente familia de banqueros. Así pude pasar mi infancia y juventud en una casa de servicio en esta pintoresca isla.

Cuando los empleadores de mis padres fallecieron hace unos años, nos concedieron a mis padres y a mí un derecho vitalicio de residencia, algo que les agradezco enormemente. Significa que puedo seguir llamando a la isla mi hogar.

Después de completar mi formación en la *Massachusetts Police Academy* y ocupar mi puesto en el Departamento de Policía de Martha's Vineyard, mis padres se mudaron con el resto de nuestra familia a la zona metropolitana de Boston y me dejaron la casita.

Desde entonces vivo sola en la acogedora y pequeña casa, en una propiedad demasiado grande de la familia Williams, cuyos

herederos solo vienen a Martha's Vineyard durante algunas semanas en verano. El resto del año cuido la propiedad para ellos.

Cuando esa mañana me dispongo a subir a mi coche de servicio para hacer mi ronda habitual, oigo ruido procedente de la casa de al lado, la casa de vacaciones de los Nixon.

Qué extraño.

Sean Nixon y su familia nunca pasan el invierno en la isla. Pero si no son ellos, ¿quién está trajinando en la propiedad en este frío día de enero?

¿Ladrones?

Improbable, pero no se puede descartar por completo.

Los Nixon son una de las familias más ricas e influyentes de todo Massachusetts, si no de toda la costa este. Aunque la propiedad en Martha's Vineyard es solo su casa de vacaciones, también allí hay bastantes cosas de valor para llevarse.

Pinturas caras, antigüedades selectas y algunos de sus adorados coches clásicos y barcos.

Me aseguro de tener mi arma a mano, porque en Martha's Vineyard, a diferencia de Boston, normalmente no la necesito. Luego me acerco sigilosamente a través del escondite secreto en el cobertizo del jardín hacia la propiedad vecina e intento averiguar el origen de los sospechosos ruidos.

Escucho una respiración esforzada. Gemidos de dolor. Maldiciones en voz baja.

¿Qué demonios significa todo esto?

Sin pensarlo dos veces, saco mi arma y salgo de mi escondite.

—¡Policía! ¡Manos arriba! —grito con más seguridad de la que siento.

—Es un momento un poco inoportuno —jadea una voz melodiosa que me resulta familiar.

Nash Nixon.

Está de pie con un grueso anorak, a menos de tres metros de mí, frente a la casa, manipulando una considerable cantidad de tablones de madera.

—Nash, maldita sea. ¿Qué haces aquí? —lo saludo más brusca de lo que se merece y guardo el arma.

—Estoy preparando la casa para la tormenta. Amablemente tu jefe llamó y nos lo aconsejó.

—¿No tenéis gente para eso? ¿Los Nixon están en quiebra, o por qué tienes que coger tú mismo el martillo ahora?

Nash se arrodilla y coloca los tablones de madera en el suelo.

—Primero: hacía demasiado tiempo que no venía, así que la llamada fue una buena excusa. Y segundo: me encanta manejar mi martillo para asegurarme de que cada clavo se hunda hasta el fondo en el agujero previsto.

Con el perverso sentido del humor de Nash, tengo que contenerme para no reír de manera inapropiada.

El tipo es endiabladamente sexy. Además, es súper inteligente. No puede ser también gracioso. ¿No es injusto?

—Desapareciste tan rápido de Boston el otro día, Detective. ¿Qué te llevó a la gran ciudad? —continúa Nash imperturbable nuestra conversación unilateral, sin dejarse desconcertar por mi falta de reacción a su comentario anterior.

Desde que lo conozco, muestra esta inquebrantable confianza en sí mismo.

Totalmente irritante.

Y desgraciadamente también extremadamente atractivo.

—Es una larga historia —intento despacharlo.

—Yo tengo tiempo —sonríe Nash descaradamente, firmemente decidido a no dejarse despachar tan fácilmente.

—Tú quizás. Pero yo no. Tengo que ir a trabajar.

Nash se levanta y viene hacia mí. Instintivamente, retrocedo un paso porque su cercanía me pone nerviosa.

Siempre lo ha hecho.

—¿Qué tal una cena juntos entonces? Solo ven cuando hayas terminado tu trabajo. Te esperaré, ¿vale?

—Puede que tarde —intento escapar por segunda vez.

Pero Nash me descubre.

—Como he dicho: tengo tiempo. Te esperaré y cocinaré para ti, Detective Alvarez. Friegaplatos incluido.

Me muerdo el labio inferior y cruzo los brazos sobre el pecho en un gesto protector.

Ambos sabemos a dónde va a llevar esta cena. Y no estoy segura de que sea buena idea...

6

NASH



En el hospital ya nos advirtieron hace unos días que con la tormenta de nieve *Hillary* no se juega.

Damos por hecho que causará grandes daños y costará muchas vidas humanas. Aunque el gobierno advierta sobre tales tormentas y pida a los residentes que permanezcan en sus casas, mucha gente no hace caso.

Algunos porque creen saber más o subestiman el peligro. Otros porque no tienen elección. Como yo. Cuando el trabajo llama y no puedes trabajar desde casa, te ves obligado a salir. A menos que se declare el estado de emergencia. Y ese no es el caso actualmente.

Todavía no.

Queda por ver cómo evolucionará la tormenta que se dirige hacia Boston.

Aún nos queda algo de tiempo y después de haber tomado todas las precauciones necesarias en el hospital y de recibir la llamada del jefe de Martha's Vineyard, decidí pasar el fin de semana en la isla y encargarme personalmente de asegurar la casa de vacaciones.

A partir de la próxima semana tendré que estar disponible en el hospital, cuando según las previsiones la tormenta de nieve *Hillary*

llegará a la costa. Por tanto, me he tomado este fin de semana libre para descansar.

Un bricolaje relajado en el idilio de este pueblo soñoliento, largas sesiones de jogging en la playa y una tarde acogedora con un libro en el sofá junto a la chimenea crepitante me sentarán bien.

Salí de Boston el viernes por la tarde temprano para dirigirme a Martha's Vineyard. Sólo me di cuenta de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que estuve aquí cuando me encontré en Boston con mi amiga de la infancia, Luna Alvarez, la víspera de Nochevieja.

Luna y yo nos conocemos desde que tengo memoria. Sus padres trabajaban en la casa de los Williams, una rica familia de banqueros, y vivían en la propiedad contigua.

Siempre que mis hermanos y yo pasábamos los veranos aquí, Luna formaba parte de nuestra pandilla. Los niños nunca hicimos distinción entre el origen de Luna y el nuestro. No importaba ni que su piel fuera más oscura que la nuestra, ni que su estatus social no correspondiera al de la familia Nixon.

Todavía hoy agradezco a mi padre que nos criara de manera tan sencilla, liberal y progresista.

Luna es realmente estupenda. Es una buena persona. Siempre lo ha sido.

Es dura, independiente, testaruda y sabe lo que quiere. Además, tiene el corazón en su sitio. Y... lo admito, es condenadamente guapa, aunque no le guste oírlo.

Se lo digo una y otra vez en todo caso.

Porque es verdad. Y porque me gusta fastidiarla.

Cuando llegué aquí anoche, ya era tarde y no había luz en la pequeña casa de Luna.

Por eso supuse que no estaba en casa. Que seguía en Boston, aunque el jefe me informó por teléfono que seguía perteneciendo al Departamento de Policía de Martha's Vineyard.

Hoy, a lo largo del día, habría comprobado si estaba en casa después de todo. Pero como ahora está ahí parada frente a mí con el arma extendida y los ojos muy abiertos, parece que ya la he encontrado.

O ella a mí.

Ahora mismo me pide que levante las manos, lo que resulta bastante difícil debido a la cantidad de leña que tengo agarrada.

Parece que Luna también se da cuenta de eso. Porque guarda su arma y empieza a discutir conmigo como en los viejos tiempos.

Cada vez es deliciosamente refrescante y extremadamente excitante. No puedo evitar invitar a la guapa morena en su sexy uniforme a cenar.

Puedo ver que se resiste. Oír que busca frenéticamente una salida.

Pero no se lo voy a poner tan fácil.

Soy una persona extremadamente curiosa y me interesa muchísimo saber qué hacía la dulce latina en Boston. Si no quiere contármelo aquí y ahora, lo acepto. Solo con la condición de que me lo cuente más tarde, durante una cena juntos.

—No creo que lo de la cena sea buena idea, Nash —dice ahora e intenta crear una distancia segura entre nosotros cruzando los brazos delante del pecho.

—¿Y por qué crees que no es buena idea? ¿Estás a dieta o qué? No es que lo necesites, pero con vosotras las mujeres nunca se sabe. Un gramo de grasa de más en el trasero y ya reducís vuestra alimentación diaria a 500 calorías.

Luna resopla incrédula.

—Puedo tranquilizarte. Mi trasero está en perfectas condiciones.

Típico de Luna.

Aunque por un lado quiere huir de nuestra conversación juguetona, por otro lado no puede evitar responder a mi pequeño flirteo.

—Para poder juzgarlo con conocimiento de causa, por favor date la vuelta e inclínate hacia delante. Lo mejor sería que te quitaras los pantalones. La ropa a veces puede abultar, ¿sabes?

Luna se ríe.

—Te gustaría, ¿verdad? Pero tengo que decepcionarte: no voy a hacer nada de eso, Nash Nixon. No vas a ver mi trasero. Ni vestido ni desnudo. Acéptalo.

Pongo cara de decepción y le dirijo mi mejor mirada de cachorro.

—Vamos, detective, sé buena conmigo.

Puedo ver cómo la dura fachada de Luna se desmorona. Está a punto de ceder, lo que significa: estoy casi en la meta.

¿Quién lo iba a decir?

—Eres imposible, Nash —murmura.

—¿Eso significa que vendrás, Lulu?

Aprieta los labios enfadada y me lanza una mirada furiosa.

—¡No me llames así!

—¿Cómo? —pregunto inocentemente, aunque sé perfectamente que el nombre *Lulu* la saca de quicio.

—Sabes cómo —sisea enfadada.

—¿Ah, sí? ¿Lo sé? Para ser sincero, estoy un poco perdido ahora mismo. Pero si vienes a cenar, seguro que puedes ayudarme a recordarlo, Lulu.

Luna da la vuelta y se marcha sin decir palabra.

—¡Eh, detective! —le grito—. Si no cenas conmigo por voluntad propia, llamaré al jefe y le pediré que venga a ver mis preparativos contra la tormenta en la casa. Y sabes perfectamente a quién encargará esa molesta tarea.

—¡Cabrón! —me grita, lo que me hace sonreír.

Ver a Luna Alvarez enfurecida es condenadamente sexy. Y tremendamente divertido.

—¿Eso es un *sí*, detective?

Luna se gira hacia mí una vez más antes de doblar la esquina de la casa para desaparecer por el pasaje secreto en la caseta del jardín de su propiedad.

La miro expectante. Sus ojos brillan traviesos y sus labios esbozan una pequeña sonrisa que intenta con todas sus fuerzas ocultarme.

Aun así, no se me escapa.

—Entonces, ¿detective? Pregunto de nuevo: ¿eso es un *sí*?

Luna pone las manos en las caderas y entrecierra los ojos.

—Esto es un: *que te den, doctor Nash Nixon.*

—Eso lo interpreto como un *sí* —le grito, sonriendo.

Poco después, oigo cómo arranca su coche patrulla y se aleja.

De repente, no puede hacerse de noche lo suficientemente rápido. Me hace muchísima ilusión volver a ver a Luna y librar más duelos verbales con ella.

Como en los viejos tiempos.

Miro hacia la villa de vacaciones de mi familia y de repente me pongo sentimental.

Muchos recuerdos están ligados a esta casa. Es una parte importante de mi pasado. Perder la propiedad no me mataría, pero me entristecería muchísimo.

Espero que mi padre no insista en ese estúpido ultimátum que nos dio a mis hermanos y a mí. Porque si lo hace, con toda probabilidad tendré que despedirme de esta parte tan importante de mi vida. Y eso sería realmente una gran pérdida.

7

LUNA



Hoy estoy extremadamente exaltada. Debe ser por la tormenta que esperamos la semana que viene y seguramente no por la inesperada aparición del doctor Nash Nixon, el amor de mi juventud.

Nash y yo nos conocemos desde hace casi toda la vida. Cada año, cuando los Nixon pasaban aquí los veranos de niños, yo me unía a los revoltosos. Que fuera la única chica no le importaba a nadie, sobre todo porque podía mantener el ritmo de los chicos sin problemas.

Especialmente con Nash desarrollé una relación especial. Aquel chico más bien introvertido, prudente y reservado, con ojos azul zafiro y pelo castaño oscuro, cuya sonrisa pícara hacía que mi corazón latiera más rápido desde que era una niña.

Cuanto mayores nos hacíamos, más crecía mi interés por Nash. La amistad infantil se convirtió en un enamoramiento juvenil, así que fue natural que perdiera mi virginidad con Nash durante una de esas inolvidables noches de verano.

Aunque no teníamos una verdadera oportunidad para un futuro juntos, ya que él vivía en Boston mientras yo estaba atrapada en Martha's Vineyard, nuestro romance nunca terminó.

Una y otra vez a lo largo de los años acabábamos en la cama, porque simplemente no podemos mantener las manos alejadas el uno del otro. Aunque la última vez fue hace ya año y medio, la tensión sigue siendo tan palpable como siempre.

Y precisamente por eso no es buena idea quedar para cenar con Nash Nixon. Mucho menos en su casa, porque ambos sabemos adónde nos llevará inevitablemente.

Sí, vale. El sexo con él es extraordinariamente satisfactorio. Como el médico sensible que es, sabe malditamente bien qué partes del cuerpo de una mujer son especialmente sensibles a sus caricias.

Se ocupa de mis necesidades de forma desinteresada y abnegada. Se dedica por completo a mis deseos. Solo se permite ceder a su propio placer cuando ha saciado el mío.

Y es exactamente ese comportamiento considerado, atento y adorable lo que hace que mi corazón y mi mente sientan por Nash Nixon más de lo que deberían.

Después de cada noche con él, me sorprendo imaginando cómo sería disfrutar regularmente de sus atenciones. Cómo sería dormirme junto a él y despertarme a su lado. Cómo se sentiría tener una relación con él, en lugar de verlo solo una o dos veces al año, cuando viene a Martha's Vineyard para comprobar que todo está en orden en la casa de vacaciones de los Nixon.

Toma semanas, a veces incluso meses, acallar estos pensamientos. Por muy maravillosas que sean las noches con Nash, lo que sigue después es simplemente tortuoso.

Mientras el distinguido doctor regresa a Boston después de cada visita a la isla y continúa con su vida sin duda emocionante allí, yo me quedo en Martha's Vineyard pasando el tiempo intentando sacarme a Nash Nixon de la cabeza. Hasta que vuelve a aparecer en Martha's Vineyard y todo comienza de nuevo.

En realidad, la última vez me propuse no volver a caer en sus redes.

No porque no me guste. De hecho, lo adoro literalmente. No porque el sexo con él no sea satisfactorio. Porque es grandioso. Tampoco porque esté buscando una relación estable en lugar de un rollo de una noche sin compromiso. Porque no lo estoy.

No, simple y llanamente porque estoy harta de los síntomas de abstinencia que siento cada vez que Nash se va y nuestra burbuja de jabón estalla.

No quiero tener que pensar en él durante semanas o incluso meses. No quiero imaginar qué pasaría si...

Quiero concentrarme plenamente en mi carrera en la policía. En conseguir salir de este pequeño y somnoliento pueblo que, aunque lo amo con todo mi corazón, también me aburre bastante, especialmente durante los meses de invierno.

No fui a la academia de policía y me dejé el trasero allí durante años para pudrirme en una isla pequeña y remota. No. Quiero aplicar mis habilidades aprendidas, quiero ampliarlas. Quiero desarrollarme. Quiero contribuir a una sociedad segura donde la gente pueda salir de sus casas por la noche tranquila y sin peligro.

Y desgraciadamente, casi nada de esto es posible en Martha's Vineyard.

Eso solo es posible en una gran ciudad como Boston.

Por eso, en las próximas semanas, toda mi atención debe centrarse únicamente en la cuestión que cambiará mi vida: si realmente quiero dar este paso. No en mis sentimientos no correspondidos por Nash Nixon.

Tal como están las cosas, no debería quedar para cenar con él. Sin embargo, sé que no aceptará esa decisión. Nash Nixon puede ser muy dominante y exigente cuando quiere. Otra cualidad suya que encuentro tremendamente sexy.

Si no me presento en su casa, vendrá a la mía y llamará a la puerta hasta que le abra.

Suspiro. Esconderme no es una opción. Rechazar su invitación, tampoco.

No me queda más remedio que ceder a su insistencia y cenar con él. Sin embargo, esta vez se quedará en una cena inocente. Eso me lo prometo firmemente.

Cenar sí.

Sexo no.

Aunque Nash insista firmemente en una cena conmigo, nunca me forzaría a tener sexo. Si le doy a entender que no quiero acostarme

con él, lo aceptará sin reservas. Nash tiene un gran respeto por sus semejantes y sus sentimientos. Es una de las personas más decentes que conozco. Al menos fuera del dormitorio.

Un rasgo de carácter que no facilita precisamente que una mujer se resista a él.

Un hombre que es guapo, comprensivo, inteligente, cariñoso y con sentido del humor, todo en uno, es una verdadera rareza.

Por eso me sorprende aún más que Nash no esté casado desde hace tiempo. Las mujeres deben estar peleándose por él.

Sin embargo, nunca ha traído a una mujer a Martha's Vineyard. Y nunca ha mencionado a ninguna. Tampoco lleva un anillo, como pude comprobar con una rápida mirada a su mano.

Probablemente Nash esté tan ocupado con su trabajo como cirujano de urgencias que no tiene tiempo para más que aventuras pasajeras.

Eso también explicaría por qué nunca se pone en contacto conmigo, excepto en nuestros apasionados encuentros, a pesar de que tiene mi número y yo el suyo.

No es que yo le escribiera nunca. En lo que a eso respecta, a diferencia de todo lo demás, soy muy convencional. El hombre debe cortejar a la mujer. No al revés.

Pero con Nash puedo esperar sentada, y la paciencia nunca ha sido mi fuerte.

Llego a la primera casa de mi patrulla y decido concentrarme por completo en mi trabajo durante las próximas horas, antes de volver a dedicarme más tarde a mi Míster Perfecto.

Sin duda, él dominaría mis pensamientos durante mucho tiempo después de esta noche.

Eso nunca cambiará.



Cuando llamo a la puerta de la terraza de la casa de vacaciones por la noche, Nash me abre con una amplia sonrisa y un paño de cocina sobre el hombro.

Un delicioso aroma a salmón horneado y romero me invade.

Al instante, mi estómago empieza a rugir.

—Llegas justo a tiempo y si me permites comentarlo, estás para comerte. Más deliciosa que cualquier postre.

Nash me guiña un ojo pícaramente y toma mi mano para guiarme al interior de la casa.

Este gesto se siente tan familiar y agradable que mi propósito de no dejarme enredar por él comienza a tambalearse.

Disfruto en secreto de la mano cálida y fuerte de Nash que rodea la mía. Que la calienta, la sostiene y acaricia suavemente el dorso de mi mano con el pulgar.

Divino. Y tan malditamente estimulante.

—¿Puedo tomar tu chaqueta? —pregunta Nash, que se ha colocado detrás de mí e inclinado muy cerca de mi oído.

Giro mi cabeza de modo que mi cara casi toca la suya.

Con cuidado, casi con reverencia, Nash roza mis labios con los suyos, derritiendo así la última pizca de resistencia en mí.

Mierda.

—Hola, nena —murmura con voz ronca contra mi boca—. ¿Has tenido un buen día?

Sus labios se deslizan hacia mi barbilla y trazan un ardiente sendero de deseo desde mi cuello hasta mi escote.

Hundo mis dedos en su pelo y atraigo su cabeza hacia mí con avidez. Quiero más de sus besos.

Nash entierra su rostro en el valle de mis pechos y suspira satisfecho.

—Tan suave. Tan delicada. Y tan cálida —gruñe—. Como hecha para mí.

Con pasión, amasa mis pechos a través de la tela de mi vestido y al instante me humedezco.

Arrastro a Nash conmigo hasta la mesa puesta de la cocina, lo empujo hacia una de las sillas y abro impaciente el botón y la cremallera de sus vaqueros.

Nash ríe divertido y lo permite sin resistencia.

—En realidad, solo quería una pequeña degustación para empezar, detective. Para más no hay tiempo. De lo contrario, se me quemará el pescado.

—A la mierda el pescado —jadeo y bajo los vaqueros de Nash junto con sus bóxers.

Para mi alegría, parece que los prometedores besos no solo me han excitado a mí porque la polla de Nash se alza expectante y lista para la acción.

—Bolsillo. Condón —gime cuando deslizo mi mano provocativamente lenta a lo largo de su polla, admirando una vez más lo aterciopelada y rígida que se siente.

Rebusco en su bolsillo en busca de un condón y encuentro tres de una vez. Aparentemente Nash siente tanta lujuria por mí como yo por él.

Eso es bueno. Porque esto será simplemente un pequeño y rápido juego previo.

Así es como suele terminar.

Cuando nos vemos después de un largo intervalo, cada vez nos abruma el impulso de sentirnos el uno al otro inmediatamente y en ese mismo instante.

Ya sea en el cenador, escondidos detrás de un árbol, en el sofá, en la playa o incluso en el viejo bote de pesca de los Nixon: no hay forma de contenernos.

Esta vez, pues, le toca a la silla de la cocina.

Le pongo el condón a Nash mientras él mete la mano bajo mi vestido y me baja las medias junto con las bragas.

—Súbete —sonríe con esa sonrisa juvenil tan típica suya y me atrae hacia él por las caderas.

Aliviadísima me dejo caer sobre su regazo y siento claramente cómo su polla penetra en mí centímetro a centímetro.

Nash echa la cabeza hacia atrás y gime atormentado. Me apoyo en sus hombros y hago lo mismo, porque se siente increíblemente bien ser llenada por él.

Permanecemos en esta posición durante unos segundos para acostumbrarnos el uno al otro.

Estoy a punto de empezar a moverme sobre Nash cuando él sisea

—El pescado, nena.

Recibe de mí un bufido de desaprobación.

—¿Estás metido hasta el fondo dentro de mí y piensas en el pescado del horno? ¿En serio?

Nash ríe suavemente y fija su mirada en mí.

Sus ojos están velados por el deseo. Oscuros de lujuria.

—Pienso sobre todo en que ahora vas a usarme y en lo cachondo que me pone eso, detective. Si quieres, puedes ponerme las esposas, atarme a la silla y exprimirme hasta la última gota.

—¿Así que quieres que ordeñe tu serpiente, eh?

Nash se muerde el labio inferior riendo y asiente.

—Ordeña mi serpiente, Luna. Exprímela. Vacíala.

8

NASH



En realidad, esta vez me había propuesto firmemente ir despacio. Quería servirle a Luna una deliciosa cena. Preguntarle cómo estaba y qué la había traído a Boston no hace mucho tiempo. Sólo más tarde, después del postre, quería retirarme con ella al sofá y seducirla.

Todo un caballero, vamos.

Y normalmente, con mis conocidas femeninas, consigo contenerme. Aunque debo confesar que apenas invito a alguna de ellas a mi casa y menos aún cocino para ellas.

Eso solo lo hago con Luna, porque nos conocemos casi toda nuestra vida. Y porque, más allá de lo físico, mantenemos una amistad desde hace muchos años.

Para mi desgracia, el caballero que hay en mí nunca consigue imponerse al temperamental chico malo cuando se trata de Luna Álvarez.

Cada vez que Luna y yo nos encontramos, todo sigue el mismo patrón: nos lanzamos el uno sobre el otro, nos damos un revolcón rápido y sucio, y nos regalamos un dulce y satisfactorio orgasmo. Después hablamos, comemos, nadamos o caminamos juntos. Y

después volvemos a hacerlo. Pero entonces más lentamente. Con más resistencia. Con más paciencia.

Mi intención de comportarme decentemente esta noche se esfumó en el momento en que me presentó sus irresistibles pechos en ese vestido de escote profundo.

A diferencia de mis otras aventuras, Luna posee un cuerpo completamente natural. Nada en ella es falso. Especialmente no sus pechos suaves y delicados, que se sienten tan celestiales y tentadores en mis manos.

Los implantes de silicona de las chicas de Boston se mantienen firmes y son abrumadoramente grandes, pero también son duros e insensibles como la piedra.

En cambio, con las irresistibles tetas de Luna, puedo sentir cómo sus cerezas rojas se endurecen placenteramente cuando masajeo sus pezones. Con ella puedo apretar de verdad, sin miedo a romper algo. Y cuando la tomo, sus pechos rebotan al ritmo de mis embestidas, en lugar de permanecer rígidos e inmóviles.

Esta mujer es tan condenadamente sexy que mi polla no puede esperar para penetrarla.

Solo ver cómo ahora separa las piernas y se posa dominante sobre mí me deja sin aliento.

Poco a poco me deslizo en su húmeda cavidad y disfruto de los excitantes sonidos que Luna emite.

A ella le encanta cuando la lleno. Y a mí me encanta observarla mientras sus párpados aletean conmovidos. Cómo echa la cabeza hacia atrás, abrumada. Cómo hunde sus dedos en mi pelo exigiendo más. Cómo muestra su placer de forma abierta, desinhibida y sin vergüenza.

También ahora lo hace.

Aprieta mi cara contra sus pechos. Quiere que aparte la tela de su vestido y mordisquee sus pezones.

No hace falta que me lo diga dos veces.

Mientras empieza a cabalgarme, rodeo con mi lengua sus pecaminosas cerezas. Las lamo como si fueran un delicioso helado, aunque definitivamente preferiría los capullos de Luna a cualquier helado italiano del mundo.

Luna gime. Sus dedos se crispan en mi pelo.

Sin duda, no tardará mucho en correrse. Y yo tampoco. Ambos estamos tan cargados, tan excitados el uno por el otro, que nos precipitamos hacia la cima a una velocidad récord.

—Muérdeme —jadea Luna y arquea su espalda, ofreciéndome sus pechos provocativamente.

Tomo su capullo izquierdo entre mis dientes y lo mordisqueo.

—Dios, sí —gime Luna de forma prolongada y comienza a mover su pelvis más salvajemente sobre mis caderas.

La agarro y con cada movimiento levanto mi propia pelvis hacia ella, estimulándola adicionalmente con mi ávida polla.

Mi boca permanece en sus pechos. Mordiendo. Succionando. Lamiendo.

Cuando Luna se yergue, agarrándose a mis hombros y pasando al galope, levanto la mirada y casi me corro al ver cómo sus pesados y femeninos pechos rebotan arriba y abajo como grandes globos al ritmo de nuestra cabalgada.

Qué excitante.

Suelto sus caderas y coloco una mano sobre su pecho rebotante para amasarlo lascivamente. Con la otra mano rodeo su nuca y la atraigo hacia mí.

—Bésame, Lu —exijo mirando con anhelo sus dulces labios, que se sienten tan maravillosamente embriagadores sobre los míos.

Luna se inclina y me besa. Hambrienta. Apasionadamente. Desesperadamente.

Ella quiere su orgasmo. Y yo el mío.

Decididamente me levanto con ella en mi regazo, la coloco sobre la mesa de la cocina y comienzo a embestirla con fuerza, sin interrumpir nuestro beso.

Los vasos tintinean, los platos caen al suelo y toda la mesa se tambalea amenazadoramente. Pero eso no nos importa absolutamente nada, ni a Luna ni a mí.

Al igual que el horno, que anuncia con un pitido penetrante que el pescado está listo para comer.

Me entrego a los labios de Luna, mientras mis brazos la atraen firmemente hacia mí. Con embestidas pequeñas y rápidas me hundo

en ella una y otra vez, y puedo sentir cómo el orgasmo se construye dentro de mí.

Muerdo su labio inferior y alivio el dolor con mi lengua. Luego mi boca se desplaza hasta la oreja de Luna.

—El pescado está listo, nena. Te quedan treinta segundos para correrte. Si no lo consigues para entonces, me correré dentro de ti y guardaré mi polla. El tiempo corre.

Empiezo a contar en voz baja en su oído. No me paso por alto las maldiciones indignadas de Luna.

Por supuesto, nunca me atrevería a correrme sin que ella hubiera alcanzado su clímax primero.

Pero puedo sentir cuánto le excita en secreto esta amenaza. Se pone aún más caliente. Sus gemidos más fuertes. Su agarre más férreo.

—Ordeña la serpiente, Luna. Exprímela —murmuro con voz ronca en su oído y reduzco la velocidad de mis embestidas. A cambio, ahora embisto con más fuerza. Más duro. Con más precisión. Al hacerlo, rozo el punto G altamente sensible de Luna, lo que reconozco por sus ojos muy abiertos, su jadeo esforzado y su respiración entrecortada.

—Diez segundos más, Detective. Enseguida me corro dentro de ti —le advierto.

—Ni se te ocurra, cabrón —susurra ella, obstinada y enfadada a la vez—. O te encadenaré de verdad y te usaré toda la... cielos... ahhh... síiii.

Su amenaza es interrumpida por un fuerte grito, seguido de un gemido placentero.

Embriagada y abrumada, Luna se entrega a su clímax. Disfruto plenamente viéndola. Estoy increíblemente orgulloso de que sea mi polla la que desencadena esta avalancha de placer dentro de ella. Y me siento honrado de poder hacérselo de una manera tan primitiva. Aquí, en mi mesa de cocina.

Cuando los gemidos de Luna disminuyen lentamente, me permito soltarme y me entrego temblando a mi contenido orgasmo.

Joder, qué bueno.

Así debería comenzar cada noche.

Con un polvo sucio y rápido en la mesa de la cocina.

Apoyo mi frente sin aliento contra el hombro de Luna y me retiro cuidadosamente de ella.

Con Luna Álvarez tengo el mejor sexo de todos. Siempre ha sido así. Desde aquella vez, hace muchos años, en una cálida noche de verano bajo la carpa de las estrellas, cuando tuve el privilegio de desvirgarla.

Su primera vez fue en realidad también mi primera vez, lo que lo hace aún más especial para nosotros.

Desde entonces, ha pasado mucho pero una cosa nunca ha cambiado: el vínculo de confianza entre nosotros, que nos conecta tan intensamente.

—¿Estás bien? —le pregunto y levanto su barbilla para examinarla—. ¿Fui demasiado brusco?

Luna sonríe y con ello disipa todas mis dudas. Sólo con ella pierdo el control sobre mí mismo y mi cuerpo.

Sólo con Luna pasa que me olvido de mí mismo y me entrego por completo a mi lujuria.

Sin embargo, después siempre me atormenta la mala conciencia y me pregunto si la he follado con demasiada intensidad y la he tratado con demasiada brusquedad.

—No lo has hecho mal del todo —me toma el pelo Luna mientras se desliza de la mesa.

—¿No lo he hecho mal del todo? —finjo indignación mientras desecho el condón, me lavo las manos y apago el horno.

—Sí, bastante aceptable —continúa provocándome.

—Si es así, Detective, mejor deja fuera tus medias y bragas porque tan pronto como recupere las fuerzas, tendré que intentar mejorar. Luego otra vez. Y otra más. Tantas como sea necesario hasta que me certifiques excelentes cualidades como amante.

Luna se ríe. Es una risa alegre y penetrante.

El hielo entre nosotros se ha roto. La distancia inicial ha sido superada.

Ahora volvemos a ser viejos amigos con beneficios. Como lo hemos sido durante muchos años.

—Hasta que te lo certifique, puede que pase un tiempo —me provoca Luna.

Saco el pescado y las patatas del horno y los coloco en la maltrecha mesa donde acabamos de hacerlo salvajemente.

—Qué suerte que no tenga ningún otro plan para el resto del fin de semana, excepto dejarme arrestar, interrogar y castigar por la detective local.

Guiñándole un ojo, le arreglo la silla a Luna.

Luego me pongo a recoger los trozos de cristal y vuelvo a poner la mesa por segunda vez esta noche.

Nos sirvo vino y levanto solemnemente la copa.

—Por nosotros y nuestro reencuentro.

9

LUNA



Nash y yo pasamos una velada relajada juntos y debo confesar que las habilidades culinarias de Nash me sorprenden una vez más.

Para ser un hombre con poco tiempo libre, cocina de manera excelente.

Siempre que le pregunto al respecto, responde que como médico debe predicar con el ejemplo y no puede hacerlo si se alimenta de comida rápida y raviolis enlatados.

En general, se toma su trabajo extremadamente en serio y puedo ver cómo le afectan los casos de los que me habla.

Nash no es alguien que deja el trabajo en el trabajo. No consigue separar estrictamente su vida personal de la profesional. No logra ver a los pacientes como una simple combinación de números y letras.

No, Nash tiene un corazón grande y bondadoso. Intenta ayudar a todos sin hacer distinciones por color de piel, origen, género, orientación sexual o estatus social.

Siempre he admirado eso de él. Admiro aún más que esta actitud no haya cambiado a lo largo de los años. Ya sea como médico

residente o como jefe de cirugía: Nash Nixon ha permanecido fiel a sí mismo.

¿Y quién puede decir lo mismo de sí mismo?

¿Cómo sé todo esto?

Bueno, no es como si Nash y yo solo folláramos cuando nos vemos. También conversamos. Intercambiamos ideas. Sobre nuestros trabajos. Nuestros sueños. Nuestros deseos. Nuestras preocupaciones.

Como en esta noche, cuando nos retiramos al sofá con una copa de vino y subimos los pies a la mesa.

Nash habla de planes de modernización y nuevos métodos terapéuticos. Me cuenta sobre pacientes que pudo salvar y sobre personas para las que toda ayuda llegó demasiado tarde. Veo lo triste que le pone eso e intento animarle con historias de Martha's Vineyard.

—¿La vieja señora Montgomery realmente secuestró al perro de Bruce McQueen? —se ríe Nash.

Para mi alivio, mi plan de distraerle de sus pacientes fallecidos está dando frutos.

—Sí, lo hizo. Porque creía que el señor McQueen dejaba a su perro pasar hambre. Pero los galgos son así de delgados. Es su constitución corporal.

Nash ríe alto y sonoramente.

—¿Y qué pasa en un caso así? ¿La pobre señora Montgomery tiene que enfrentarse ahora a una denuncia por secuestro, o con los animales cuenta como robo?

—El señor McQueen renunció a presentar cargos después de que le explicara los motivos de la señora Montgomery. Comprendió que ella tenía intenciones honorables. Después, los dos se reunieron para tomar el té e hicieron las paces.

Nash sonríe ampliamente.

—Hay mucha acción aquí en Martha's Vineyard. Apuesto a que no tienes un minuto de tranquilidad con todos estos delincuentes de más de ochenta años.

Mi sonrisa se desvanece y Nash lo nota.

—¿Qué ocurre, Luna? ¿He dicho algo malo?

Niego con la cabeza.

—No lo has hecho. Pero has tocado un punto sensible.

—¿Cuál sería?

Dejo escapar un suspiro resignado.

—En Martha's Vineyard nunca pasa nada realmente. Especialmente en invierno. Me aburro, Nash. Tengo la sensación de que me estoy marchitando aquí. Y como policía debería estar contribuyendo a nuestra sociedad.

Nash se acerca más a mí y pone su brazo alrededor de mis hombros.

—Entiendo —murmura—. ¿Por eso estuviste en Boston el otro día?

Emito un sonido afirmativo.

—Quería echar un vistazo a Boston. Probar durante unas semanas, para ver si me gusta el trabajo allí.

Los dedos de Nash acarician mi omóplato en un ritmo tranquilizador. Aunque la tela de mi vestido separa sus dedos de mi piel, puedo sentir claramente el calor que emana de él.

—¿Y te gustó?

Asiento.

—¿Eso significa que te mudarás a Boston?

Nash gira su cabeza hacia mí y me mira de forma inquisitiva e interesada a la vez.

A juzgar por eso, parece que la idea no le desagrada necesariamente. Para averiguarlo con certeza, le hago exactamente esa pregunta.

—¿Y si fuera así?

Nash sonríe y se inclina hacia mi oído.

—Entonces deberías pasarte regularmente por mi consulta para un reconocimiento, Detective. Incluso tendrás un trato preferencial.

Hago una mueca y me alejo de él.

—Eres cirujano traumatólogo, ¿recuerdas? Me alegro si no acabo en tu mesa, créeme.

Nash pone cara de indignación y señala la mesa del comedor.

—Pues hace un momento parecía todo lo contrario. Claramente disfrutaste acabando en mi mesa.

Pongo los ojos en blanco fingiendo fastidio.

—Eso es completamente diferente. Ahí no estabas jugueteando con bisturís sobre mí.

Las cejas de Nash se elevan divertidas.

—¿Jugueteando con bisturís? Suena emocionante y extremadamente tentador, Detective Álvarez.

Mis mejillas se sonrojan y jugueteo nerviosa con mi vestido.

—Sabes a lo que me refiero.

Nash se acerca sigilosamente, con los labios formando una sonrisa conocedora y sus ojos azul zafiro brillando con picardía.

—¿Qué estás haciendo? —jadeo cuando desliza mi vestido sobre mis muslos.

—¿Tú qué crees? Jugar a los médicos contigo. Pensé que primero podríamos hacer un control ginecológico rutinario, donde examinaré intensamente tu bonito y pequeño coñito en busca de anomalías.

Me río a carcajadas.

—Eres completamente incorregible.

Nash también se ríe.

—Por eso te gusto, ¿verdad?

Aparto su mano y huyo al otro lado del sofá.

—Ahora ponte serio, idiota. Me gustaría tener una respuesta real a mi pregunta.

Nash frunce el ceño.

—¿Cuál era la pregunta? La perspectiva de ser tu ginecólogo esta noche me ha distraído bastante, lo admito.

—Boston, Nash. ¿Qué pasaría si me mudara a Boston?

Nash se incorpora suspirando en el sofá y cruza las piernas pensativamente.

—Boston es una ciudad fantástica. Hay mucho que hacer. Por supuesto, no se puede comparar con la tranquilidad y el idilio de Martha's Vineyard. Depende de lo que quieras, Luna. Si buscas la acción de la gran ciudad, entonces sí, vente a Boston. Pero no deberías renunciar precipitadamente a lo que tienes en Martha's Vineyard. Es precioso aquí. Pacífico. Seguro. Y de alguna manera también único y personal. Boston es ruidoso. Anónimo. A veces peligroso. ¿Realmente quieres cambiar Martha's Vineyard por Boston

a largo plazo? Me temo que solo tú puedes responder a esa pregunta.

Aprieto los labios decepcionada.

Si esperaba que Nash se alegrara por mi supuesta mudanza, me sugiriera que nos viéramos más a menudo, o incluso que empezáramos a salir oficialmente, me he equivocado enormemente.

Al contrario. Más bien tengo la sensación de que a Nash le da igual si me mudo a Boston o no.

Y eso es un duro golpe.

Sólo confirma lo que me he estado diciendo a mí misma después de cada noche juntos en los últimos años: *para Nash solo eres una distracción bienvenida.*

Seguramente podría pedirle consejo y ayuda en cualquier momento y situación de la vida. Nash estaría ahí para mí pero solo como amigo platónico con ciertos beneficios. No como una parte fija, regular y seria de mi vida.

Intento no mostrar mi decepción. Me recuerdo a mí misma que en realidad no tengo tiempo para una relación estable y que mi carrera profesional debería ser claramente la prioridad en este momento.

La velada con Nash solo sirve para la satisfacción física y la relajación mental. La calma antes de la tormenta, por así decirlo.

Cuando la tormenta de nieve *Hillary* nos alcance la próxima semana, se acabará la tranquilidad.

Así que debería aprovechar al máximo el tiempo con Nash y desterrar de mi mente los ridículos pensamientos sobre un compromiso permanente con él. De una vez por todas.

10

NASH



La confesión de Luna me tiene absorto. Tanto, que me cuesta disimular mi sorpresa delante de ella.

¿Está considerando mudarse a Boston? Es decir, ¿prácticamente a donde vivo yo?

Jamás lo habría creído posible porque Luna ama esta isla. Es su hogar y es increíblemente hermosa. O sea, la isla. Y... bueno... Luna también.

Que la cambiara por una ruidosa ciudad como Boston siempre me pareció impensable. Por eso nunca me planteé seriamente esa posibilidad, precisamente porque la consideraba completamente improbable.

Con las reflexiones de Luna sobre abandonar la isla, de repente me vienen a la mente escenarios que hasta hace pocos minutos me parecían tan imposibles como su traslado a Boston.

Si Luna ya no vive a tres horas de distancia de mí, incluyendo toda una hora en un ferry poco fiable, quizás exista la posibilidad de vernos con más frecuencia en el futuro.

Y curiosamente, esta idea me llena de tal felicidad que tengo que reclinarme confundido en el sofá.

Sí, vale. Luna y yo nos conocemos desde hace una eternidad. Y siempre hemos sido buenos amigos que, aunque se ven poco, nunca han perdido su conexión y confianza. Y sí, lo admito: reconozco que el sexo con Luna es para mí uno de los momentos culminantes absolutos en Martha's Vineyard y que mis visitas aquí suelen ser principalmente por ella.

Pero aun así... nunca he pensado que pudiera haber algo más entre Luna y yo. Es decir, algo más que un sexo intrascendente, ocasional, aunque extremadamente satisfactorio, y una amistad de décadas.

Ahora me sorprendo considerando invitarla a una cita en Boston.

Una locura.

Y totalmente descartado.

Porque como acaba de comunicarme, su traslado a Boston es puramente profesional. Quiere hacer carrera. Formarse. Demostrarse a sí misma que puede.

Como los policías están tan ocupados como los médicos, seguramente no le quedará tiempo para algo tan mundano como *una cita*. Probablemente la veré aún menos en Boston de lo que ya la veo aquí en Martha's Vineyard.

Es una pena pero es un hecho que debo aceptar.

Como no quiero estropearnos la noche con reflexiones absurdas que no conducen a nada, me acerco a ella en el otro extremo del sofá y deslizo cuidadosamente mi mano por su muslo desnudo.

—Sabes que la prevención es importante, Luna. Así que deberíamos hacerte un exhaustivo reconocimiento antes de que te dediques a perseguir criminales en Boston. Debería ser también de tu interés. Cualquier otra cosa sería totalmente irresponsable.

Luna sonríe con esa dulce y juguetona sonrisa tan suya y sacude la cabeza con incredulidad.

—Eres incorregible, Nash Nixon.

—Permíteme discrepar. Definitivamente tengo intención de mejorar de un reconocimiento a otro, nena. Así que no perdamos tiempo y empecemos ya.

Presiono suavemente su torso hacia atrás y coloco sus piernas flexionadas sobre el sofá.

Con delicadeza deslizo mi dedo índice a lo largo de su clítoris, separo sus labios húmedos y siento cómo se va formando cada vez más humedad alrededor de su portal paradisíaco.

—Vaya, vaya, vaya. ¿No será que alguien se está excitando? Esto es un examen médico serio. Deberíamos mantener la profesionalidad —susurro con voz ronca por la excitación mientras hundo mi dedo índice en el centro de Luna.

—Oh, sí, Nash. Eso es tan bueno —gime dispuesta y se arquea.

—Para usted sigo siendo Doctor Nixon. Debo insistir, Detective Álvarez —continúo provocándola mientras introduzco también mi dedo corazón en ella, mientras mi pulgar comienza a frotar su perla en pequeños círculos.

Luna empuja su pelvis hacia mí. Exigiendo más.

—Creo que veo una irregularidad que me preocupa. Tengo que examinarla más de cerca —murmuro con fingida seriedad y hundo mi rostro entre sus muslos.

—Oh Dios, Nash —exclama Luna ahogándose cuando empiezo a saborearla con deleite.

Después de nuestro ardiente sexo en la cocina, Luna se ha limpiado en el baño con jabón de lavanda, y es precisamente este aroma floral el que me llega ahora y me envuelve con su estimulante fragancia.

Me deleito con los indefensos gemidos de Luna. Con sus dulces e inocentes jadeos y sus pequeños y agudos gritos de placer.

Es tan auténtica. Tan real.

No como las mujeres de Boston, que en todas partes, incluido durante el sexo, intentan mantener una imagen despreocupada, sofisticada y exageradamente sexy.

En lugar de dejarse llevar y disfrutar del sexo, se da tanta importancia a la apariencia que el sexo en sí mismo pasa a un segundo plano.

Luna es todo lo contrario, y espero fervientemente que mantenga esta simplicidad sexual.

No esconde su deseo. No se preocupa por tener el pelo perfectamente colocado ni sus curvas óptimamente iluminadas.

Simplemente quiere que me la folle. Y lo mejor posible.

Yo quiero exactamente eso: follármela. Y hacerlo lo mejor posible.

Cuando noto que está a punto de alcanzar el orgasmo, saco el segundo condón de mi bolsillo y me lo pongo. Me bajo los vaqueros un poco más, lo que limita mi libertad de movimiento, pero debería ser suficiente para esta ronda. Luna ya está a punto de llegar al clímax y mi polla está a punto de estallar de excitación porque su deseo exhibido abiertamente y su coño empapado me están volviendo loco.

Me arrastro hacia ella y entro en su interior con deleite. Se desliza con suma facilidad porque está casi demasiado mojada para mí.

Está estrecha y eso me permite, a pesar de la extrema humedad, hundirme profundamente en ella con una embestida placentera tras otra.

Eso es lo que hago.

Embestida tras embestida nos precipitamos hacia el cielo.

Entrelazo mis manos con las suyas y siento cómo sus dedos se aferran a los míos.

—¿Esto sigue siendo parte del reconocimiento ginecológico rutinario? —susurra sin aliento.

—Sí, lo es —sonrío pícaramente—. Estamos comprobando la capacidad sexual de acoplamiento de su vagina, Detective.

Luna cierra los ojos y se ríe a carcajadas, pero su risa es reemplazada por su repentino orgasmo y se transforma sin transición en un gemido desgarrador e increíblemente sensual.

—¿Y es aceptable la capacidad?

—Mi polla cabe hasta el fondo. Y es de tamaño superior a la media —susurro entrecortadamente mientras sigo penetrándola con deleite.

—Bueno, entonces parece que todo está bien. En ese caso, ¿podemos parar ahora?

Miro a Luna consternado.

—No podemos. La parte más importante está por llegar.

Luna emite un sonido extático que es una mezcla de jadeo, risa y gemido. Visiblemente le cuesta hablar, porque el placer que se

refleja en su rostro le nubla la mente.

—Qué... —comienza, pero se interrumpe porque me he puesto de rodillas y apoyo sus piernas contra mi torso.

Desde este ángulo puedo penetrarla tan profundamente que pierde el sentido si empujo con fuerza.

No lo hago, aunque la idea de follármela realmente duro es extremadamente tentadora. No quiero exigirle demasiado.

—¿Cuál es la parte más importante...? —intenta de nuevo, pero su propio gemido la interrumpe—. ...ahhh joder, Nash.

—¿Cuál es la parte más importante?

—Mjm —jadea con esfuerzo.

—Tenemos que comprobar tu capacidad para alcanzar el orgasmo. Eso significa que te follaré hasta que te corras. Si te corres demasiado rápido, tendremos que investigar la causa. Si te corres demasiado lento... también.

—¿Y...? —Luna traga saliva—. ¿Si me corro en el momento justo?

—Entonces tendremos que repetir todo el proceso para asegurarnos de que no ha sido una coincidencia —jadeo, porque estoy a punto de correrme intensamente.

Nuestro pequeño juego de roles me excita enormemente y me pregunto por qué no descubrí antes mi fetiche por los juegos médicos.

Posiblemente porque, para practicarlo y dejarme llevar, necesito confiar plenamente en mi pareja. Y de alguna manera, solo puedo hacerlo con Luna porque nos conocemos desde hace tanto tiempo.

—Entiendo —ríe Luna con voz ronca—. ¿Y qué pasa si la primera vez me corro en el momento adecuado pero la segunda vez demasiado lento o demasiado rápido?

Le lanzo una mirada indulgente y curvo las comisuras de los labios en una sonrisa diabólica.

—Para resumir, Detective: esta prueba nos llevará toda la noche. Llevaré un registro para obtener resultados significativos. Cualquier otra cosa sería amateur e irresponsable.

Luna cierra los ojos y rompe a reír a carcajadas, pero su risa es sustituida por su repentino orgasmo y se transforma sin interrupción en un gemido desgarrador e increíblemente sensual.

Joder, qué caliente es esto.

Contemplo fascinado el rostro de Luna distorsionado por el placer y escucho sus sonidos primitivos, que hacen que se me erice la piel y que mi polla se hinche tanto dentro de ella que temo que el condón pueda romperse.

Observo cómo Luna alcanza las estrellas. Entonces yo también me permito desintegrarme en polvo estelar en la infinita vastedad de la galaxia.

11

LUNA



El tiempo que paso con Nash hace que todas mis preocupaciones se desvanezcan en segundo plano. Durante un día, destierro de mi mente la idea de abandonar Martha's Vineyard para marcharme a Boston. Un día en el que no miro buscando en el horizonte preguntándome cuándo la tormenta de nieve *Hillary* caerá sobre nosotros.

Después de una noche relajada y una noche emocionante, Nash y yo hemos dormido hasta tarde el domingo antes de desayunar juntos y salir a correr por la isla.

Tras la comida, hemos vuelto a comprobar todas las precauciones que Nash ha tomado para la tormenta y hemos disfrutado de la brisa marina durante un largo paseo por la playa.

Solo ahora, durante nuestra despedida al final de la tarde, todas mis preocupaciones regresan de golpe.

—¿Estás segura de que os las arreglaréis aquí? ¿De verdad no queréis evacuar la isla? —me pregunta Nash ya por tercera vez.

—Ya hemos superado tormentas mucho peores. Nadie nos va a sacar de aquí —le aseguro.

Nash se apoya con el hombro en el marco de la puerta y pone cara de descontento.

—*Hillary* es diferente. Peor. Más devastadora. No es una simple tormenta de nieve.

Por las palabras de Nash, intuyo que tanto él como el hospital donde trabaja han sido advertidos de que la tormenta de nieve *Hillary* podría ser mucho más fuerte de lo anunciado oficialmente.

—Somos conscientes de ello, Nash. Y estamos preparados.

En la medida en que uno puede prepararse para algo así...

Nash no parece muy convencido y me pregunto por qué se preocupa tanto por mí. Aunque... ¿quién dice que su preocupación sea por mí? Es muy posible que el médico que hay en él se preocupe por todos los habitantes de la isla y quiera que todos estén a salvo.

Sí, esa es probablemente la opción más probable.

—De acuerdo. Eres policía. Tu trabajo es evaluar correctamente las situaciones —cede, sorprendiéndome una vez más.

¿Desde cuándo los hombres ceden en una discusión sin ofenderse o ponerse de mal humor?

—¿Me avisarás después de la tormenta? Deberías tener mi número.

Asiento.

—Por supuesto. Te escribiré para decirte si tu casa sigue en pie.

Nash sonríe con esa sonrisa irresistible suya y me aparto rápidamente de él para no dejarme envolver por ella.

—Eso es amable. Pero lo que más me interesa es saber cómo estás tú y si has sobrevivido bien a la tormenta. ¿Me lo escribirías también?

Asiento con un gruñido e intento no dejar ver lo mucho que me alegra y al mismo tiempo me confunde su última petición.

—Puedo hacerlo.

—Extremadamente generoso por tu parte, detective. Entonces voy a recoger mis cosas y ponerme en camino de vuelta a Boston antes de que sea demasiado tarde. Se espera que *Hillary* llegue mañana. Debería estar descansado y preparado en el hospital.

Me levanto de la silla de la cocina y me acerco a Nash.

Las despedidas son siempre el principio del fin.

Duelen. Se sienten extrañas e incómodas. Y son el comienzo de un largo período de sufrimiento durante el cual pienso cada día en Nash y en el tiempo que pasamos juntos, solo para darme cuenta de que nunca llegaremos a nada más.

—No pongas esa cara tan triste, Luna. Esta no es la primera y tampoco será la última tormenta de nieve contra la que tengamos que luchar.

Si Nash supiera que mi cara triste tiene muy poco que ver con la tormenta de nieve y mucho más con él.

Pero eso me lo guardaré para mí. No debe saber lo bonito que me parece, por un lado, pasar tiempo con él, pero lo mucho que odio, por otro lado, despedirme de él cada vez por tiempo indefinido.

¿Volverá a pasar más de un año antes de que nos volvamos a ver?

¿Y qué pasa si Nash trae a una novia la próxima vez? Al fin y al cabo, hace tiempo que pasó la barrera de los treinta y está en la mejor edad para asentarse.

Y aunque no sea así, ¿qué pasa si ya no estoy aquí la próxima vez que venga a Martha's Vineyard? ¿Y si entonces vivo en Boston?

Nash no ha vuelto a mencionar ni una sola vez mis planes de mudanza. Otra señal clara de que no le interesa si estoy cerca de él o no.

En resumen: esta podría haber sido la última vez que estuvimos íntimamente juntos. Que nos sentimos el uno al otro, que estuvimos muy cerca.

Y maldita sea, no estoy feliz con esta idea.

No se lo digo a Nash, porque no me ha dado la más mínima razón para confesarle que me gustaría verlo con más frecuencia.

—Tienes razón —digo en su lugar, esbozando una sonrisa confiada—. De todos modos, no está en nuestras manos. Así que mejor no nos preocupamos hasta que sepamos a qué nos enfrentamos.

Nash salva los metros que todavía nos separan y acaricia mi labio inferior con su pulgar.

—¿Me das un beso de despedida, detective?

Aunque nos hemos besado y amado durante media tarde, toda la noche y también por la mañana, de alguna manera mi sed y mi hambre por este hombre siguen sin saciarse.

Con él nunca lo están.

Me alegra que a Nash parezca pasarle lo mismo. Eso al menos me demuestra que a él también le ha gustado nuestro tiempo juntos, aunque no signifique tanto para él como para mí.

Acerco mi rostro invitadoramente hacia Nash y él lo acuna entre sus manos suaves y cálidas. Juguetón, acaricia mis mejillas y baja lentamente sus labios hacia los míos.

Nos perdemos en un beso tierno pero intenso a la vez, que parece extenderse durante minutos y del que deseo que perdure más que todas las tormentas del mundo.

—Cuídate, Lu, ¿vale? —susurra Nash con voz ronca cuando nos separamos después de una media eternidad.

—Y tú también —murmuro.

—Prometido. —Nash me guiña un ojo y coge su bolsa de viaje.

Está listo para partir.

12

NASH



Me habría encantado quedarme unos días más en Martha's Vineyard. Simplemente me siento increíblemente a gusto allí.

Por un lado, es debido a la idílica y pacífica isla que me ha fascinado desde mi infancia. Por otro lado, también por Luna Alvarez, que para mí forma parte de la isla, como las playas y el mar.

Sin ella, todo sería solo la mitad de hermoso.

Por eso me alegro doblemente cada vez que visito Martha's Vineyard.

Para mí, la isla significa en cierto modo un pedazo de hogar y volver a casa.

La despedida me resulta tanto más difícil, especialmente porque nunca sé cuándo mi horario de trabajo me permitirá regresar a mi lugar de ensueño.

Y cuándo podré volver a ver a Luna.

Aunque sé que su carrera, por la que ha trabajado duro, es lo primero para ella y que algo como una relación seria conmigo nunca estaría en su consideración, la idea de que algún tipo pudiera colarse en su corazón y reclamarla para sí me provoca dolor de cabeza cada vez que vuelvo a la isla.

Luna ya no tiene veinte años. Hace tiempo que llegó a la treintena. Es completamente lógico que sus prioridades cambien en algún momento. Cuando eso ocurra, probablemente perderé a una valiosa amiga.

No solo el sexo superardiente con ella sería tabú si encontrara una pareja estable para toda la vida. No, también nuestra amistad se resentiría porque, naturalmente, su pareja no estaría de acuerdo con que pasara tiempo conmigo. Que cenara conmigo. Que paseara conmigo por la playa. Que me abrazara. Que me besara.

Puedo entenderlo perfectamente.

Yo tampoco querría que ningún otro tipo me quitara a Luna. La querría solo para mí. En cuerpo y alma.

Pero esta línea de pensamiento en la que me estoy metiendo ahora en el ferry que me lleva de vuelta al continente es ridícula e innecesaria.

Luna Alvarez y yo somos amigos. De vez en cuando nos acostamos juntos. No hay nada más. Y no habrá nada más.

Incluso si Luna decidiera buscar un novio en un futuro próximo, seguro que no querría un hombre con horarios de trabajo aún más locos que los suyos.

¿De qué sirve una relación si nunca os veis? ¿Si vivís pasando el uno junto al otro porque estáis constantemente en el trabajo?

El fracaso está prácticamente programado.

Incluso si se mudara a Boston, nada cambiaría en esta circunstancia porque sin duda la tasa de criminalidad en la gran ciudad la mantendría bien ocupada.

Probablemente nos veríamos con más frecuencia si se quedara en Martha's Vineyard, en lugar de marcharse al amplio y peligroso mundo exterior.

Pero la decisión sobre su futuro debe tomarla ella misma. No quiero meterme en eso, porque es una decisión trascendental que puede cambiar su vida para siempre.

Si quiere eso o no, solo ella puede decidirlo.

Cierro los ojos, dejo que el viento frío y gélido de enero me acaricie la nariz y recuerdo nuestra noche juntos.

La última vez que nos acostamos juntos fue hace ya un año y medio. Y así es exactamente como se sintió. Como si tuviéramos que recuperar en una noche casi dos años de sexo apasionado y duradero.

No sé cuántas veces me sumergí en Luna. Apenas acabábamos, tiraba el condón y tras un breve respiro me ponía uno nuevo.

Maldita sea, me siento tan satisfecho, agotado y exprimido que estoy servido durante semanas.

Luna me ha sacado todo lo que tenía para dar. Me ha chupado como un vampiro hasta dejarme vacío. Tan vacío que los condones que llevaba no fueron suficientes y tuve que registrar la casa en busca de más.

Finalmente, encontré un paquete empezado de uno de mis hermanos, que en algún momento pasó unos días de vacaciones en la isla con su novia de entonces.

Recé para que los dichosos aparatos aguantaran y cumplieran su propósito, pero Luna me aseguró que tomaba la píldora y que estaba perfectamente sana.

Como nunca me acuesto con una mujer sin condón y me hago pruebas regularmente, puedo decir lo mismo de mí.

Así que nos arriesgamos y nos regalamos más orgasmos incomparablemente satisfactorios.

El sexo con Luna es tan sencillo y... real.

No esconde su cuerpo de mí. No tiene miedo de que un hoyuelo en su pierna me asuste. De que me desagrade que su dulce y húmedo coño no esté perfectamente afeitado. De que la eche si su vientre se curva hacia fuera en lugar de hacia dentro.

Todo tonterías.

Me gustan las mujeres que irradian confianza en sí mismas. Que se quieren a sí mismas y a su cuerpo. Que se encuentran sexys y muestran su deseo abierta y honestamente.

No hay nada más hermoso que una mujer que exige su derecho a la satisfacción y me muestra, entre gemidos excitados, cuánto le gusta cuando se la doy.

Me encantan las curvas de Luna. Me vuelve loco lo suaves, llenos y móviles que son sus hermosos pechos. No son manzanas

redondas, no. Sus pechos de ensueño son una mezcla entre fresa y pera. No se mantienen firmes como un uno y, incluso cuando Luna lleva sujetador, rebosan de él.

Provocativamente. Tentadoramente. Dulces y jugosos a la vez.

Y luego sus caderas... es tan excitante poder hundir mis manos en sus pecaminosas curvas cuando la tomo por detrás, sin que mis dedos choquen con huesos afilados de cadera y sin temer lastimarla con un agarre demasiado firme.

Suspiro y subo a mi coche cuando el ferry atraca en el continente.

Es hora de desterrar de mi mente estos devaneos sobre la detective Luna Alvarez y concentrarme en la inminente tormenta de nieve.

Sin duda habrá mucho que hacer en la clínica en los próximos días cuando *Hillary* finalmente golpee.

No puedo permitirme distracciones.

Desgraciadamente, es más fácil decirlo que hacerlo. Después de cada visita a Martha's Vineyard, Luna Alvarez sigue rondando en mi cabeza durante bastante tiempo.

No solo los momentos íntimos con ella, sino también los largos paseos, las conversaciones sinceras y las comidas divertidas que compartimos.

Me alejo con nostalgia del ferry y me propongo visitarla en la isla tan pronto como sea posible después de la tormenta.

13

LUNA



Hoy es el primer día que logro lavarme el pelo. Me siento tan asquerosa y repugnante que esta ducha equivale a unas vacaciones de lujo en las Maldivas.

La tormenta de nieve *Hillary* ha paralizado durante días partes enteras de la costa este, pero especialmente Massachusetts.

La electricidad en Martha's Vineyard estuvo cortada durante dos días. Únicamente funcionaban los generadores de emergencia. Todo esto en enero.

Además, *Hillary* ha dejado la isla tan cubierta de nieve que ha sido imposible moverse en coche. Incluso los bomberos quedaron atrapados y solo pudieron responder con retraso.

Durante días, absolutamente nada funcionaba en la isla.

La policía y los bomberos han estado ocupados desde la mañana hasta la noche eliminando el rastro de destrucción que *Hillary* ha dejado tras de sí.

Afortunadamente, la mayoría de los habitantes de la isla siguieron las recomendaciones de la policía local y se prepararon: tenían suficientes provisiones, mantas, linternas, velas y

medicamentos vitales para sobrevivir en aislamiento el día de la tormenta y los días siguientes.

Las ventanas aseguradas con madera quedaron a salvo de las ráfagas de viento, así que aunque la calefacción de los residentes falló, los cristales permanecieron intactos y resistieron la tormenta. Esto evitó que el frío adicional entrara desde el exterior.

Desde esta mañana tenemos electricidad de nuevo en la isla, así que ahora estoy bajo la ducha y me permito cinco minutos de lujo, en los que froto mi cuerpo y me lavo el pelo, antes de volver a la batalla.

Los trabajos de limpieza en la isla continuarán durante semanas.

Afortunadamente, ninguno de los habitantes de la isla ha resultado gravemente herido. Hubo algunos heridos leves y moderados, a quienes pudimos atender in situ o evacuar por aire, ya que el servicio de ferry está suspendido desde el comienzo de la tormenta.

¿Me quejaba hace poco de que no había nada que hacer en Martha's Vineyard? Pues bien, me retracto de todo.

Desde hace días apenas duermo más de cuatro horas y paso el resto del tiempo en el frío glacial, apoyando los trabajos de limpieza y asistiendo a los habitantes de la isla con consejo y acción.

No es exactamente el tipo de trabajo policial con el que sueño, pero al fin y al cabo me convertí en policía para ayudar a las personas y garantizar la seguridad y el orden.

Eso es exactamente lo que puedo hacer ahora así que lo hago. Hasta que mis fuerzas fallen. Así día tras día.

Al menos esta terrible tormenta de nieve tiene algo bueno: no tengo que pensar todo el tiempo en Nash Nixon.

Al contrario. Apenas tengo tiempo para pensar en él.

Me escribió un mensaje la noche de la tormenta, que me llegó con retraso debido a las interferencias en la red, preguntándome si todo estaba bien.

Le respondí que sí y le pregunté lo mismo.

A lo que me contestó que él estaba bien, pero muchas otras personas no.

Para ser exactos, 5051 personas. Porque ese es el número de víctimas mortales que *Hillary* ha causado hasta ahora. Al principio, más de 10.000 personas fueron reportadas como desaparecidas y, aunque esta alarmante cifra ha disminuido desde que las redes telefónicas volvieron a funcionar, sigue siendo increíblemente alta.

A medio millón de hogares que tuvieron que sobrevivir sin electricidad ni agua, se suman veinte mil personas que perdieron sus hogares porque la tormenta de nieve *Hillary* los destruyó.

En resumen, se puede decir que la tormenta de nieve *Hillary* es la peor tormenta que Massachusetts ha experimentado hasta ahora.

Puedo imaginarme perfectamente que Nash tiene las manos llenas en el hospital ahora mismo. En las noticias informan de hospitales saturados, pacientes rechazados y priorizaciones basadas en las probabilidades de supervivencia.

Por eso solo le envié a Nash fotos de la casa de vacaciones de los Nixon, que ha quedado intacta a excepción de algunos pequeños daños, y le deseé mucha fuerza para su trabajo en el hospital. Nash me dio las gracias y me escribió que siguiera cuidándome bien.

Nos escribimos un par de veces más y luego nos despedimos por el momento.

Quizás en circunstancias normales habría mantenido la conversación pero actualmente, en la vida de ambos hay cosas mucho más importantes que los sentimientos románticos y el deseo sexual.

Hay vidas humanas en juego, especialmente para Nash.

Quiero que se concentre plenamente en ello.

También he pospuesto por el momento mi traslado a Boston porque no quiero abandonar la isla y sus habitantes ahora. Me quedaré aquí hasta que todo vuelva a la normalidad en Martha's Vineyard. Eso puede llevar tiempo.

Salgo de la ducha y me visto rápidamente porque en mi casa sigue haciendo un frío glacial.

Los radiadores son viejos y eso se nota especialmente después de un corte de electricidad. Tarda una eternidad hasta que vuelve a haber una temperatura ambiente agradable.

Me preparo como puedo y luego salgo de casa, equipada para otro día en el frío penetrante.

Cuando llego en la mañana a los trabajos de limpieza, el sol se muestra por primera vez en mucho tiempo y reemplaza con sus cálidos rayos el viento helado que nos ha estado azotando la cara durante días.

Los residentes reparten té caliente y chocolate a los equipos de rescate y salvamento, recordándome una vez más por qué amo tanto este lugar.

Cuando importa, todos se unen aquí.

Dudo que en Boston sea igual.

Me informo sobre dónde se necesita mi ayuda con más urgencia y me pongo manos a la obra.

Solo cuando ya ha oscurecido hace tiempo y las estrellas brillan en el cielo sobre nosotros, me permito parar y volver a casa durante unas horas para descansar y comenzar mañana de nuevo con energías renovadas.

Por el tiempo que sea necesario. Hasta que en Martha's Vineyard no quede nada que indique la tormenta de nieve *Hillary*. Hasta que el recuerdo de la peor tormenta de nieve de la historia se haya borrado y el bien haya vencido al mal.

Una cosa está clara: no me dejo vencer tan fácilmente.

14

NASH



Las últimas semanas han sido un infierno.

Nunca en mi vida había tenido que presenciar tan de cerca una catástrofe tan devastadora.

Aunque hemos trabajado día y noche, me parecía que nuestros esfuerzos eran solo una gota en un océano. O, para expresarlo de manera más acorde con la estación, un diminuto copo de nieve en una avalancha desencadenada.

Como si Boston se hubiera convertido en una zona de guerra, los heridos llegaban a la clínica cada minuto. Más rápido de lo que podíamos atenderlos.

Para hacer frente a la situación, los tratamientos médicos se convirtieron por necesidad en un proceso en masa, muy por debajo de nuestro estándar habitual.

En lugar de tomarnos tiempo para los pacientes y considerar todas las posibilidades, teníamos que confiar en nuestro instinto y experiencia, porque nos faltaba tiempo para abordarlo de otra manera.

Nunca antes había operado tanto. Una operación tras otra. Sin parar. Hasta que todo se volvía borroso ante mis ojos y apenas podía

mantenerme en pie.

Cuando eso ocurría, me permitía dos horas de sueño y continuaba.

Luchaba por cada vida. Me esforzaba por cada paciente. Aun así, mis esfuerzos no eran suficientes.

Por cada persona que salvaba, moría otra.

Simplemente no era lo bastante rápido para ayudar a todos a la vez. Aceptar eso me resulta extremadamente difícil ahora mismo.

Estoy cansado y completamente destrozado. Sufro de una falta extrema de sueño y aun así no quiero irme a casa porque aquí todavía hay mucho por hacer.

Llevaba una semana sin ir a casa y probablemente pasarían unos días más antes de que abandonara el hospital por más de una hora.

—Nash, colega, tío, tienes un aspecto horrible —gruñe Austin y se deja caer en la silla libre a mi lado.

—¿Café? —le ofrezco, ignorando su comentario.

Estoy sentado en la silla de mi escritorio, con la cabeza apoyada en las manos, revisando documentos de pacientes.

—Vete a casa y duerme un poco —me advierte Austin mientras se sirve del café recién hecho.

—Quizás la semana que viene —murmuro y paso la página.

—¿*La semana que viene*? ¿Estás loco? Eso es irresponsable.

Levanto la vista y frunzo el ceño irritado, porque mis nervios actualmente son como un cable tensado: están alarmantemente finos.

—Mis pacientes me necesitan. Tú vete a casa si quieres y pon los pies en alto. Pero yo me quedo aquí. Puedo marcar la diferencia y tengo toda la intención de usar mis habilidades para ello.

Austin levanta las manos a la defensiva.

—Tranquilo, Madre Teresa. Te lo he dicho muchas veces y te lo digo una vez más: te tomas todo esto demasiado personalmente, Nash. No es culpa tuya que algunos no lo consigan. Das lo mejor de ti. Pero a veces ni siquiera eso es suficiente porque las lesiones son simplemente demasiado graves. Eso no significa que hayas fracasado.

Aprieto los puños.

—No soy lo sufucuentemente rápido, Austin. Si pudiera trabajar más rápido, operar más rápido...

—¡Para! —me interrumpe Austin con firmeza—. No vamos a tener esta discusión. Porque carece de fundamento. Entiendo que te preocupas por tus pacientes y acepto que no siempre mantienes la distancia necesaria que se requiere en este trabajo para no romperse, pero lo que estás haciendo aquí es suicidio, amigo mío.

Me froto la cara con cansancio y aunque muy dentro de mí sé que Austin tiene razón, sus palabras no llegan a calar en mí.

—Tío, Nash. En momentos como este, realmente puedo entender a tu padre. Necesitas a alguien que te espere en casa. Alguien por quien valga la pena volver a casa. Alguien que te recoja y te levante el ánimo. Alguien que, para variar, se preocupe por *ti* y no al revés.

Suspiro con fastidio.

—Puedo arreglármelas solo.

—Por supuesto que puedes. Pero la vida es mucho más bonita cuando de vez en cuando no *tienes* que hacerlo, ¿entiendes?

No, no lo entiendo.

Ahora mismo no entiendo nada. Y la culpa es únicamente de este persistente cansancio que no me suelta.

—Cuando todo esto termine, deberías tomarte unos días de vacaciones. Vuela hacia el sol. Túmbate perezosamente en la playa. Pesca algunas chicas de la playa y déjate mimar. Te lo has ganado.

Niego con la cabeza decididamente.

—Eso no va a suceder.

Austin alza una ceja con desaprobación.

—¿Y por qué no?

—Porque voy a atender médicamente a las personas que se han quedado sin hogar por la tormenta.

—¿De qué manera?

Me levanto y me estiro, porque enseguida tengo mi próxima operación y antes quiero ver a un paciente.

—Muchas personas han perdido sus hogares y no todas tenían aseguradas sus casas. Incluso aquellas que están aseguradas podrían quedarse cargando con los costes de la reconstrucción porque el seguro, por regla general, no paga en casos de fuerza

mayor, como ocurre con las catástrofes naturales. ¿No crees que estas personas ya tienen suficientes problemas? No deberían tener que preocuparse también por su salud. Voy a examinarles. Como voluntario y gratuitamente. Esto funciona a través de una fundación sin ánimo de lucro.

Me inclino hacia mi cajón y saco un folleto que le entrego a Austin.

—Aquí. Échale un vistazo. Ciertamente podríamos usar a un ginecólogo experimentado en nuestro equipo.

Austin se frota la barbilla perplejo y mira del folleto hacia mí.

—Eres incorregible, Nixon. Y terco. Y... demasiado bueno para este mundo.

Austin se levanta y mete el folleto en el bolsillo de su bata.

—¿Te lo pensarás? —pregunto esperanzado, porque sé lo talentoso que es Austin en su profesión y porque estoy firmemente convencido de que en algún lugar de su pétreo corazón de médico todavía hay un núcleo blando.

—Podríamos hacer un trato, Nash.

—También podrías simplemente decir que *sí* y ponérmelo fácil por una vez.

Este comentario le arranca una sonrisa a Austin.

—Eso sería aburrido.

Cruzo los brazos expectante frente al pecho y señalo con la barbilla el reloj que cuelga sobre él.

—Tengo que irme. Así que dime, ¿qué tipo de trato tienes en mente?

—Tú te esfuerzas por encontrar a alguien que se preocupe por ti y yo, a cambio, me preocuparé por tus pacientes sin hogar.

Resoplo.

—Puedes esperar sentado. Entre el trabajo en el hospital y en el centro comunitario, ni siquiera me queda tiempo para echar un polvo ocasional, y mucho menos para buscar a la mujer de mis sueños. Así que no, lamentablemente no habrá trato.

—Qué pena —murmura Austin—. Pero lo que no es, aún puede llegar a ser.

15

LUNA



Ya han pasado más de tres meses desde la devastadora tormenta de nieve y poco a poco el largo y persistente invierno se despide. La primavera ya está en los bloques de salida y los días se vuelven más luminosos y cálidos.

Aunque en general me gusta el invierno, este año apenas puedo esperar para dar la bienvenida a la primavera.

Nada en Martha's Vineyard recuerda ya a *Hillary* y la vida en la isla hace tiempo que volvió a su curso habitual.

Todo parece como siempre. Pero las apariencias engañan. Porque algo fundamental ha cambiado: yo.

Al principio no lo noté, porque la tormenta de nieve *Hillary* y la devastación que dejó me tenían tan ocupada.

En algún momento me invadió la sutil sensación de que algo no iba bien conmigo. Mi período no llegaba.

Me convencí a mí misma de que estaba relacionado con el enorme estrés al que estaba sometida, y el buscador de internet confirmó mi suposición.

Debido a un alto nivel de estrés, el ciclo de una mujer puede cambiar. El sangrado puede ser más intenso, o más débil, o incluso

desaparecer por completo.

Pero cuando mi ciclo tampoco llegó el segundo mes, ya no pude seguir engañándome.

Tomé el ferry a tierra firme, porque en Martha's Vineyard enseguida se correría la voz si compraba un test de embarazo en la farmacia local, y conseguí el test en una farmacia donde nadie me conocía.

Me hice la prueba inmediatamente después, en el aseo de un área de servicio de la autopista, porque mi curiosidad y mi miedo me estaban volviendo loca.

Diez minutos después tenía la respuesta en mis manos: *embarazada*.

Volví tambaleándome y aturdida a mi coche y me dejé caer sin fuerzas en el asiento del conductor, donde tuve que digerir esa noticia.

Embarazada. Yo, precisamente.

Aunque en secreto siempre he deseado tener hijos, las circunstancias y el momento de este embarazo no planeado son cualquier cosa menos perfectos.

Hace apenas dos semanas acepté la oferta de la policía de Boston para sustituir a un compañero herido en el departamento antidrogas. Esto me brinda la oportunidad de respirar aires de gran ciudad, pero al mismo tiempo tiene la ventaja de que puedo regresar a Martha's Vineyard después, si así lo deseo.

Gracias a la ayuda de Kimberly, ya he encontrado un piso en Boston y en dos semanas comenzaría.

Realmente estaba ilusionada con este nuevo capítulo en mi vida, independientemente de Nash, que también vive en Boston. Porque mi decisión de mudarme a Boston, aunque sea temporalmente, no tiene nada que ver con él.

Desde la tormenta, Nash solo se ha puesto en contacto conmigo en una o dos ocasiones para preguntar cómo iban los trabajos de reconstrucción y si seguía encontrándome bien. Su último mensaje fue a principios de febrero.

Desde entonces, silencio total. Una clara señal de que fuera de Martha's Vineyard, si acaso, rara vez piensa en mí.

Yo merezco algo mejor. Merezco a alguien que me corteje. Que se esfuerce por conquistarme. Que me colme de atenciones y me demuestre que me desea. Que me eche de menos. Que le importe.

Nash no ha hecho nada de eso.

Por eso he decidido cerrar el *capítulo Nash* de una vez por todas, para protegerme de más decepciones de este tipo.

Sin duda, Nash nunca me ha dado falsas esperanzas. Nunca me prometió nada, aparte de nuestros juramentos de amor en la adolescencia, cuando queríamos navegar juntos alrededor del mundo, aunque ninguno de los dos supiera nada de navegación.

En el fondo, Nash ha hecho todo bien. Como aventura sin compromiso, es perfecto. Es el amante ideal: sensible, preocupado por el bienestar de su pareja, cariñoso, apasionado y extremadamente talentoso.

Pero en algún momento de la vida, llegas a un punto en que eso ya no es suficiente.

El sexo satisfactorio puede ser tremendamente liberador. Pero a largo plazo no es suficiente para ser feliz. Al menos no para mí.

En realidad, debería haberme alegrado de esta revelación, pero desgraciadamente a este conocimiento se le sumó la comprensión de que durante todos estos años nunca busqué un hombre adecuado en todos los aspectos, porque siempre esperé que Nash acabara reconociendo que soy más que una simple amiga platónica y un ocasional romance para él.

Es cierto que de cara al exterior siempre he dado la impresión de que no quería una relación estable. Y también hacia Nash siempre he subrayado que mi carrera está en primer lugar para mí.

Pero en el fondo siempre he anhelado una pareja que me quiera. Alguien que me espere cuando llegue a casa por la noche. Alguien que cocine para mí y luego me haga el amor tiernamente, como Nash. Solo que regularmente y no únicamente cada pocos años.

Para poder encontrar a un hombre así, tengo que renunciar a mi fascinación por Nash y a mis secretos sentimientos de tantos años por él.

Y justo cuando me he dado cuenta de esto y he intentado seriamente hacerlo, sostengo un test de embarazo positivo en mis

manos.

Identificar al padre es un juego de niños porque desde hace una eternidad solo me he acostado con un hombre: Nash Nixon.

Con el hombre al que quería desterrar de mi vida a partir de ahora. Con el hombre que solo ve en mí un placer ocasional. Con el hombre que ya no se pone en contacto conmigo. Que me folla cada vez que viene a la isla y que por lo demás no dedica ni un solo pensamiento a mí. Con el hombre que está tan comprometido y ocupado profesionalmente que no ha disfrutado de unas verdaderas vacaciones en los últimos dos años. Con el hombre que no se cansa de enfatizar que no hay lugar en su vida para algo como una relación. Que quiere dedicarla por completo a la medicina.

¿Cómo demonios voy a decirle a este hombre que esperamos un hijo?

Probablemente sufriría un infarto y desearía no haberme conocido nunca, no haber dormido nunca conmigo.

¿Cómo voy a explicarle el embarazo?

Ni siquiera yo entiendo cómo pudo ocurrir.

Nos protegimos. Incluso doblemente. Es cierto, durante mi estancia en Boston no fui tan exacta con la toma de la píldora. Puede ser que haya tomado alguna pastilla con cierto retraso pero nunca olvidé tomar ninguno de los preparados hormonales.

¿Y Nash? Eran *sus* condones. Él los trajo.

Aunque...

Me detengo en el movimiento y reflexiono.

Cuando se nos acabaron sus condones, utilizó algunos de sus hermanos. Es muy posible que algo saliera mal en ese momento. Aunque ninguno de los preservativos más antiguos reventó, quizás algo se coló. Una pequeña rotura en el látex sería suficiente para permitir que suficientes espermatozoides llegaran hasta mi óvulo.

Sea como sea, sobre la causa del embarazo se puede discutir, pero sobre el resultado no.

Después de mi test de embarazo positivo, visité a mi ginecóloga de confianza con la esperanza de un resultado erróneo. Su veredicto fue inequívoco: estoy embarazada.

16

LUNA



El cálido sol de primavera brilla a través de mi ventana mientras me siento en la mañana en mi escritorio del Departamento de Policía de Boston.

Llevo ya unas dos semanas trabajando en Boston y cada día me gusta más.

El trabajo es exigente, desafiante y a veces también peligroso. Hasta ahora no me he aburrido ni un minuto. Eso es bueno porque así al menos no me pongo a darle vueltas a la cabeza.

Sobre el bebé y... sobre Nash.

He decidido quedarme con el bebé. Para ser sincera, abortar nunca estuvo en discusión. Siempre he deseado tener hijos, aunque en otras circunstancias.

Ahora que se me ha concedido este regalo, aunque sea en un momento sumamente inoportuno de mi vida, lo aceptaré con gratitud y lo amaré con todo mi corazón.

Para hacer eso, no necesito a un hombre a mi lado. Me las arreglaré perfectamente sola.

Pero, ¿qué pasa con el niño? Merece tener un padre, ¿no? Merece saber a quién le debe la vida. Merece el amor y el cariño

paterno.

Pero, ¿y si su padre no quiere formar parte de su vida? ¿O si resulta ser un padre terrible porque constantemente decepciona al niño y nunca está ahí para él? ¿Si no se puede confiar en él porque el trabajo siempre está en primer lugar?

No quiero presentarle a mi hijo un padre que, aunque sea su progenitor biológico, no tenga las cualidades necesarias para ser un padre cariñoso, atento y fiable.

Quiero ofrecer estabilidad a mi hijo. Rutina. Un nido seguro donde pueda desarrollarse libremente.

Para eso Nash, según sus propias palabras, simplemente no es adecuado.

Por eso he decidido guardarme la noticia del embarazo. Por ahora.

Cuando me haya asentado en Boston, me haya establecido aquí y me haya acostumbrado a la idea de ser madre pronto, volveré a considerar si debo contarle la verdad a Nash.

Al fin y al cabo, no soy inhumana y soy consciente de que Nash tiene derecho a saber de su hijo.

Sin embargo, la cuestión fundamental es si realmente *quiere* saberlo.

Porque creo que en realidad preferiría *no* saber nada de todo esto. Que incluso le estoy haciendo un favor al ocultarle la verdad, en lugar de poner su vida patas arriba con un niño.

A este pensamiento me aferro cada vez que me asalta la mala conciencia.

Como si eso no fuera suficiente, también está mi familia, con la que hay que lidiar.

La familia Álvarez es una comunidad muy unida a la que le encanta entrometerse en la vida de sus parientes.

En Martha's Vineyard todavía podía escapar de las garras de mi familia, pero desde que se enteraron de que estaré en Boston por un tiempo previsible, se meten con gusto en mi vida.

Fui condenada con efecto inmediato a las noches familiares y al brunch dominical semanal. Cada vez me acribillaban allí con preguntas inapropiadas y molestas.

¿Cómo es posible que sigas sin tener novio?

¿Eres lesbiana en realidad?

¿Por qué estás tan obsesionada con ser policía en lugar de traer niños al mundo?

¿Por qué no quieres tener una cita con el hijo de la prima de mi compañera de bridge?

¿Por qué no dejas la caza de criminales a los hombres?

Preguntas y más preguntas que llueven sobre mí y que se repiten constantemente.

Es irritante. Extremadamente.

A veces es tan irritante que casi estoy dispuesta a soltar la bomba. Contarle a mi familia que sí soy perfectamente capaz de pescar a un hombre. Que —*sorpresa*— ya no soy virgen. Que sé cómo usar el miembro de un hombre para aparearme, porque lo he hecho con éxito.

Pero con esa explosión no me haría ningún favor. El tiro me saldría completamente por la culata y provocaría muchas más preguntas. Especialmente sobre el padre de mi hijo.

Eso no lo quiero. Lo quiero aún menos que tener la reputación de ser una solitaria ambiciosa, resistente a las relaciones y obstinada.

Dejo pacientemente que sus preguntas lluevan sobre mí y las esquivo con toda la habilidad posible.

Todavía funciona.

Cuando mi vientre plano empiece a abultarse, será más difícil justificar mi constante aumento de peso con los deliciosos tacos de mi tía.

—¿No te encuentras bien? Parece que te vas a caer de la silla en cualquier momento.

La voz preocupada de Kim me arranca de mis sombríos pensamientos y me salva de innumerables simulaciones de horror sobre la reacción de mi familia ante el anuncio de mi estado de madre soltera.

—Estoy bien —digo para quitarle importancia—. En Boston recibo mucho menos sol que en la isla. De ahí la piel pálida.

Kim alza una ceja con desconfianza y parece no creerme del todo.

—¿Has venido por algún caso? —pregunto para cambiar de tema.

Normalmente el lugar de trabajo de Kim está en la medicina forense, cinco pisos más abajo.

—En realidad he venido para invitarte a una fiesta —confiesa Kim con un brillo travieso en los ojos.

—¿Y vienes hasta aquí para eso? Podrías haberme enviado un mensaje de texto.

—Al que luego no contestarías. Ya, claro. No, querida. No te dejaré escapar tan fácilmente. Necesitas ver algo más que estas cuatro paredes polvorientas. A la larga, una se vuelve depresiva y loca a la vez.

—¡No por mucho tiempo! A partir de la semana que viene por fin me mandan al terreno. ¡Se acabó el polvo en la oficina! —anuncio radiante.

El entusiasmo de Kimberly, en contraste con el mío, se mantiene claramente contenido.

—Puedes alegrarte por mí, ¿sabes? —refunfuño.

—Ya lo hago —suspira—. Pero Boston a veces es un terreno difícil, especialmente en el mundo de las drogas. Así que, por favor, cuídate cuando persigas a los tipos malos. Al fin y al cabo, *tú* siempre insistes en que no quieres que yo te examine. Pero si acabas muerta en mi mesa, tendré que hacerlo, y no seré delicada, ¿entiendes?

17

NASH



Me despido de los voluntarios con los que he estado cuidando la salud de las personas que perdieron sus hogares debido a la tormenta de nieve *Hillary* y me dirijo con Austin hacia el aparcamiento.

—¿Te apetece una copa? —pregunta Austin mientras desbloquea su coche—. Ahora mismo necesito definitivamente una cerveza. O mejor dos.

Austin se unió a nosotros hace unas semanas, demostrando una vez más que su pequeño y enclenque corazón es en realidad mucho más grande de lo que está dispuesto a admitir.

Lo reconozco por cómo sacrifica su sagrado tiempo libre para ayudar a otros. Y por cómo, después de los tratamientos, siempre siente el impulso de emborracharse, porque en secreto le afectan los destinos de las personas, aunque jamás lo admitiera.

—Claro —digo por eso. No porque tenga ganas de pasar la noche en un bar, sino porque no voy a dejar tirado a mi mejor amigo cuando necesita a alguien que esté ahí para él.

Evidentemente lo necesita, aunque preferiría cortarse la lengua antes que admitirlo.

—Genial. Sube —me insta y poco después nos dirigimos hacia el centro de la ciudad.

Austin aparca cerca de un tranquilo bar lounge, lo que sugiere que vamos a por unas cervezas relajadas en lugar de una noche loca de fiesta.

No podría venirme mejor porque ahora mismo me falta energía para noches largas de fiesta.

Desde que la mortal tormenta de nieve arrasó Boston a principios de año, no he descansado como es debido, y mucho menos me he tomado unos días de vacaciones.

Ahora que las cosas empiezan a calmarse un poco, por fin se ve la luz al final del túnel. Me he propuesto firmemente ir a Martha's Vineyard durante unos días en las próximas semanas para echar un vistazo a la casa de vacaciones, pero sobre todo para asegurarme de que Luna está bien.

Supongo que está tan ocupada como yo, porque apenas ha dado señales de vida últimamente. Es una verdadera lástima, porque los mensajes ocasionales que intercambiamos en las semanas posteriores a la tormenta fueron como una luz brillante para mí en aquellas horas oscuras.

Me dieron esperanza, confianza y fuerza porque procedían de una persona a la que valoro mucho, a la que conozco casi toda mi vida y que, después de la tormenta de nieve *Hillary*, tuvo que lidiar con desafíos similares a los míos.

Con Luna me siento comprendido. Puedo hablar con ella sin filtros. Con ella no tengo que ser el profesional, el omnisciente dios de blanco. Con Luna puedo ser simplemente yo mismo. Y eso me ha sentado extremadamente bien, sobre todo en los últimos meses.

—Nixon, tío, tu cerveza se está calentando.

Austin golpea la barra y señala mi vaso, que a diferencia del suyo, sigue completamente lleno.

—¿Podemos olvidarnos del trabajo por el resto del día y hablar de otra cosa? —me pide.

—Claro. ¿De qué quieres hablar?

—¿Qué tal si hablamos de ti? —sugiere Austin con una sonrisa.

—¿De mí? ¿En qué sentido?

—¿Cómo va el ultimátum que os puso vuestro padre a ti y a tus hermanos?

Dejo escapar el aire de mis pulmones con un silbido.

El maldito ultimátum. Justo lo que me faltaba esta noche.

—Sin cambios —gruño malhumorado y me llevo el vaso de cerveza a los labios.

—¿Eso significa que sigues sin tener una tía buena a punto de caramelo que sirva como esposa?

—No —respondo lacónicamente.

—Si no encuentras una mujer adecuada para finales de año, perderás la casa de vacaciones en Martha's Vineyard, ¿verdad?

Asiento con un gruñido.

—Eso sería triste, porque la casa significa mucho para mí, pero podría soportarlo. Sin embargo, el problema principal sigue siendo que mis hermanos también perderán su herencia si no cumplo con el ultimátum y no puedo hacerles eso.

—O todos encontráis una mujer amorosa con la que engendrar en un futuro próximo a los descendientes de la familia Nixon, o lo dejáis estar y perdéis todos vuestra herencia —resume Austin mi situación sin salida.

—Exacto.

Austin sacude la cabeza. En su mirada hay tanto diversión como incredulidad.

—Tu padre es realmente duro, Nash.

—A quién se lo vas a decir —murmuro.

—¿Y cómo les va a tus hermanos? Incluso si ocurre un milagro y tú encuentras una mujer adecuada, ellos también tienen que hacerlo.

Me encojo de hombros.

—¿Tengo pinta de tener el tiempo y los nervios para andar llamando a mis hermanos para ponerme al día sobre sus vidas amorosas?

Austin entrecierra los ojos.

—Bueno... pensé que estaría en el interés de todos vosotros cumplir con el ultimátum y que por eso estaríais en contacto

constante. Trabajando en un plan conjunto para hacer cambiar de opinión a vuestro padre, o para engañarle.

Levanto las cejas sorprendido.

—¿Engañarle?

—Sí, con una novia falsa y eso. Ya sabes.

No, no lo sé. Aparentemente me falta energía criminal para eso. Austin también parece reconocerlo, porque pone los ojos en blanco con fastidio.

—Te consigues una novia temporal. Le pides que finja ante tu padre que estáis súper enamorados y mantenéis esta farsa hasta que tu padre os ceda la herencia a tus hermanos y a ti. A cambio de su ayuda, le ofreces algo que ella realmente quiera o necesite. Dinero, sexo, un techo, un trabajo... no sé. Sé creativo.

Resoplo divertido y doy una palmada en el hombro a Austin.

—Definitivamente ves demasiadas películas malas, Green. Esos planes están condenados al fracaso desde el principio. Además, mi padre no es tonto. Y yo no soy buen actor. Se daría cuenta al instante.

—Sigue siendo mejor que aparecer sin novia en la gala de Nochevieja —responde Austin—. Con la novia falsa al menos tienes una mínima posibilidad. Piensa en tus hermanos. En lo que está en juego para ellos. ¿Realmente quieres ser el responsable de que pierdan lo que más les importa?

No. Por supuesto que no quiero.

Pero, ¿una novia falsa?

Esa no puede ser la solución.

Aunque, por más que lo intente, no se me ocurre otra.

De momento, al menos.

Pero lo que no es, aún puede llegar a ser. ¿No?

18

LUNA



La primera semana de servicio exterior fue emocionante, estresante y, he de admitir, bastante agotadora.

Nunca hubiera pensado que echaría de menos la tranquilidad y el aburrimiento de Martha's Vineyard pero después de conocer las duras calles de Boston, aprecio mucho más el idilio de la isla.

Hace una hora que he llegado a casa y estoy deseando darme un baño caliente, tomarme una taza de té y leer un buen libro.

Estoy a punto de meterme en la bañera maravillosamente perfumada cuando suena el timbre de la puerta.

Vaya momento más inoportuno.

Ignoro el timbre y me deslizo a lo largo en el agua caliente. Se me escapa un suspiro de placer.

Cierro los ojos relajada y respiro profundamente el tranquilizador aroma del baño de espuma.

Desgraciadamente el timbre de la puerta no cesa.

Quien quiera que esté allí y quiera hablar conmigo es persistente.

Yo también lo soy.

Apoyo la cabeza contra el borde de la bañera e intento ignorar el timbre.

En vano, porque ahora también comienza a vibrar mi móvil, que está junto a mi ropa en el borde de la bañera.

Suelto una maldición en voz baja y busco mi teléfono con las manos mojadas. Tengo mucho cuidado de que no se me resbale accidentalmente de la mano y caiga al agua, porque ya no se trata solo de mí. Ahora soy responsable de dos vidas. De mí y... de mi bebé.

Al pensar en mi bebé, una sonrisa se dibuja en mi rostro y acaricio tiernamente con mi mano libre mi vientre cubierto de espuma, que a pesar del avance del embarazo sigue siendo relativamente plano.

Absorta en la ilusión del bebé, respondo a la llamada sin mirar primero la pantalla.

Un error fatal.

Porque al otro lado de la línea no es otra que Kimberly.

—Sé perfectamente que estás en casa. ¿Te dignarías a abrirme la maldita puerta? —se queja nada más descolgar.

—Estoy en la bañera. Quizás la próxima vez podrías avisar de tu visita —le respondo también quejándome.

—Entonces ya no sería una sorpresa.

Al oír la palabra *sorpresa* me estremezco involuntariamente.

Porque no soy fan de las sorpresas. Menos aún cuando las trama Kim. Sobre todo no en una noche de viernes.

—Acabo de meterme en la bañera. ¿Podemos hablar por teléfono más tarde? Te llamaré —propongo.

—Te gustaría, ¿eh? Echarme sin más después de no haber conseguido nada. Pero no, no te librarás de mí tan fácilmente. Saca tu trasero desnudo de la bañera y abre, Alvarez.

Como para reforzar su exigencia, Kim vuelve a tocar el timbre insistentemente con sus últimas palabras.

Cuelgo y sumerjo la cabeza bajo el agua.

Qué maldita pesada.

Incluso bajo el agua el timbre me llega y, lenta pero seguramente, temo que podría estar molestando muchísimo a los vecinos. Igual que a mí.

Emerjo y salgo de la bañera de mal humor.

No me molesto en enrollarme una toalla.

—Eres la persona más pesada que conozco. Y teniendo en cuenta mi familia, eso ya es decir —saludo a Kim bruscamente y vuelvo a paso ligero al baño.

—Menudo trasero —me grita Kim entre risitas mientras cierra la puerta—. Es una lástima que los hombres de este mundo lo vean tan poco.

—Lo mismo te digo —murmuro y me deslizo por segunda vez en el agua.

Kim me sigue. Baja la tapa del inodoro y se sienta encima.

—¿Qué quieres? —pregunto con los ojos cerrados mientras cojo las rodajas de pepino que me he preparado como máscara para los ojos.

—¿Que qué *quiero*? Diversión. ¿Te suena de algo esa expresión o tengo que explicártela? —sonríe Kim divertida.

Me hundo más profundamente en el agua, de modo que el cálido líquido me envuelve el cuello.

—Como puedes ver, me lo estoy pasando de muerte.

Kim arruga la nariz.

—¿Así es tu viernes por la noche? ¿Bañera y aburrimiento? Te estás perdiendo toda tu vida, ermitaña.

—Por lo menos así viviré más tiempo. Con tu estilo de vida, en diez años se acabó —contraataco y cierro los ojos de forma demostrativa.

—Mejor diez años viviendo a tope que cien años de aburrimiento —responde Kim imperturbable—. Y ahora sal de esa bañera y vámonos.

Niego con la cabeza.

—Ni hablar, amiga.

—Eso no es justo. Ni siquiera sabes adónde vamos —se queja Kim.

—¿Adónde va a ser? A alguna fiesta. O a algún club.

—Como si yo fuera a arrastrarte a *algún* club. Por favor. Ya sabes que solo frecuento clubes de primera clase.

Sí. Y ahí precisamente está el problema: Kim adora los locales caros y elitistas. Yo los odio. ¿Qué pinto yo en un club sobrevalorado

y caro lleno de snobs que me aburren con sus charlas pretenciosas?

Yo, por mi parte, prefiero bares sencillos, con solera, rústicos y con carácter. Un viejo pub irlandés, por ejemplo. El tipo de bar donde las mesas de madera están gastadas, los tablones crujen y las paredes están pintadas de colores vivos. El tipo de bar donde no hay cócteles pseudomodernos ni obligación de llevar tacones.

Pero Kim no quiere ni oír hablar de eso.

Intenta constantemente atraerme a los bares y clubes de la élite de Boston y aunque siempre me he resistido con vehemencia, lo hago aún más categóricamente desde que me enteré de mi embarazo.

Aunque mi médica dice que puedo salir y divertirme, quiero descansar lo suficiente para que mi bebé se desarrolle de forma segura y sin complicaciones.

Si trabajo quince horas al día y luego paso la tarde y la noche con música alta y entre multitudes, estoy haciendo exactamente lo contrario.

Así que no. Salir de fiesta no es una opción en este momento.

Al principio todavía podía excusarme con Kimberly diciendo que acababa de llegar a Boston y necesitaba tiempo para adaptarme. En defensa de Kim, debo admitir que mostró mucha comprensión por ello. Al menos según sus estándares.

Pero poco a poco esta excusa ya no le vale. Al fin y al cabo, llevo aquí bastante tiempo y hace mucho que me he adaptado e integrado por completo.

—Salgamos otro día. Hoy no me apetece —intento probar suerte de todos modos.

—Vamos, Luna. No seas tan aburrida. La vida es corta. Algún día te arrepentirás de haberte quedado siempre en casa esperando a la muerte.

La tendencia de Kim a las exageraciones absurdas me hace hacer una mueca.

—No estoy esperando a la muerte, estoy dándome un baño relajante. No tengo planeado tener un encuentro cercano con el secador en el agua, ¿vale?

—No puedes pasarte toda la noche bañándote, Lu. Si no quieres convertirte en un pez, tendrás que salir en algún momento de esa bañera. Y entonces...

—Entonces me acurrucaré con una manta en el sofá y leeré un libro hasta que se me cierren los ojos. Y mañana empezaré el día descansada, sin resaca y de buen humor.

Kim gime teatralmente.

—¿Me recuerdas otra vez por qué somos amigas?

Oigo cómo Kim se levanta y sale del baño a grandes zancadas.

Al instante me invade el sentimiento de culpa. ¿Me he pasado?

Me quito las rodajas de pepino de los ojos y estoy a punto de llamar a Kim cuando regresa al baño con una botella bajo el brazo y dos copas de cava. Cuando capta mi mirada interrogante, sonríe.

—Si no quieres ir a la fiesta, la fiesta vendrá a ti.

Coloca las copas en el mueble junto al lavabo y vierte el burbujeante alcohol.

Con una sonrisa triunfante me ofrece una copa.

Cuando dudo, levanta una ceja con desaprobación.

—Si no quieres salir, de acuerdo. Pero, ¿qué te impide brindar por el fin de semana con tu mejor amiga mientras te relajas profundamente en la bañera y tu piel se disuelve?

Rechinando los dientes, considero cómo salir de esto sin delatarme o decepcionar a Kimberly.

Así que decido tomar la copa y dar un mini sorbito diminuto, para luego verter el resto en la bañera en un momento discreto.

Kim coge su copa del mueble y brinda conmigo.

—Pues entonces, salud.

—Salud —repito como un eco y doy un sorbo cauteloso a mi copa.

—¿No te gusta? —pregunta Kimberly con recelo.

—Sí. Está muy bueno. Es que... no me apetece alcohol.

—¿Y por qué no? —insiste Kim.

—Tengo que mantenerme en forma cuando estoy en servicio exterior. Por eso ahora simplemente cuido más mi condición física.

Kim deja su copa y se sienta en el borde de la bañera, donde también me quita la copa y me mira con conocimiento.

—Dime, Lulu cariño, ¿cuánto tiempo más piensas ocultarme que estás embarazada? Que sea médico forense no significa que no pueda reconocer a una embarazada cuando la tengo delante. Especialmente cuando la embarazada es una de mis amigas más cercanas.

Miro a Kim pillada y me toco instintivamente el vientre.

—Cómo... —balbuceo—. ¿Cómo... lo sabes?

Kim sonríe indulgente.

—Llevas semanas sin beber ni una gota de alcohol. Cuidas meticulosamente lo que comes y te acaricias distraídamente el vientre una y otra vez. Tomas pastillas para aumentar la ingesta de hierro. Miras a escondidas cosas de bebé en internet. ¿Sigo?

Aprieto los labios y niego.

—¿Quién más lo sabe aparte de ti?

—Nadie —me asegura mi amiga—. Pero no puedes ocultarlo para siempre. Tienes que informar de tu estado, Luna. Pronto todo el mundo notará tu barriguita de embarazada. Aparte de eso, no deberías participar más en las operaciones. A partir de ahora, servicio de oficina.

—¡De ninguna manera! —exclamo indignada—. Estoy embarazada, no enferma.

—Puede ser. Pero tienes un trabajo peligroso en el que pueden pasar muchas cosas. Deberías pensar bien si quieres exponer al niño a ese peligro continuamente, Luna.

Asiento y bajo la mirada pensativa. Kim tiene razón en cuanto al peligro al que me expongo.

Pero si solo puedo hacer la mitad de mi nuevo trabajo después de un mes debido a un embarazo, mis posibilidades de conseguir un puesto permanente en Boston tienden a cero. Sin embargo, si lo aplazo unos meses más, el tiempo suficiente para causar una impresión duradera, puede que haya la posibilidad de tener un futuro en la policía de Boston.

—¿Luna? —la voz de Kim interrumpe mis reflexiones—. ¿Quién es el padre de tu bebé? ¿Y por qué no está aquí contigo?

19

NASH



Hoy me reúno con mi padre para comer en un restaurante no muy lejos de las *Nixon Towers.*

Hace tiempo que no nos vemos, así que agradezco la oportunidad de pasar un rato con mi padre.

—Pareces cansado, Nash —me reprende mi padre cuando me siento con él a la mesa del elegante restaurante italiano.

—Hay mucho lío últimamente —le resto importancia y cojo la carta.

—Harper me ha contado que además de tu trabajo en el hospital, desde hace algún tiempo también te dedicas al voluntariado.

Mi hermano, menudo cotilla.

Harper dirige una editorial de éxito. En cierto modo, se gana la vida con las noticias, o más bien, con la transmisión de información. Debería haber sabido que le iría con el cuento a papá sobre lo que le había confiado.

—Sí, es cierto. Ayudo a las personas que lo perdieron todo durante la tormenta de nieve.

Mi padre asiente con aprobación.

—Eso es muy noble por tu parte y no esperaba menos. Pero me preocupo por ti.

Precisamente por eso quería evitar que mi padre se enterara de mi segundo trabajo.

Gracias, Harper.

—No tienes que preocuparte. Puedo manejarlo.

—No lo dudo —suspira mi padre—. Pero ahora te queda aún menos tiempo para buscar una mujer con la que compartir tu vida.

Ahora me toca suspirar a mí.

—En este momento hay cosas realmente más importantes que encontrar a la mujer de mi vida, papá. ¿No crees que podrías liberarme, o incluso liberarnos a todos, de tu ultimátum? Prefiero salvar vidas humanas a forzar un matrimonio, ¿sabes?

—Nash. —Mi padre pone su mano sobre la mía. Un gesto inusual de afecto que me desconcierta un poco—. Estoy extremadamente orgulloso de ti y de lo que haces, pero me enfada ver que con toda tu empatía por los demás, te olvidas de ti mismo. Salvas vidas humanas y eso es maravilloso. Pero, ¿qué pasa con tu propia vida? ¿La encuentras realmente digna de ser vivida tal como está ahora?

Me quedo perplejo y aparto la mano de la de mi padre.

—Disculpa, papá. Después de la muerte de mamá, te enterraste durante años en el trabajo. Incluso más que antes. En realidad, nunca estabas presente porque siempre estabas trabajando sin parar. Entonces, ¿realmente crees que eres precisamente tú quien está en posición de darme lecciones en este aspecto?

Mi padre se recuesta en su silla y se acaricia pensativamente la barbilla.

—Creo que estoy en posición de darte lecciones precisamente *porque* sé cómo se siente cuando la vida pasa a tu lado sin que la aproveches.

Cierro la carta y la tiro sobre la mesa. Poco a poco voy perdiendo el apetito.

—Así que no debo cometer el mismo error que tú cometiste, ¿verdad? ¿Es eso lo que quieres decirme?

—La razón por la que me sumergí en el trabajo es que casi me derrumbé por el dolor que me causó la muerte de vuestra madre. El

trabajo era lo único que me impedía volverme loco, Nash. Si quieres verlo así, no tenía otra opción que enterrarme en el trabajo. Era lo que me mantenía vivo al final. Ese no es tu caso. No trabajas día y noche para distraerte de una pérdida trágica. No tienes que afrontar la muerte del amor de tu vida. Para eso, primero tendrías que encontrarla. Así que sí, creo que tengo todo el derecho a darte lecciones.

Dejo escapar el aire de mis pulmones ruidosamente y me cuesta mirar a mi padre.

Nunca habíamos hablado tan abiertamente. Esto me muestra lo mucho que le importa este asunto y por qué insiste tan vehementemente en este ultimátum.

—Nash —comienza mi padre de nuevo—, sé que amas tu trabajo. Pero, ¿de verdad no te gusta la idea de que haya alguien esperándote cuando llegas a casa después de un día agotador? Alguien que te abrace. Que te distraiga de tus preocupaciones. Alguien que te haga reír y que haga latir tu corazón más rápido.

—Sí, claro —admito—. Por supuesto que me gustaría pero encontrar a esa persona no es fácil. Especialmente cuando estás tan ocupado profesionalmente como yo. En mi caso no es que gane menos beneficios si trabajo menos. Eso se podría soportar. Cuanto menos trabajo, menos personas puedo ayudar, ¿entiendes? La moneda en mi profesión es muy diferente a la de mis hermanos. Prosperidad versus vidas humanas.

El camarero se acerca a nuestra mesa para tomar el pedido e interrumpe nuestra conversación. Aprovecho la oportunidad para servirnos más agua a mi padre y a mí.

—Entiendo lo que quieres decir, pero en el caso de tus hermanos tampoco se trata solo de beneficio económico. Indirectamente, en sus manos está la preservación de puestos de trabajo y, por tanto, la existencia de empleados y sus familias. Son hombres de negocios, no médicos, sí. Pero con sus acciones también son indirectamente responsables de vidas humanas.

—No puedes comparar una cosa con la otra —me indigno, aunque tengo que admitir que mi padre no está del todo equivocado.

—Tienes que aprender a delegar, Nash. Eres un médico excelente, sin duda pero hay más médicos que ejercen muy bien su profesión. Al matarte a trabajar, no les haces ningún favor ni a ti ni a tus pacientes. Si sigues así, en algún momento tendrás que dejar de trabajar permanentemente debido a un burnout o a una enfermedad grave relacionada con el estrés.

—Tonterías —protesto.

—No son tonterías. Tú lo sabes. Tienes que pensar a medio y largo plazo, Nash. No se trata solo de ayudar a la gente ahora, aquí y hoy, sino también en los próximos veinte o treinta años de tu actividad médica. Tienes que dosificar tus fuerzas. La mejor manera de hacerlo es buscando algo que dé sentido a tu vida también fuera del trabajo. Una mujer. Un hijo. Una familia.

Y así es como termina mi intento de persuadir a mi padre para que retire el ultimátum.

Sus palabras no dejan ninguna duda de que sigue tomándose muy en serio lo que dijo, y que no cambiará de opinión.

En otras palabras: no hay manera de que desista de su ultimátum.

Maldita sea.

20

LUNA



Cuando llego hoy al trabajo, mi jefe me llama a su despacho.

—Detective Alvarez, ¿cómo se encuentra?

—Bien, gracias —respondo con sinceridad.

—Me alegra oírlo. Por favor, cierre la puerta.

Cumplo con su petición y miro hacia mis manos, que han empezado a temblar ligeramente. ¿Por qué el jefe quiere hablar conmigo nada más llegar a la oficina? ¿Y a solas? ¿Le habrá contado Kim algo sobre mi embarazo? ¿O me habré delatado yo misma de alguna forma?

—Lleva casi dos meses con nosotros, detective, y estoy muy satisfecho con su trabajo aquí. Para ser sincero, al principio tenía dudas sobre si una mujer de lo más profundo de la provincia podría sobrevivir en una gran ciudad como Boston. Pero me ha sorprendido, Alvarez.

Exhalo aliviada. Aparentemente, esta conversación no trata sobre mi embarazo oculto, sino sobre mi trabajo en el Departamento de Policía de Boston.

He tenido suerte.

—Gracias, jefe. Aprecio sus comentarios —digo tan profesional como me es posible, esforzándome por ocultar mi alegría ante su elogio.

—Siga así, detective.

—Lo haré. Gracias, señor.

Salgo de su despacho y me dirijo a mi escritorio, donde mi compañero, el detective Connor Meyer, ya me está esperando.

—Buenos días, Luna —me saluda sonriendo y me pone un vaso de café bajo la nariz.

Entorno los ojos y miro primero el vaso de café y luego a él.

—¿Dónde está la trampa, Meyer? —pregunto mientras le cojo el vaso de café.

Apenas bebería algo de él, ya que grandes cantidades de cafeína durante el embarazo no son precisamente lo ideal pero para no llamar la atención, tendré que darle algunos sorbos.

—¿Qué trampa? —pregunta Meyer con aire inocente.

—Estás aquí parado, como si me hubieras estado esperando. Me sonríes, aunque normalmente nunca sonríes, y me ofreces café. Café comprado, además. No ese brebaje barato de la máquina. ¿En serio quieres que me crea que no hay ninguna trampa?

—Pura paranoia. Simplemente estoy teniendo un buen día —se defiende Meyer.

Le lanzo una mirada escéptica y cruzo los brazos sobre el pecho de manera demostrativa.

—Suéltalo ya, ¿qué quieres de mí?

—Nada —se defiende Meyer, pero en su cara puedo leer clara y evidentemente que está mintiendo.

—Si es así, podemos ponernos a trabajar, ¿no? —le pongo a prueba, porque sospecho que su amabilidad se debe a alguna tarea de la que quiere escaquearse.

Asiente afirmativamente.

—Una idea excelente. La doctora Mitchell ha llamado y pedido que pasemos por allí.

Cojo mi chaqueta de la silla y me dispongo a salir.

—Entonces, en marcha. Vamos a medicina forense.

Meyer vacila.

—Todavía tengo que terminar mi informe de nuestra última intervención. ¿Te importaría hablar con la doctora Mitchell tú sola?

Ajá. Así que por ahí van los tiros. Connor quiere escaquearse de medicina forense. Comprensible. ¿A quién le gusta ver cadáveres mientras la forense te cuenta qué exámenes ha realizado y qué hallazgos horripilantes ha encontrado?

Pero esto es parte de nuestro trabajo. Hay que aguantarse.

Cuando Meyer nota mi mirada poco complacida, pone ojos de cachorro.

—Excepcionalmente, ¿vale? Hoy no me encuentro muy bien.

—¿No has dicho hace un minuto que hoy estabas teniendo un buen día?

Suspiro rindiéndome y decido liberar a Meyer por hoy, visitando a Kimberly, es decir, a la doctora Mitchell, yo sola.

Kimberly asoma la cabeza por encima de mi hombro buscando algo cuando entro en medicina forense y frunce el ceño inquisitivamente.

—¿Dónde está Meyer?

—Hoy no se encuentra muy bien —informo a mi amiga.

—Hombres —resopla con desprecio y extiende el brazo hacia la carpeta que hay sobre el escritorio.

—¿Qué tienes para mí?

—Ven conmigo. —Kim hace un gesto con la mano indicándome que la siga.

—Vuestra sospecha se confirma con el análisis químico que he realizado. La composición de la droga es la misma. Suficiente material bueno para colocarse, pero suficiente porquería añadida para no despertar después.

Respiro profundamente y asiento.

—¿No hay duda?

Kim me entrega la carpeta con los resultados de la autopsia y señala con el dedo un número.

—Coincidencia del noventa y ocho por ciento. Las dudas son mínimas o inexistentes.

—Entiendo —murmuro mientras echo un vistazo al informe de Kim.

—¿Vamos a cenar juntas esta noche? —pregunta y yo levanto la mirada con una sonrisa.

—¿Qué? —Kim hace un puchero.

—Siempre me parece admirable que nunca pierdas tu apetito saludable incluso en las situaciones más desagradables.

Kim se encoge de hombros.

—Soy dura de pelar.

Oh sí, es verdad. Kimberly es una de las mujeres más duras que conozco, y esa es una de las principales razones por las que la aprecio tanto.

—La cena suena bien. Vendré después del trabajo, así podremos salir directamente. ¿Vale?

Kim aplaude con alegría y, al salir de medicina forense, me hace prometer que hoy no haré horas extras para que podamos salir puntuales.



—Adelante —grita el jefe cuando llamo a su puerta.

—Disculpe la molestia, pero ya tenemos los resultados del análisis.

—¿Y bien? —pregunta el jefe quitándose las gafas.

—Tenemos una coincidencia. Las drogas proceden del mismo laboratorio.

El jefe extiende la mano hacia la carpeta que tengo en las manos y la revisa con concentración.

—Un timing perfecto. La redada está planeada para esta noche. Si le apetece y está disponible, la llevaré conmigo.

Se me cae la mandíbula porque es la primera vez que me ofrecen participar de cerca en una operación secreta.

Sé que estamos investigando al propietario del club nocturno *Maison Noir* por la fabricación y distribución de una nueva droga sintética letal, pero hasta ahora no he pertenecido al círculo interno de esta investigación.

Por eso estoy completamente entusiasmada cuando el jefe me ofrece ahora acompañarle esta noche.

—Con mucho gusto, señor.

—De acuerdo —gruñe el jefe—. Entonces prepárese para una noche larga.

21

LUNA



Me encuentro agachada entre los arbustos detrás de un almacén apartado, donde en pocos minutos tendrá lugar la entrega de una gran cantidad de la droga letal.

Alrededor del almacén están apostadas unidades especiales que dirigirán la intervención. El jefe y sus investigadores se mantienen en segundo plano hasta que la situación esté controlada y los sospechosos desarmados.

Ese es el plan, al menos.

Me encuentro en las inmediaciones con un chaleco antibalas y mi arma cargada, esperando órdenes con la respiración contenida.

Sería mentira afirmar que no tengo algo de miedo, aunque la alegría por esta oportunidad sigue predominando.

Cuando llamé a Kimberly para cancelar la cena con ella, sin poder entrar en detalles sobre el motivo, me pidió que tuviera cuidado y me recordó que esto ya no se trata solo de mí.

Aunque no le revelé nada sobre la operación, ella sabe de qué se trata. Al fin y al cabo, lleva años en este trabajo y tiene sus fuentes.

La inquietud interior que me ha invadido con la advertencia de Kim no me ha abandonado desde que hablé con ella por teléfono.

Intento tranquilizarme diciéndome a mí misma que nada puede salir mal durante la intervención, porque las fuerzas especiales entrenadas específicamente para esto velarán por nuestra protección.

No seré *yo* quien asalte este almacén y me exponga a una lluvia de balas, sino los equipos especiales designados para ello.

Solo entraré en el almacén cuando la situación esté bajo control.

Así que no hay motivo para estar nerviosa.

Al bebé no le pasará nada. Me aseguraré de ello.

Suena un crujido en el auricular que llevo en la oreja y que me comunica con el jefe de operaciones.

—Comienza la operación. Todas las unidades en posición. Preparados.

Me agacho aún más entre la maleza cuando distingo las luces de varios SUVs que se abren paso en la oscuridad y poco después entran en el almacén abierto por ambos lados.

El plan es intervenir solo cuando las drogas se intercambien por el dinero, para tener suficientes pruebas que mantengan a esos tipos fuera de circulación durante años.

Escucho a través del auricular cómo sucede exactamente eso. Poco después, llega la orden de intervenir. Como era de esperar, los tipos no se rinden voluntariamente. Oigo un intercambio de disparos. Esta vez no a través del auricular, sino directamente frente a mí, en el almacén.

Saber que a pocos metros de mí están volando las balas me hace tragar saliva, pero también despierta el impulso de acudir en ayuda de mis compañeros y apoyarlos en la detención.

—Mantenga su posición —sisea el jefe a mi lado, que parece adivinar mis pensamientos—. Observe, Alvarez. *No* intervenga. Aquí fuera somos los ojos y los oídos.

Le indico que he comprendido y escaneo los alrededores.

Aparte de los disparos en el almacén, todo está tranquilo.

Entonces descubro a un tipo armado que sale corriendo a toda velocidad del almacén, directamente hacia donde estamos el jefe y yo.

—Se os ha escapado uno, maldita sea. Corre hacia el sur. Nosotros nos ocupamos —comunica el jefe furioso por radio—. Alvarez, no dude, ¿de acuerdo?

Asiento y noto cómo mi pulso se dispara.

—¡Policía! Suelte el arma —grita el jefe apuntando con su arma al fugitivo.

Pero este ni piensa en detenerse. Da un giro brusco y desaparece en la espesa maleza.

—Maldita mierda —maldice el jefe—. Vamos tras él, Alvarez. No podemos dejar que se escape.

Sigo al jefe hasta el lugar donde el tipo ha desaparecido.

—Nos dividiremos. Usted tome el lado izquierdo, yo el derecho.

—Entendido —susurro y compruebo una vez más que mi arma está cargada y lista para disparar.

Me desplazo tan silenciosamente como puedo a través de la espesa maleza y me cuesta distinguir mucho en la oscuridad.

Aunque mis ojos ya se han acostumbrado a la negrura de la noche, no tengo ni de lejos la misma capacidad de reacción que tendría a plena luz del día en este matorral.

No puedo arriesgarme a encender la linterna. Sería como pegarme una diana en la cabeza.

Avanzo poco a poco, escuchando atentamente en el silencio y rezando para que nadie oiga los fuertes latidos de mi corazón.

Esto no estaba planeado así pero debería haberlo pensado antes de aceptar entusiasmada participar.

Si solo se tratara de mí, no estaría ni la mitad de nerviosa, pero el bebé que crece dentro de mí hace que mis instintos maternales se disparen y agudiza mis sentidos, porque no puedo permitir que a mi hijo nonato le pase algo. Me necesita para sobrevivir. Así que yo también debo sobrevivir. Por mi hijo.

Registro metro a metro, pero todo sigue en silencio. Nada se mueve.

Finalmente, la maleza termina en hierba alta.

Cuando salgo de entre las ramas, veo al jefe frotándose la cara con rabia.

—¿Y? —pregunta bruscamente.

—Nada. ¿Y usted?

Niega con la cabeza.

—El cabrón no puede haberse esfumado. Tiene que estar por aquí en alguna parte.

—¿Qué le hace estar tan seguro? —pregunto—. Iba muy rápido.

—Es una corazonada —murmura el jefe mirando a su alrededor.

Las nubes se desplazan ante la luna y su luz ilumina por un instante nuestra visión.

—¡Ahí!

El jefe se inclina para recoger algo del suelo.

En ese momento, alguien salta de la hierba alta justo a su lado.

¡El fugitivo!

—¡Arma! —advierto y apunto con mi pistola al tipo, que a su vez tiene su arma apuntando al jefe.

—Yo no haría eso, guapa —sisea con malicia—. Si no quieres que lo mate, me vas a tirar tu arma ahora mismo y te vas a arrodillar como una niña buena.

—No —dice el jefe entre dientes apretados—. No le dé su arma, Alvarez.

Mierda.

Mi corazón late con fuerza y siento que se me cierra la garganta. Mil pensamientos vuelan por mi cabeza. Tan rápido que ninguno tiene sentido.

Frenéticamente intento recordar lo que nos enseñaron en la academia sobre tomas de rehenes. Cómo comportarse en situaciones así. No me viene nada a la mente. Todo ha desaparecido. Un vacío absoluto.

Confía en tu instinto, me digo. *Confía en tu instinto y actúa.*

—De acuerdo —le digo al tipo—. Le daré mi arma. Aquí, ¿ve?

Bajo mi arma reglamentaria. Le hago creer que voy a lanzársela pero cuando el arma está a la altura de su muslo, aprieto el gatillo rápidamente.

Diana.

El tipo grita de dolor y se encoge.

El jefe aprovecha este momento para derribarlo y desarmarlo.

No puedo intervenir porque en la pelea cuerpo a cuerpo de los dos corro el riesgo de darle al jefe en lugar de al fugitivo.

En su lugar, me acerco rápidamente al lugar de la pelea y aseguro el arma del atacante. En ese segundo, este saca una navaja de su pantalón y se la clava al jefe en el brazo.

Mierda.

El jefe suelta al atacante, que inmediatamente coge su arma y dispara contra mí sin previo aviso.

—Quid pro quo, zorra —gruñe el tipo, mientras yo miro hacia abajo y veo cómo mis vaqueros se tiñen de rojo en el muslo.

Vuelvo a mirar al tipo, que apunta de nuevo el arma hacia mí y hace ademán de disparar por segunda vez. Solo el jefe, que forcejea con él, le impide hacerlo.

Los dos siguen tan entrelazados que no puedo disparar al fugitivo sin correr el riesgo de alcanzar también al jefe.

A esto se suma que apenas puedo mantenerme en pie, porque mi pierna izquierda amenaza con ceder bajo el dolor.

Siento la sangre que corre en cálidos regueros por mi pierna y el pánico comienza a apoderarse de mí lenta pero inexorablemente.

¿Y si ha alcanzado una arteria? ¿Cuánto tardaría en perder el conocimiento y morir?

Aparto enérgicamente ese pensamiento y me concentro en la escena de lucha ante mis ojos, esperando una oportunidad para dejar fuera de combate al tipo.

Veo cómo el jefe agarra la muñeca del tipo e intenta inmovilizarla.

Con un último esfuerzo, doy un paso rápido hacia delante y le arrebato el arma al tipo.

—Tranquilo —digo peligrosamente despacio mientras apunto con mi arma a la cabeza del atacante—. Si crees que no voy a disparar, estás equivocado.

¿Sinceramente?

No sé si sería capaz de volarle los sesos a ese tipo.

Pero por suerte no tengo que demostrarlo, porque el fugitivo parece creer mi amenaza y se rinde.

—Se acabó el juego, cabrón. Vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel.

El jefe le ata los brazos a la espalda y le pone las esposas.

Con manos temblorosas bajo mi arma y me inclino hacia delante.

Solo entonces vuelvo a fijarme en mi herida.

—Fugitivo capturado. Necesitamos refuerzos y un sanitario aquí. Envío mis coordenadas por móvil —informo al jefe de operaciones.

—¿Está herido el fugitivo? —llega la respuesta unos segundos después.

—No. Pero yo sí.

22

NASH



—¿Doctor Nixon?

Me sobresalto asustado y casi me derramo el café recién hecho sobre la bata.

—Disculpe, no pretendía asustarle pero acaban de ingresar a una joven como caso de urgencia. Herida de bala en la pierna. Sé que no es su especialidad, pero ha pedido explícitamente que usted la atienda.

Levanto las cejas sorprendido.

—¿Cómo se llama la mujer?

—Lamentablemente no lo sé, doctor Nixon. Solo me llamaron y me pidieron que viniera usted.

Dejo la taza, me despido de mi interrumpido descanso y me apresuro de vuelta a urgencias.

—Doctor Nixon —viene a mi encuentro otra enfermera haciéndome señas—. Menos mal que está aquí. La policía que han ingresado no quiere que la operen sin su presencia.

—¿Policía? —pregunto insistentemente y acelero el paso, ya que solo conozco a una policía que pediría por mí si le dispararan.

—La detective Luna Álvarez —confirma la enfermera, que tiene dificultades para mantener mi ritmo, confirmando mis sospechas.

Me invade una sensación de náusea.

¿Le han disparado a Luna?

¿En Martha's Vineyard? Impensable, por no decir: completamente imposible.

Pero si no fue herida en Martha's Vineyard, debe haber ocurrido en Boston, lo que significa que está en la ciudad y no me ha dicho nada al respecto.

La decepción me invade, pero la aparto con determinación. Esto no se trata de mí ni de mis sentimientos personales hacia Luna. Se trata única y exclusivamente de ella. De Luna, de la salud de Luna y de la vida de Luna.

—¿Dónde está?

—La han llevado al quirófano, donde le están esperando.

—¿Qué tan grave es? —pregunto mientras me dirijo con paso enérgico a la antesala del quirófano que la enfermera me ha indicado.

Me lavo y desinfecto las manos apresuradamente.

—Le dispararon en la pierna durante una operación. La bala sigue dentro. No ha alcanzado ninguna arteria, pero está justo al lado. Tenemos que operar y extraer la bala para que la arteria permanezca intacta.

Al hacerlo, debemos tener mucho cuidado de no dañar la arteria, o Luna podría desangrarse en la mesa de operaciones.

La enfermera omite esta frase, sabiendo que conozco los riesgos que implica este tipo de operación.

—Gracias. Entraré ahora.

Respiro hondo y me recuerdo a mí mismo que Luna necesita ahora un médico competente, no un amigo preocupado.

Las emociones tendrán que esperar.

Al menos hasta que la vida de Luna esté fuera de peligro.

—Hola detective —la saludo con una sonrisa forzada colocándome junto a su cabeza—. ¿Qué lío te has montado?

Luna traga con esfuerzo y también esboza una sonrisa.

—Tendrías que haber visto al otro —susurra con voz ronca.

—Doctor Nixon, tenemos que empezar. Está perdiendo mucha sangre —me advierte mi compañero.

Le indico que he entendido y me inclino hacia Luna.

Está pálida, con los ojos inyectados en sangre. Profundas arrugas surcan su rostro. Una clara señal de que sufre dolor intenso.

—Gracias por hacerme llamar. Me quedaré aquí durante la operación y cuidaré de ti, ¿vale?

Asiente con gran esfuerzo y humedece sus labios resecos.

—Nash —comienza.

Quiero poner mi dedo sobre sus labios y pedirle que ahorre fuerzas, pero ella me indica que la escuche.

—Yo... estoy...

Luna respira profundamente y me duele en el alma verla sufrir así.

—Embarazada —suelta y cierra los ojos.

—¿Embarazada? —repito incrédulo—. ¿He oído mal, o ha dicho que está embarazada? —me dirijo impactado a los médicos y enfermeras presentes.

—Positivo. Dice que está embarazada —confirma la enfermera del quirófano que está más cerca de mí.

Mierda.

Esto cambia muchas cosas.

—Bien, escuchadme todos. La mujer está embarazada. Su vida es prioritaria, pero no haremos nada que pueda poner en peligro la vida de su hijo nonato. Ya conocéis el protocolo. Comprobad cualquier medicamento y sustancia que vaya a administrarse. No recibirá nada que pueda dañar la salud del bebé.

Miro hacia Luna, que está inconsciente y ha usado sus últimas fuerzas para esperarme y contarme sobre el niño que lleva en su vientre, para que yo proteja no solo a ella, sino también a su bebé.

Eso es exactamente lo que voy a hacer. No me apartaré de su lado hasta que mi pequeña luchadora y su bebé estén a salvo.

—Tratamos a todos los pacientes por igual, pero Luna es como de mi familia. Tenedlo en cuenta cuando la operéis.

Me pongo los guantes que me ofrece la enfermera y miro interrogante a mi compañero, que me pone una mano en el hombro.

—¿Podemos?

—Nash, no te lo tomes a mal, pero has dicho que esta mujer es como tu familia. ¿Estás implicado emocionalmente o puedes hacer a un lado tus sentimientos por ella?

Tiene que hacerme esa pregunta. No se lo reprocho. Yo habría hecho lo mismo en su lugar.

—Puedo manejarlo pero tú tomas el mando. Yo solo asistiré —respondo abierta y honestamente.

Es lo mejor para Luna. Robert Dale, mi compañero, es un experto que conoce bien su oficio. Él podrá con esto. Y yo le apoyaré.

Al ser él quien dirija la operación, yo puedo concentrarme en Luna. Vigilarla. Observar cada uno de sus movimientos. Intervenir si es necesario.

Robert asiente en señal de aprobación y se dirige a los presentes en el quirófano.

Acaricio la mano flácida de Luna y resisto la tentación de darle un beso en la mejilla.

En su lugar, aparto la bata quirúrgica que la cubre y deslizo con cuidado mi mano sobre su vientre.

Se nota un pequeño abultamiento, pero no es algo que automáticamente se relacionaría con un embarazo si no lo supieras porque Luna siempre ha sido una mujer de curvas pecaminosas. Esa dulce elevación de su vientre podría explicarse de esa manera.

—Doctor Nixon, estamos listos —me devuelve Robert a la realidad.

Cambio completamente al modo médico y destierro de mi consciencia todas las preguntas que han surgido en los últimos diez minutos.

Para eso tendremos tiempo más tarde.

—Entonces empecemos.

23

NASH



La operación va bien y aunque podrían trasladar a Luna a planta, insisto en que la ingresen en la unidad de cuidados intensivos.

Más vale prevenir que curar.

Como mi turno aún no ha terminado, no puedo vigilarla las veinticuatro horas. Para asegurarme de que no le pasa nada en mi ausencia, hago que la lleven donde estará bajo supervisión permanente.

Durante el resto del día, tengo que esforzarme mucho para desempeñar mi trabajo concienzudamente, porque Luna no deja de rondar por mi cabeza.

En cada pequeño descanso que surge, visito la UCI para verla.

Cada vez que los monitores me confirman que está bien, siento que me quito un peso de encima.

He dado instrucciones al personal correspondiente para que proporcione sólo la información estrictamente necesaria al Departamento de Policía, que ya ha preguntado varias veces por el estado de Luna, tanto en persona como por teléfono.

Que Luna esté embarazada está protegido por el secreto médico y no puede ser comunicado sin su consentimiento. Aunque todos en

la planta deberían saberlo, se lo recalco de nuevo, porque cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que Luna ha ocultado su embarazo a su empleador.

Por un lado, esto se debe a que nadie del Departamento de Policía ha preguntado explícitamente por su bebé nonato y nadie nos ha informado sobre ello. Ni su jefe, que estuvo presente durante el ingreso, ni su compañero, que esperó en el hospital durante la operación.

Además, me atrevo a dudar que envíen a policías embarazadas a misiones externas tan peligrosas. Entretanto, gracias a los contactos de mi hermano Owen, que dirige una empresa de seguridad, he podido averiguar que Luna formaba parte de una operación destinada a desmantelar una de las principales redes de narcotráfico de Boston.

Hubo un tiroteo con tres muertos y cinco heridos, entre ellos, obviamente, Luna.

Miro a la frágil e indefensa mujer que tengo delante y no puedo creer a qué peligro se ha expuesto.

Debería haberlo sabido.

Luna es ambiciosa y talentosa. Además, siempre ha tenido un fuerte sentido de la justicia. Una de las principales razones por las que se hizo policía.

Que no quisiera quedarse para siempre en Martha's Vineyard, por muy bonito que sea, debería haberme quedado claro a más tardar cuando me contó sus planes de mudarse a Boston en enero.

Como no mencionó ese tema en ninguno de nuestros mensajes, pensé que ya no era relevante. Aparte de eso, podría haberme contactado tranquilamente en los casi dos meses que lleva ya en Boston.

¿Por qué me ha evitado?

¿Soy para ella solo una aventura ocasional que únicamente existe durante nuestro tiempo juntos en la isla?

Pensaba que éramos amigos.

Pero los amigos no ocultan información tan fundamental, ¿verdad?

Los amigos se contactan. Los amigos hablan entre sí. Y no solo cuando dependen de la ayuda del otro, sino más allá de eso.

—¿Doctor Nixon?

Levanto la mirada del cuerpo inconsciente de Luna y me encuentro con la mirada inquisitiva de la enfermera de planta.

—Los padres de la señorita Álvarez están aquí. ¿Puedo dejarles pasar a verla?

Miro los valores en los aparatos. Todo en parámetros normales. Luna debería despertar de la anestesia en cualquier momento, pero como cada cuerpo tiene su propio ritmo, podría tardar todavía unas horas.

—Que pasen, pero por favor no les dé información sobre su estado. De eso me encargo yo.

—De acuerdo —me asegura la enfermera y desaparece.

Poco después, los padres de Luna aparecen en el marco de la puerta. Sus rostros están serios y preocupados. Están tan centrados en su hija que al principio no me notan ni me reconocen.

—Mi hija —solloza la madre de Luna y toma la mano de Luna—. ¿Qué estás haciendo?

El padre de Luna permanece impotente a su lado y pone una mano consoladora en el hombro de su esposa.

—Señora Álvarez, señor Álvarez —me aclaro la garganta y consigo captar su atención.

La madre de Luna entrecierra los ojos y puedo ver literalmente cómo hace clic en su cabeza y me reconoce.

—¡Nash! —exclama—. ¡Nash Nixon!

Asiento y me fuerzo a esbozar una pequeña sonrisa.

—Sí, exacto. ¿Aún me recuerdan?

—¿Cómo podríamos olvidar al joven que le trastornó la cabeza a nuestra hija y le rompió el corazón? —gruñe el padre de Luna.

Abro la boca para decir algo, pero luego la cierro de nuevo.

¿Trastornarle la cabeza? Vale, de acuerdo. Igual que ella a mí. ¿Pero romperle el corazón? ¿Cuándo se supone que le rompí el corazón?

—Señor Álvarez, creo que hay un malentendido. Yo no le rompí el corazón a su hija.

El padre de Luna resopla con desdén.

—¿Ah, no? ¿Entonces las amargas lágrimas que derramó mi pequeña cuando usted se fue a estudiar medicina y dijo que no necesitaba distracciones, eran de alegría?

Me quedo perplejo.

Nunca dije eso.

Luna y yo estábamos de acuerdo entonces en que era mejor terminar nuestra relación y concentrarnos en nuestro futuro profesional, en lugar de complicarlo todo por un amorío juvenil.

Fue una decisión mutua.

Si fue la decisión correcta, es otra cuestión, porque nunca he vuelto a encontrar a una mujer como Luna. Pero que con esta decisión, que según tengo entendido tomamos juntos, le rompiera el corazón, es algo nuevo para mí.

Repaso mentalmente nuestra conversación de entonces, pero hace ya tanto tiempo que la veo solo borrosa en mi mente.

Por supuesto que recuerdo exactamente a la Luna de entonces. Su belleza y sensualidad no han cambiado desde entonces. Tanto antes como ahora, me cautiva con su personalidad cautivadora y sus curvas femeninas.

Pero no recuerdo las palabras exactas ni el desarrollo preciso de nuestra conversación.

¿Típico de hombres?

Quizás.

Quizás se deba también a la teoría científica de que con el tiempo se descartan los recuerdos desagradables y se aferran a los bonitos.

Si es así, puede que realmente haya algo de verdad en la afirmación del padre de Luna.

Inmediatamente, me invade un sentimiento de culpa.

Definitivamente tendría que hablar con Luna sobre esto. Sobre esto... y sobre las mil otras preguntas que han surgido desde su ingreso.

24

LUNA



Percibo voces apagadas que logran atravesar hasta mí.

¿Son acaso... *mis padres*?

Quiero abrir los ojos y comprobar si estoy soñando, pero mis párpados se abren muy lentamente.

—¿Mamá? —balbuceo con esfuerzo—. ¿Papá?

—¡Mi hija! —oigo claramente la voz de mi madre—. ¡Mi amor!

Parpadeo y distingo junto a mis padres a un hombre con bata blanca.

¡Nash!

Al instante los recuerdos regresan.

La operación. La persecución. El disparo en mi pierna. Mi ingreso y la petición de poder hablar con Nash.

—Bienvenida de vuelta, Luna —sonríe Nash y creo detectar alivio en sus rasgos—. Menudas cosas que haces.

—Hola —articulo e intento incorporarme, pero Nash me lo impide.

—Tranquila, detective. Voy a subir el cabecero. Un momento.

Nash acciona un interruptor junto a mi cama para colocarme en posición sentada.

—¿Cómo te encuentras? ¿Tienes dolor? —me pregunta mientras me examina con atención, como si temiera que pudiera mentirle.

—Más o menos. Me pica la pierna.

—Es por el vendaje —me explica Nash.

—Que no necesitarías si te dedicaras a una profesión más adecuada para mujeres. Como ser madre, o esposa, o ambas cosas.

Pongo los ojos en blanco ante las palabras recriminatorias de mi madre. Bueno, al menos lo intento, porque mis ojos aún no me obedecen del todo.

Nash me lanza una mirada extraña que no sé interpretar, pero que me inquieta bastante. Es tan penetrante y reveladora que siento la necesidad de preguntarle en ese mismo instante qué está pensando.

Le devuelvo la mirada, pero él menea la cabeza.

—Después —dice solamente, lo que me desconcierta aún más.

¿Qué me está ocultando? ¿Acaso tendrían que amputarme la pierna?

—Mamá, me gusta mi trabajo.

—Pues a él no le gustas tú, de lo contrario no estarías aquí tumbada, Luna —truena mi padre.

—Señor y señora Álvarez, su hija necesita descansar ahora. Pueden hablar sobre su elección profesional cuando Luna sea trasladada a planta normal, ¿de acuerdo?

Nash hace ademán de sacar a mis padres de la habitación, pero es que no conoce bien a mi familia.

—¿Que nos vayamos? Ni hablar.

Es entonces cuando me fijo en la maleta que trae mi madre.

—¿Qué maleta es esa? —pregunto con recelo, porque definitivamente no es mía y mis padres no tienen llave de mi apartamento. Por tanto, no pueden haber pasado por mi casa antes de venir aquí para recoger lo indispensable.

—Es mi maleta —confirma mi madre mis temores—. No pienso dejarte sola. Me quedaré contigo.

—¡Mamá! —exclamo indignada.

—Señora Álvarez —acude Nash en mi ayuda—. Esto es la UCI. No puede pasar aquí la noche.

—¿Por qué no? —se acalora mi madre—. Ponemos una cama junto a la de Luna. Para mí. ¿Dónde está el problema?

Admiro a Nash por mantenerse tan tranquilo y sereno porque si mi pierna no estuviera embalada e inmovilizada en la cama, ya me habría levantado y les habría cerrado la puerta en las narices a mis padres.

No porque no los quiera. Todo lo contrario.

Pero Nash tiene razón en algo: ahora realmente necesito descansar. Tiempo para mí. Tiempo para pensar. Tiempo para asimilarlo todo.

Lo que ahora no puedo soportar son los reproches y el paternalismo de mis padres.

—En la UCI no está permitida una cama supletoria, por desgracia, pero tengan la seguridad de que su hija está en las mejores manos. Los aparatos a los que está conectada monitorizan cada respiración, cada latido, y si algo va mal, me lo notificarán de inmediato. Yo me ocuparé de Luna. Les prometo que está segura conmigo. Cuando vengan mañana, Luna estará en planta normal, donde los horarios de visita son más flexibles y extensos, ¿vale?

Mi madre mira a Nash con dudas.

—¿Y qué ocurre cuando usted termine su turno?

—Me quedaré aquí esta noche. Con Luna. No me iré a casa. Lo prometo.

—Nash —exclamo sorprendida—. No puedes hacer eso.

Nash se gira hacia mí y me indica que me calle.

Quizás solo sea un truco para tranquilizar a mis padres.

¡Seguro!

Porque Nash seguramente tiene cosas mejores que hacer que quedarse en el hospital por mí después de su turno, sin duda largo y agotador.

Decido seguirle el juego para que mis padres puedan dormir tranquilos esta noche y Nash pueda irse a casa lo antes posible.

—Bueno... para ser sincera... si de verdad no te importa, Nash, acepto tu oferta encantada —rectifico.

Nash asiente con la cabeza.

—No me importa. Me quedo contigo y te vigilaré. Señor y señora Álvarez, ¿están de acuerdo?

—¿Confías en él? —gruñe mi padre, mirándome escéptico.

—Sí, confío. Nash es un médico excelente, papá. El mejor que conozco. Nos vemos mañana, ¿vale? Y entonces hablaremos con calma.

Mi padre cede, aunque a regañadientes.

—Bien. Vamos, Esperanza.

Mi madre vuelve a acercarse y me da un beso en la frente.

—Cuídate, mi hija. Nos has dado un susto de muerte.

Las lágrimas en sus ojos hacen que mi garganta, ya reseca, se seque aún más y que también en mis ojos se acumulen sospechosas lágrimas.

Todo esto me supera ahora mismo.

Eso también lo nota Nash, porque empuja a mis padres con suavidad pero firmeza fuera de la habitación, mientras sigue hablándoles calmadamente.

Suspiro aliviada y creo que la parte difícil ya ha pasado.

Pero me equivoco.

Cuando Nash regresa poco después y vuelve a poner esa extraña mirada, presiento algo malo.

—Deberíamos hablar, Luna. ¿Te sientes capaz?

Intento alcanzar el vaso de agua que está en la mesa junto a mí, pero no llego.

Nash me lo da y levanta mi cabeza para ayudarme a beber.

Me resulta tremendamente embarazoso que me vea así.

Débil. Vulnerable. Indefensa.

—¿De qué tenemos que hablar? —murmuro, mientras me dejo caer de nuevo en las almohadas.

—Bueno, hay varias cosas. ¿Por qué no empezamos con lo que me confesaste en el quirófano?

¿Lo que... le confesé en el quirófano?

Pienso e intento recordar, pero solo hay vacío.

—¿De cuántos meses estás, Luna?

25

NASH



Luna me mira estupefacta.

Tiene el pánico escrito en la cara.

Supongo que no recuerda haberme revelado su dulce secreto y ahora teme que se lo haya contado a sus superiores y a su familia.

—Luna —le digo en tono tranquilizador—. Cálmate. No tienes nada que temer. Decirme antes de la intervención que estabas embarazada fue lo más acertado. Tu bebé está perfectamente.

—¿Cómo...? —jadea Luna y toma aire profundamente—. ¿Cómo sabes que el bebé está bien?

—He incluido a mi colega Austin Green en la operación. Es ginecólogo. Mañana te examinará más a fondo, pero me ha asegurado que todo está en orden. Y confío en Austin. Si él lo dice, es que así es.

El alivio se dibuja en las facciones de Luna.

—Saben... quiero decir, ¿has...? —comienza.

Niego con la cabeza.

—Ni la policía ni tus padres saben de tu embarazo. Al menos no por parte del hospital. Y supongo que tú tampoco se lo has dicho, ¿verdad, Luna?

Luna mira avergonzada sus manos y lo niega en voz baja.

—¿Por qué te guardas para ti una noticia tan maravillosa?

—Porque... —Luna se interrumpe y levanta la mirada.

Me observa fijamente con sus ojos, examinándome como si buscara algo.

—¿Porque…? —la animo.

—Porque quería ese trabajo en Boston desesperadamente. Y mis padres... ya los has visto tú mismo hace un momento.

Cruzo los brazos sobre el pecho y frunzo los labios.

—Sí, los he visto. Y a mí me pareció que tu madre desea un nieto con todo su corazón. Entonces, ¿dónde está el problema? Que lo hayas mantenido en secreto en el trabajo, lo entiendo, aunque no lo apruebe, pero, ¿ante tu familia? ¿Por qué?

—Mis padres son extremadamente conservadores, Nash. Si les cuento que me he quedado embarazada por accidente, se sentirán profundamente decepcionados conmigo. Más de lo que ya están.

Hasta ahora Luna no ha mencionado al padre de su hijo con ninguna palabra. Por eso supongo que no forma parte de su vida. Probablemente, una aventura con consecuencias.

¿Sabrá él del niño? Si es así, sería un completo idiota por no cuidar de Luna y del bebé. Una mujer tan fantástica y, además, un hijo suyo, son el mejor premio que podría desear cualquier hombre en este mundo.

—¿Qué hay del padre? —mi curiosidad vence finalmente a mi discreción y le hago a Luna la pregunta que en realidad no me incumbe—. ¿Deberíamos llamarle? ¿Avisarle? —añado después, para suavizar mi atrevimiento.

—Él... —Luna vacila y traga saliva—. Él no sabe nada del niño.

Suspiro.

—Pero, ¿por qué no, Luna?

—Porque no sirve para ser padre.

—¿Quién lo dice?

—Él.

—¿Lo dijo así? ¿Estás segura?

Luna asiente.

—Sí, estoy segura. Ha descartado categóricamente tener una familia propia. Varias veces. Es muy exitoso en lo que hace y no quiero arruinarle la vida con un hijo. Puedo hacerlo sola.

—Eso es absurdo —contradigo—. Criar a un hijo sola es un gran desafío, Luna.

Me mira furiosa y entrecierra los ojos.

—¿Crees que no lo sé? Pero prefiero criar a mi hijo sola que con un padre que nunca estará presente y que lo decepcionará constantemente. Lo colmaré de amor y le daré todo lo que necesite.

—¿Y cómo piensas hacerlo siendo una policía ambiciosa con horarios inhumanos? ¿Y qué pasa si te ocurre algo otra vez? ¿Si te disparan de nuevo? Entonces el niño se quedará sin nadie. No puedes querer eso, Luna.

Luna se presiona las palmas de las manos contra los ojos y me doy cuenta de que me he pasado de la raya. Esta conversación debe tener lugar, sí, pero no necesariamente aquí y ahora.

Luna necesita tiempo para recuperarse. Para reunir fuerzas. Ponerla en el banquillo aquí y ahora no es justo.

La ira que se acumula en mí ante la idea de que alguien más se ha acostado con ella y la ha dejado embarazada está completamente fuera de lugar.

Luna y yo no tenemos una relación. Simplemente nos acostamos de vez en cuando. Con quién más se acueste, no es asunto mío. Al fin y al cabo, yo tampoco soy un monje, aunque desde enero mi actividad sexual haya sido menor que la de un oso hibernando.

—Seguiremos hablando mañana, ¿vale? —intento apaciguarla—. Encontraremos una solución, Luna. Te lo prometo.

—¿Nosotros? —solloza ella, frotándose las lágrimas de los ojos.

—Sí, nosotros. Puede que hayas pasado desapercibida durante mucho tiempo, pero ahora que sé que vives en Boston, no te será tan fácil deshacerte de mí. Ya hemos visto lo que pasa cuando te dejamos sola —intento aliviar la tensa atmósfera entre nosotros.

—¿Por qué quieres ayudarme? —pregunta Luna, arrancándome una sonrisa incrédula.

—¿Es una pregunta seria, o es que la anestesia sigue haciendo efecto y te nubla el juicio?

Luna pone cara de disculpa y da una palmadita en su cama.

Me siento a su lado y le acaricio suavemente el rostro agotado.

—Somos amigos, Luna. Y los amigos se ayudan. Si yo acudiera a ti y necesitara tu ayuda, ¿me abandonarías?

Luna niega con la cabeza.

—¿Ves? Puedes hablar conmigo de cualquier cosa, Luna. Siempre. ¿De acuerdo?

Sonríe con dificultad y evita mirarme.

Extraño y sin embargo tan típico de Luna.

Hablar de sentimientos nunca ha sido lo suyo. En su opinión, eso la hace parecer débil e indefensa.

Completa tontería. Pero también dejaré este tema para otro día.

—Ahora tengo que hacer una última ronda. Después habré terminado por hoy.

—¿Qué hora es? —pregunta Luna.

—Casi las dos.

Me acerco a la cama de Luna y bajo el cabecero hasta dejarlo horizontal.

—Te enviaré a una enfermera para que te traiga un té y algo ligero para comer. Y en cuanto termine, volveré contigo y me quedaré a tu lado.

—¿Te... quedas conmigo? —balbucea Luna perpleja.

Emito un sonido afirmativo.

—Eso es lo que le prometí a tus padres antes, y tú estuviste de acuerdo, ¿ya lo has olvidado?

Luna se frota la cara y suspira suavemente.

—Pensé que lo dijiste para sacar a mis padres de la habitación.

Alzo una ceja sorprendido.

—No miento a los familiares de mis pacientes. ¿Qué piensas de mí?

Aparentemente parezco realmente ofendido, porque Luna se muerde el labio inferior con vergüenza y pone cara de pillada.

—Lo siento. No estoy acostumbrada a que alguien se preocupe tanto por mí.

—Es que no soy simplemente *alguien*, sino un amigo de hace años, Luna. Viniste a mí buscando protección. Querías que te

protegiera a ti y a tu hijo nonato. Eso es exactamente lo que hago. Os cuido. Y puedo hacerlo mejor si estoy con vosotros. ¿Más preguntas u objeciones?

Luna se coloca el pelo detrás de la oreja y se detiene en medio del gesto.

—¿Hay algo así como una ducha por aquí?

No puedo evitar sonreír ante este brusco cambio de tema.

—Sí, pero no en la UCI. Así que tu ducha tendrá que esperar hasta mañana.

—Pero seguro que tengo un aspecto terrible —objeta Luna.

—Eso es imposible en tu caso —contradigo.

—¿Ah sí? —ahora es Luna quien alza una ceja con escepticismo —. ¿Y por qué?

Mi sonrisa se ensancha aún más mientras me inclino hacia ella y le doy un beso en la frente.

—Porque siempre estás preciosa. Y ahora descansa. Volveré enseguida y cuidaré de vosotros.

26

LUNA



Cuando despierto en la mañana, Nash ya no está en mi habitación, pero sé que no se ha separado de mi lado durante toda la noche.

Cada vez que me despertaba por el pitido de los aparatos, Nash estaba sentado en una silla en la esquina, vigilándolo todo.

Leía documentos y estudiaba expedientes de pacientes mientras se aseguraba de que el bebé y yo estuviéramos bien.

Su presencia me proporcionaba una sensación de seguridad y protección. Y así, nunca tardaba mucho en volver a dormirme.

Pero cuando abro los ojos esta mañana, la silla junto a la ventana está vacía. No hay rastro de Nash y, aunque no quiero reconocérmelo a mí misma, le echo de menos.

Se podría pensar que una mujer fuerte, independiente y autónoma no necesita a un hombre que la cuide y se preocupe por ella, pero ahora mismo me siento bastante vulnerable e indefensa.

El disparo en mi pierna me ha hecho darme cuenta de que el trabajo en la gran ciudad no solo implica fascinación y acción, sino también peligros y riesgos. El chaleco antibalas no protege todo mi cuerpo, como pude comprobar ayer con graves consecuencias.

De alguna manera, nunca me había planteado realmente la posibilidad de resultar gravemente herida, o incluso morir, durante una operación.

En parte porque piensas que eso solo les ocurre a otros, no a ti.

En parte porque con ese conocimiento el miedo te acompaña constantemente, ya sea de forma consciente o inconsciente. Precisamente ese miedo puede convertirse rápidamente en un peligro considerable.

Ahora el miedo está ahí.

Lo siento tan claramente que casi puedo tocarlo.

Se infiltra en mi cabeza y en mi cuerpo, con la intención de apoderarse de mí. No puedo ni voy a permitirlo.

Necesito volver a mi trabajo lo antes posible para ahuyentar el miedo y convencerme de que soy capaz de defenderme y protegerme a mí misma y a mi hijo.

—Buenos días, Señorita Alvarez. ¿Cómo se encuentra hoy? — resuena en ese momento la voz alegre de una enfermera que entra en la habitación y comprueba los indicadores de los aparatos.

Me coloco el pelo despeinado detrás de las orejas y me concentro en la pregunta que acaba de hacerme.

—Estoy bien. Gracias. ¿Sabe cuándo me darán el alta?

La enfermera sube la parte superior de mi cama y me sonríe con gesto alentador.

—El médico se lo comunicará. El Doctor Nixon vendrá a verla más tarde. Ahora la trasladaremos a planta y le traeremos un desayuno para que usted y su bebé puedan recuperar fuerzas.

¿Me trasladan a planta? Entonces no puede ser tan grave.

Las palabras de la enfermera me animan y me aventuro un poco más.

—¿Podré ducharme en la planta?

La enfermera frunce los labios.

—El vendaje no debe mojarse y tampoco debe forzar la pierna. La respuesta es *sí*, pero solo sentada y preferiblemente con ayuda.

¿Con ayuda?

Dios me libre.

Antes de pedirle a mi madre que me lave, tendrían que dispararme en la cabeza y no en la pierna.

En primer lugar, es indigno, y en segundo lugar, mi madre no es tonta. Si ve mi vientre desnudo y abultado, sabrá al instante que no he engordado, sino que estoy embarazada. Para la discusión que seguiría, ahora mismo me faltan fuerzas y nervios.

—Según oigo, estás despierta.

Levanto la mirada, directamente hacia el rostro alegre de Nash.

—La Señorita Alvarez quiere ducharse, Doctor Nixon. Le he explicado que no es tan sencillo —dice la enfermera con entusiasmo, casi adorando a Nash con la mirada.

—Nos las arreglaremos. Gracias, enfermera Louisa. Puede ordenar el traslado de la Señorita Alvarez. Ya he comprobado sus constantes esta mañana. Todo está en orden.

La enfermera asiente.

—Por supuesto, Doctor Nixon.

Sale apresuradamente de la habitación, no sin antes lanzarle a Nash una sonrisa coqueta, y desaparece poco después.

—¿Dónde puedo unirme a tu club de fans? —le pincho, porque los celos me pinchan como una aguja en el pecho.

—En ningún sitio —sonríe Nash, que aparentemente sabe exactamente de qué estoy hablando, porque no se le ha escapado la admiración de la enfermera Louisa, al igual que a mí.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no?

Nash se acerca a mí y se inclina. Al principio pienso que quiere comprobar uno de mis tubos, pero en lugar de eso, su boca encuentra mi oreja y susurra:

—Porque no me acuesto con ningún miembro del club de fans. Pero contigo sí.

Oh.

Esta declaración me tranquiliza y calma mis incipientes celos, a los que no tengo ningún derecho, pero a ellos les importa muy poco.

Como no sé cómo reaccionar a esta íntima confesión, me aclaro la garganta y pregunto con toda la objetividad que mi voz me permite:

—¿Cuándo saldré de aquí? ¿Cuándo podré irme a casa?

—Lo suficientemente pronto —responde Nash y se incorpora.

No es precisamente la respuesta que esperaba.

—¿Qué significa *lo suficientemente pronto*? —insisto.

Nash me acaricia tiernamente la mejilla, lo que hace que mi piel hormiguee agradablemente.

—Cuando me haya asegurado de que tú y el bebé estáis bien.

—¿Acabo de oír *bebé*? Esa es claramente mi señal. Como siempre, llego en el momento justo.

Giro la cabeza hacia la izquierda y descubro a un hombre de la edad de Nash, que, con los brazos cruzados sobre el pecho, se apoya en el marco de la puerta. Nos observa con interés y con un brillo divertido en los ojos.

—Luna, ¿me permites presentarte? Este es mi colega Austin Green. Es ginecólogo y te examinará a fondo para descartar definitivamente que el bebé haya sufrido algún daño durante el incidente de ayer.

Al notar mi expresión de alarma, Nash añade para tranquilizarme:

—No hay motivo de preocupación, Luna. Es solo una medida de precaución. Pura rutina.

La sonrisa de Austin se hace aún más amplia con las palabras de Nash. No sabría decir por qué, pero por la forma en que ambos interactúan, me doy cuenta de que no son solo compañeros de trabajo, sino también amigos.

¿Sabrá Austin lo de Nash y yo?

Antes de que pueda seguir reflexionando sobre ello, dos enfermeros ya se han unido a nosotros en la habitación y preparan mi traslado.

—Muy bien. —Austin aplaude con entusiasmo cuando mi cama se pone en movimiento conmigo—. Podemos empezar. Seguidme.

27

NASH



—¿Cómo va todo?

Austin se sobresalta asustado cuando entra desprevenido en su despacho.

—No muy bien —gruñe enfadado—. Por poco me da un infarto. ¿Por qué demonios estás sentado aquí?

Me levanto y me acerco a Austin.

—Porque quiero saber si Luna y el bebé están bien.

—Entonces podrías haber llamado como cualquier otra persona normal. ¿Desde cuándo tienes tiempo para estar sentado sin hacer nada? ¿No hay vidas humanas esperando a ser salvadas por ti?

—Ahora mismo no, no. Pero como eso puede cambiar en cualquier momento, agradecería que me dijeras de una vez cómo está Luna —contraataco ligeramente irritado.

La falta de sueño se está haciendo notar poco a poco. Lo noto en mis ojos, que arden más con cada hora que pasa, y en mi paciencia, que va disminuyendo constantemente.

Austin se deja caer en su silla y entrecierra los ojos inquisitivamente.

—¿Me dices por qué la tratas como si fuera de porcelana?

—No lo hago en absoluto. Solo me aseguro de que la traten adecuadamente.

Austin resopla con desdén.

—Aquí se trata así a todos los pacientes, Nash. Si no fuera así, con tu insoportable sentido de la justicia, ya te habrías asegurado de que el responsable fuera despedido.

Pongo los ojos en blanco y me apoyo en el escritorio de Austin.

—¿Y bien? ¿Está todo bien con Luna y el bebé?

Austin se recuesta y levanta una comisura de los labios.

—¿Qué? —gruño, al límite de mi paciencia.

—¿Por qué te importa tanto la pequeña?

Austin obviamente no va a ceder. Típico. Y tan jodidamente irritante.

—Nos conocemos desde que éramos niños. Somos amigos.

—¿Amigos con derecho a roce?

—¡Austin! —exclamo indignado.

—¿Qué? —responde él igualmente indignado—. Esa latina dura es extremadamente sexy. Encima es policía. ¿Quién no querría que lo esposara a la cama y le diera bien duro?

¿En serio?

Es cierto que en el pasado Luna me ha esposado a la cama más de una vez para luego montarme con resistencia, pero no se lo contaré a Austin bajo ninguna circunstancia, porque entonces perdería la poca profesionalidad que le queda.

Ya es bastante difícil soportar que durante su examen pueda ver y tocar el dulce coño de Luna. Si no supiera que nuestro Casanova es el mejor en su trabajo, no lo habría permitido bajo ningún concepto.

—¿Nash?

—¿Qué? —refunfuño.

—¿Folláis? ¿Sí o no?

Expulso el aire ruidosamente y lanzo a Austin una mirada furiosa.

—Aunque no viene al caso en absoluto y menos aún te incumbe, sí. Luna y yo nos hemos acostado ocasionalmente en el pasado.

—¿Eres el padre de su hijo?

Me quedo perplejo y miro a Austin consternado.

—¿Estás loco? ¡Por supuesto que no!

—¿Seguro? —me provoca con una sonrisa.

—Sí, estoy seguro.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

¿Ha perdido la cabeza o qué significa esta acusación absurda?

—Porque cuando tenemos sexo, usamos doble protección. Además, Luna nunca me ocultaría algo tan fundamental como un hijo. Luna no es así. Es honesta por naturaleza. Directa. Despiadadamente sincera. Son precisamente esas cualidades las que tanto valoro en ella.

Austin parece encontrar todo esto terriblemente divertido, lo que realmente me enfurece.

—¿Me vas a decir ya si está todo bien con ella, o quieres seguir lanzándome más suposiciones indignantes?

Austin levanta las manos en señal de paz y parece darse cuenta de que se ha pasado de la raya.

—Luna y el bebé están bien. Ambos están perfectamente. Ahora, calmémonos y respiremos profundamente.

—Yo *estoy* calmado —respondo de manera poco calmada.

—En realidad quería hacerte una propuesta, pero tal como estás, temo por mi vida. Así que mejor lo dejo —se burla Austin y gira la cabeza en su cuello.

—¿Qué propuesta? —indago.

Austin ríe divertido.

—Olvídalo, Nash. No soy suicida.

—¿Tu propuesta tiene que ver con Luna?

Austin asiente.

—Entonces quiero saberlo. *Ahora mismo*.

—¿Me prometes que no me pegarás? ¿Ni me perseguirás? ¿Ni me harás ningún daño? —susurra Austin fingiendo miedo.

—Green —siseo—. No te pases.

—Está bien —suspira y se hace una cruz en el pecho, como si estuviera recitando su última oración.

—He estado hablando un poco con tu amiga Luna. Antes de que te quejes: es parte del trabajo. Resulta que el padre del bebé no sabe nada del niño, porque no fue planeado ni deseado. Además,

Luna no tiene intención de decírselo al padre. Al mismo tiempo, quiere conservar al bebé a toda costa. Está ilusionada, aunque sabe que será difícil. Sobre todo porque su familia es muy conservadora y se sentirán decepcionados cuando se enteren de que no hay una pareja adecuada para el bebé. Ya es bastante malo que venga antes del matrimonio.

Conozco a los padres de Luna desde hace tanto tiempo como a ella. Son personas de buen corazón, pero Austin tiene razón: son conservadores y creyentes.

Aunque nunca renegarían de Luna ni la echarían de casa por quedarse embarazada en un desliz, sin duda estarían decepcionados y se avergonzarían ante su comunidad.

Personalmente creo que hay que estar por encima de los cotilleos y no hacer caso a las habladurías. Sin embargo, entiendo que esta mentalidad está muy extendida y profundamente arraigada, especialmente en círculos más mayores y religiosos.

—Soy consciente de todo eso, Austin. ¿A dónde quieres llegar?

—¿No es obvio? —Austin se levanta y rodea la mesa hacia mí—. Luna necesita un hombre a su lado. Uno que pretenda ser el padre de su hijo para no poner a su familia en una situación embarazosa. Y tú necesitas una mujer a tu lado para cumplir con el ultimátum de tu padre. Una mujer que además está embarazada representa el premio gordo.

Se me cae la mandíbula y miro a Austin como un pez muerto en un plato.

—Quieres decir... —empiezo.

—Quiero decir que tú y Luna deberíais hacer un trato. Un trato como el que hablamos hace no mucho en el bar. Una relación falsa. Solo que entonces no teníamos una candidata adecuada. Ahora sí.

Se me escapa un sonido de incredulidad, pero Austin continúa imperturbable.

—Tú la ayudas y ella te ayuda. Es una situación *win-win* de primera clase para ambos. Tú la necesitas y ella te necesita a ti. Además, sois amigos. A veces incluso más que eso. Lo que significa que tu polla hambrienta no se quedará corta en este trato. Y el sexo durante el embarazo es la bomba, Nash. Pechos grandes y un coño

superajustado e hipersensible. La dulce policía, gracias a las hormonas del embarazo, tendrá constantemente ganas de ti y literalmente se abalanzará sobre ti. Estoy realmente celoso y, si soy sincero, estoy considerando ofrecerme como padre de portada si tú no quieres hacerlo.

—Ni se te ocurra —advierto a Austin.

—Relájate. Te estoy dando la preferencia. Ahí ves qué tipo de amigo sacrificado y desinteresado soy.

Austin me da una palmada patrocinadora en la espalda y me mira expectante.

—Entonces, ¿qué dices, Nash? ¿Lo harás?

28

NASH



En realidad, solo quería comprobar rápidamente con Austin que Luna y el bebé estaban bien antes de ir a verla. En vez de eso, ahora estoy sentado en mi despacho, dividido entre dos opciones.

Aunque al principio descarté la idea de Austin como una completa tontería, incluso un absoluto disparate, al pensarlo más detenidamente ya no me parece tan descabellada.

Austin tiene razón: Luna no puede ocultar su embarazo eternamente. Ni a sus padres, ni a su empleador. Si sale a la luz que se ha quedado embarazada sin quererlo y que no hay un padre para el niño, eso inevitablemente le causará estrés y problemas.

Que sus padres se sientan decepcionados y avergonzados es una cosa, pero también el Departamento de Policía de Boston se lo pensaría mucho antes de mantener y, sobre todo, promover a largo plazo a una policía soltera con un bebé pequeño.

La solución más sencilla para el Departamento de Policía sería enviar a Luna de vuelta a Martha's Vineyard. Aunque allí sea tranquilo y seguro, Luna no tiene a nadie que pueda ayudarla con el niño. Su familia vive en el área metropolitana de Boston, a horas de distancia de la isla. Por tanto, Luna estaría atrapada en un trabajo

que no la desafía ni la satisface, y separada de las personas que podrían apoyarla y aliviarla en la crianza de su hijo.

En cuanto a mí, tengo que cumplir con este estúpido ultimátum como sea. Aunque no por mí mismo. Aunque me importa mucho la casa de vacaciones en la isla, lo que más me preocupa es la herencia de mis hermanos. No deberían tener que renunciar a lo que les importa porque yo fracaso en el ultimátum que me han impuesto.

Cuanto más tiempo y más intensamente pienso en ello, más me gusta la propuesta de Austin. Me cae bien Luna. Muy bien, de hecho. Y la conozco casi toda mi vida. Si hay alguien adecuado para fingir con éxito una relación feliz con familia ante mi padre, esa es Luna. Simplemente porque ni siquiera tendríamos que fingir realmente. Luna y yo nos llevamos de maravilla desde siempre. Somos amigos. Nos gustamos mutuamente. Hablamos mucho cuando nos vemos. Estamos en la misma onda. Y, aunque ahora mismo sea completamente secundario, somos extremadamente compatibles en la cama.

Por tanto, si decidimos tener una relación fingida, simplemente estaríamos haciendo lo que hemos hecho durante años a intervalos irregulares: pasar tiempo juntos, hablar, reír y amarnos.

Con la diferencia de que dentro de unos meses un pequeño ser se unirá a nosotros y pondrá bastante patas arriba nuestras vidas.

Digo conscientemente *nuestras* vidas porque para hacer creíble esta relación, Luna y yo tendríamos que vivir juntos.

¿Qué hombre honorable y responsable engendra un hijo con una mujer de la que afirma públicamente estar enamorado, pero luego no se va a vivir con ella?

No, eso no funcionaría. Al menos no si queremos anunciar oficialmente que somos pareja y que este bebé es nuestro hijo deseado.

Al pensar en vivir con Luna, no siento pánico ni náuseas.

Conozco a Luna. Sé que nos entendemos excepcionalmente bien. Ciertamente será agotador y estresante con un niño pequeño, pero quizás esta sea mi única oportunidad de ser padre.

En un futuro previsible, no será posible de otra manera. Tendré que seguir con Luna durante años para que nuestra relación parezca creíble hacia el exterior. ¿Cómo podría haber espacio para otra relación seria?

Imposible.

Tendría que ser sincero desde el principio con cualquier mujer que conociera sobre mi situación con Luna, y, ¿qué mujer aceptaría algo así sin pensar que estoy loco? Además, existiría el riesgo de que nos delatara a Luna o a mí porque estuviera celosa, insatisfecha o infeliz.

Entonces todo habría sido en vano.

Así que si entro en esta relación ficticia con Luna, *ella* será mi familia. Ella y su bebé.

Si no lo hago, mi vida probablemente seguirá como hasta ahora. Con toda probabilidad, no podré cumplir con el ultimátum porque no puedo desarrollar sentimientos tan rápidamente por una mujer completamente desconocida, si es que la encuentro.

Visto así, Luna es mi única oportunidad en muchos sentidos.

Me levanto y me dirijo llamativamente despacio hacia la planta donde han ingresado a Luna, porque lo que más me gustaría sería evitar la conversación que estoy a punto de tener con ella.

La simple propuesta que pretendo hacerle suena de alguna manera... descabellada. Como si no estuviera en mis cabales.

Es decir... ¿quién hace algo así? ¿Qué persona normal finge una relación? ¿Encima con una mujer embarazada?

Ante la puerta de la habitación de Luna, que está entreabierta, escucho voces amortiguadas. Me detengo y escucho, porque no quiero interrumpir en un momento inoportuno.

—*Tienes que* decírselo —sisea una voz femenina que no conozco.

—No puedo hacer eso —sisea una segunda voz femenina que identifico como la de Luna.

—Por supuesto que puedes. Solo tienes miedo. Contrólate y díselo, Luna. Él necesita saberlo. Tiene derecho.

Silencio.

Espero unos segundos, pero sigue en silencio. Justo cuando estoy a punto de entrar, porque creo que la conversación entre

ambas ha terminado, oigo a Luna ceder.

—Vale. Se lo diré. Y si con eso destruyo su vida, le diré que te lo agradezca a ti, porque tú me has obligado. ¿Contenta?

—Contenta —resopla la otra mujer divertida—. Aunque no será ni la mitad de dramático de lo que lo pintas, cariño.

—Tus palabras en oídos de Dios. Y ahora deja de presionarme más y ocúpate de tus cadáveres. Seguro que ya te están esperando.

¿Cadáveres? ¿Qué cadáveres? ¿Y qué tiene que decirle Luna a quién? ¿De qué va todo esto?

—Ellos tienen todo el tiempo del mundo —contraataca la desconocida.

—Ellos quizás. Pero no las personas que los convirtieron en cadáveres. Esas deben ir entre rejas lo antes posible.

La mujer desconocida se ríe.

—Ya veo que no me quieres aquí. Muy bien. Me voy. Pero no creas ni por un momento que no volveré.

—Si es necesario —gruñe Luna y aunque intenta sonar molesta, hay benevolencia en su voz.

Oigo pasos que se acercan rápidamente y entro apresuradamente, casi chocando con la mujer desconocida.

—¡Vaya! —exclama y me mira sorprendida—. Si hubiera sabido que por aquí rondan semejantes ejemplares, yo también me habría dejado disparar.

—Deja en paz a Nash, Kim —oigo decir a Luna detrás de ella.

—¿Nash?

La mujer, que me resulta vagamente familiar y a quién Luna acaba de llamar Kim, se gira hacia Luna.

—¿*Este* es Nash?

Luna asiente y le lanza a Kim una mirada que no puedo interpretar.

¿Me he perdido algo?

—Encantada de conocerle, Nash —sonríe la tal Kim cuando se gira hacia mí—. Luna ya me ha hablado mucho de ti.

—¿Ah, sí? ¿Lo ha hecho? —levanto las cejas sorprendido.

Kim me guiña un ojo con picardía y de nuevo creo que me he perdido algo pero antes de que pueda pensar más en ello, Kim se

despide y se escabulle junto a mí.

Perplejo, la sigo con la mirada.

—Perdona, Kim es algo peculiar.

—¿Sois amigas? —pregunto, centrándome en Luna.

—Sí, desde hace tiempo. Además, Kim trabaja en Boston como médico forense. Así que somos amigas y compañeras de trabajo.

—Por suerte has acabado en mi mesa y no en la suya —murmuro sin pensar, arrepintiéndome en el siguiente instante porque veo en la cara de Luna que ella también ha contemplado esa posibilidad.

—He hablado con Austin. El niño y tú estáis bien. Tus valores también están bien. Si te cuidas y descansas lo suficiente, podremos darte el alta pronto. La bala no ha tocado ningún hueso. Eso significa que en unas pocas semanas podrás caminar adecuadamente y en unos meses también podrás correr de nuevo. Aun así, recomiendo medidas de rehabilitación.

Luna se incorpora en la cama y me mira horrorizada.

—¿Significa eso que no podré trabajar en un futuro previsible?

Asiento con énfasis.

—Sí, eso significa. ¿Cómo vas a perseguir criminales con una pierna dañada? Con tu movilidad limitada, serías una víctima extremadamente fácil.

—Pero cómo... —Luna se detiene y traga porque su voz se quiebra—. ¿Cómo voy a explicar esto a mis superiores?

Me siento en su cama y pongo mi mano tranquilizadoramente sobre la suya.

—No lo harás. Porque *yo* lo haré por ti. Puedes estar segura de que evaluaré la situación objetivamente.

—Eso no es posible, Nash —jadea Luna.

—Claro que es posible. No estás en condiciones de caminar. Así que no eres apta para misiones externas. Es posible que puedas hacer trabajo de oficina, si quieres. Incluso eso llevará tiempo. Al menos hasta que puedas estar de pie y caminar por ti misma. Cuando eso ocurra, tu embarazo estará tan avanzado que tendrás que cogerte la baja por maternidad.

Luna se cubre la cara con las manos y gime con resignación.

—¡Esto no puede estar pasando! Si no trabajo, mi familia estará permanentemente llamando a mi puerta para ver cómo estoy. Entonces se darán cuenta rápidamente de que mi barriga no se debe a cantidades enormes de chocolate y falta de ejercicio.

Curvo una comisura de la boca y acaricio con el pulgar la muñeca desnuda de Luna. Antes de que pueda cambiar de opinión y acobardarme, decido plantearle la propuesta de Austin.

—Luna... yo... bueno, en cuanto a esto último, quizás pueda ayudarte.

29

LUNA



—¿Que quieres *qué*?

Mi boca está abierta de par en par y le haría seria competencia a la de una serpiente que desencaja su mandíbula para engullir a su presa.

—Hacerme pasar por tu novio y el padre de tu hijo nonato —repite Nash lentamente, como si pensara que no le he oído bien.

Pero le he oído perfectamente. No son mis oídos los que tienen dificultades para procesar lo dicho, sino mi cerebro.

—Necesitas a un hombre a tu lado para tener paz con tu familia y para no ponerles en una situación embarazosa. Y yo necesito a una mujer para complacer a mi padre y asegurar la herencia de mis hermanos. ¿Por qué no unimos fuerzas y matamos dos pájaros de un tiro?

—Ehhh —balbuceo, porque mi mente me abandona en este momento.

—Sé que suena totalmente descabellado. Debes pensar que no estoy en mis cabales, lo siento.

—Yo... —sigo balbuceando, porque nada ingenioso quiere salir de mi boca.

Comprensible, ¿no?

Después de todo, el padre de mi hijo me está ofreciendo fingir ante mi familia que es el padre de mi hijo.

¿Qué tan descabellado es eso?

¿Es este el momento inadecuado para confesarle a Nash que sus habilidades actorales no son necesarias porque, de todas formas, él es el padre de mi hijo?

—Seguramente tienes dudas sobre si sirvo como pareja y como padre. —Nash sonríe de lado y se pasa la mano por el pelo—. Quiero decir... mírame... —señala su bata blanca—. ¿Yo y los niños? Con mi trabajo es impensable, ¿verdad?

Tanto para la teoría de Kim de que Nash se tomaría bien las noticias del bebé.

—Para mí, mi trabajo es mi familia. Cónyuge e hijo en uno, si quieres verlo así. Igual que para ti, supongo.

—Mhmm —respondo, lo que viene a significar: *mejor no opino sobre eso ahora*.

—Aun así, las prioridades en tu vida van a cambiar ahora con el niño. Entiendo que no es fácil para ti. Yo en tu lugar probablemente entraría en pánico porque no me sentiría a la altura y mucho menos preparado para ello.

Voy a resumir lo que he descubierto en el último minuto:

Nash, según sus propias palabras, no sirve como padre. Es más, entraría en pánico porque no se siente ni preparado ni a la altura para ser padre.

Si ahora le digo que él es el padre de mi hijo, probablemente ni siquiera me creerá. Asumirá que le estoy tomando el pelo. Que me ha dado el pie perfecto para una broma.

Me desplomo y mi valor para decirle la verdad a Nash se evapora.

Genial.

—Eh —susurra Nash con ternura y me atrae hacia sus brazos—. No quería desanimarte. Serás una madre estupenda. Lo sé. Lo superarás todo, Luna, y si me dejas, te ayudaré.

—Si vas a ser tan útil como lo has sido dándome ánimos, declino agradecida —murmuro contra su pecho.

—Lo siento.

Nash se ríe y la vibración de su cálido cuerpo contra mi mejilla calma mis nervios agitados.

—Ya es la tercera vez que dices eso. Parece que *tú* eres el que está embarazado y con las hormonas alborotadas.

—Quizás tus hormonas se me están pegando —se ríe—. Casi como si estuviera embarazado contigo.

Y lo estás, pienso. Pero ni loca lo diré en voz alta. No después de todo lo que acabo de oír.

—¿Cómo funcionaría exactamente? Esta relación fingida, quiero decir.

Nash me suelta de sus brazos y me mira de forma inquisitiva.

—¿Significa eso que lo estás considerando?

—Significa que voy a escuchar tu propuesta hasta el final.

Asiente.

—Muy bien. Para ser creíbles ante tu familia y la mía, tendríamos que vivir juntos. Tengo un piso que es lo bastante grande para los tres. Tú y el bebé tendríais incluso vuestra propia habitación, si así lo quisierais.

Le indico a Nash que continúe hablando.

—Te acompañaría a ver a tu familia y tú me acompañarías a ver a la mía. Como una pareja de verdad.

—¿Y fuera de esos compromisos?

Nash inclina la cabeza y sonríe.

—Bueno... trabajo mucho. Por lo tanto, la mayoría de las veces tendrás tranquilidad sin mí. Por supuesto, te apoyaré con el bebé tanto como pueda y te aliviaré la carga, lo que significa que tendré que reducir algo de tiempo en el trabajo. No me resultará fácil, no te voy a mentir, pero me las arreglaré.

—Y... —me aclaro la garganta—. ¿Qué pasa con tu vida sexual?

Nash levanta una ceja.

—¿Mi *vida sexual*? ¿Qué pasa con ella?

—¿Cómo va a funcionar si oficialmente estás conmigo?

—Si quieres saber si saldré y me acostaré con otras mujeres, la respuesta es: *no*. El riesgo de que nos descubran es claramente demasiado alto. Hay demasiado en juego.

Pues muchas gracias.

Si esperaba algo como: *te tengo a ti, Luna. Me das todo lo que necesito en la cama y más allá*, ahora me siento amargamente decepcionada.

Probablemente yo reaccionaría igual que Nash. Él cree que estoy embarazada de otro hombre. No es de extrañar que no sienta ni el impulso ni las ganas de intimar conmigo.

Aunque entiendo sus motivos, una sorda decepción se extiende por mi interior.

Me habría gustado vivir este embarazo junto a Nash. Como una pareja real. No solo como una pareja fingida.

Debí haberlo pensado antes porque decirle la verdad ahora destruiría todo entre nosotros.

Nash se sentiría engañado y humillado. Se avergonzaría de sus palabras. Si hubiera sabido que él es el padre de mi hijo, posiblemente habría *pensado* que no era capaz de serlo, pero siendo Nash tan considerado como le conozco, nunca lo habría *expresado* en voz alta delante de mí.

—¿Cuánto tiempo duraría este juego? —pregunto, sacudiéndome los desalentadores pensamientos lo mejor que puedo.

—Años, supongo.

—¿*Años*? ¿Estás seguro de que quieres vivir conmigo durante varios años? ¿Con un niño pequeño? ¿Sabes lo agotador que es eso?

Nash se encoge de hombros.

—Tenerte a ti y al bebé como compañeros de piso va a revolucionar mi vida. Por un lado, es una perspectiva aterradora, sí. Pero por otro, es mi oportunidad de ser padre. Me gustas, Luna. Y no puedo imaginar a ninguna mujer con la que preferiría criar a un hijo que contigo.

Por primera vez en esta conversación, mi corazón se derrite un poco.

Quizás no está todo perdido entre Nash y yo. Al menos sus palabras sugieren que hay esperanza para nosotros.

Así que decido aceptar la propuesta de Nash, dejar que el destino siga su curso y esperar a ver qué pasa.

30

NASH



Han pasado algunas semanas desde que Luna salió del hospital y nunca habría imaginado que convivir con ella me catapultaría a un dilema tan insoportable.

Por un lado, me encanta vivir con ella. Desayunar con alguien, mantener buenas conversaciones y no encontrar un piso vacío cuando llegas a casa después de un largo día de trabajo es algo maravilloso. Me pregunto cómo pude prescindir de estas cualidades durante tanto tiempo.

Por otro lado, es una tortura tener a Luna como compañera de piso. Ayudarla a lavarse y verla desnuda sin poder entregarme a mi deseo es duro. Verla cojear por el apartamento con solo una camiseta y braguitas, también. Con esto no me refiero a que me resulte difícil verla cojear porque su motricidad se recuperará completamente. Solo necesita algo de tiempo.

No, lo que me destroza son esas esbeltas piernas al descubierto, que ni siquiera el vendaje puede desfigurar. El contorno de ese trasero firme. Ese dulce y redondo vientre. Los pechos llenos y tentadores y esos labios pecaminosos y suaves.

Siempre he tenido debilidad por el cuerpo curvilíneo de Luna, pero con el embarazo se ha transformado en una auténtica diosa del deseo.

La deseo. Quiero acostarme con ella. Quiero comprobar lo estrecha que se ha vuelto su vagina. Quiero amasar sus turgentes pechos. Quiero succionar sus erectos pezones.

Joder, estoy tan cachondo que tengo que masturbarme varias veces al día. Eso es patético.

Si fuera por Austin, ya me habría abalanzado sobre Luna pero eso no sería correcto por varias razones: está embarazada. Le dispararon no hace mucho. Todavía está herida. Y no hace ningún intento de atraerme a su cama.

En otras palabras: Luna no está de humor para el sexo. Menos aún conmigo. Tal vez el hombre que la dejó embarazada significa más para ella de lo que quiere admitir. Aunque nunca habla de él y yo no pregunto, me corroe una constante sensación de celos.

Me encantaría haberle pedido explicaciones y haberle dejado claro lo afortunado que es por haber concebido un hijo con una mujer como Luna. Eso sería hacerme daño a mí mismo y arriesgarme a que luche por Luna y por el bebé, y que ella me abandone por él. Eso es inconcebible. No quiero renunciar a Luna otra vez, por eso mantengo la boca cerrada y no menciono al tipo.

Totalmente enfermizo, lo sé.

Sobre todo porque Luna y yo ni siquiera somos una pareja de verdad. Solo fingimos serlo. De cara a la galería. Aun así, en su presencia me vuelvo irracionalmente posesivo y extremadamente celoso.

—Nash, ¿estás listo? No me gusta hacer esperar a mis padres porque entonces tendré que escuchar otro interminable sermón sobre la puntualidad y el respeto hacia las personas mayores.

Sonrío cuando Luna llama a la puerta de mi dormitorio con un tono extremadamente irritado, aunque ni siquiera hemos salido del apartamento.

El brunch semanal con su familia, que tiene lugar todos los domingos, es para ella tanto un placer como un suplicio.

Adora a su familia. Hasta un ciego lo vería. Pero también deja que la vuelvan loca.

He intentado explicarle que debe afrontar estas reuniones con más calma, pero su reacción fue, por decirlo suavemente, una amenaza para mi vida. Para mí, notablemente. Así que me ahorro ese tipo de consejos y, en cambio, después de estas reuniones le doy masajes relajantes en los hombros y los pies.

Abro la puerta y le sonrío a Luna para darle ánimos.

—Podemos irnos. ¿Quieres que te lleve en brazos?

Luna niega con la cabeza.

—Puedo hacerlo sola.

Por supuesto que puede. Luna es la mujer más firme e independiente que conozco pero no puedo evitar cuidarla. Por un lado, porque todavía sufre por su herida de bala, aunque no lo admita, y por otro lado, porque está embarazada.

Aunque el bebé no sea mío, cada día me importa más. Esta semana descubrimos que vamos a tener una niña pequeña y casi lloro de emoción.

Súper vergonzoso.

Especialmente porque Austin ahora es el médico de Luna y me ofreció un pañuelo con una amplia sonrisa.

Desde entonces he tenido que soportar innumerables comentarios estúpidos, ninguno de los cuales ha podido empañar mi alegría por estas dulces noticias.

Al contrario.

Que Austin se burle. Solo está celoso porque él no va a tener una niña pequeña con la mujer más bella y deseable del mundo.

—¿Qué crees que dirán tus padres cuando les cuentes lo de nuestra hija? —le pregunto a Luna mientras entramos en el ascensor que nos lleva al aparcamiento subterráneo.

Solo cuando Luna me mira extrañamente de reojo me doy cuenta de lo que acabo de decir.

—Perdona, estoy tan metido en mi papel que sigo interpretando al padre incluso cuando no estamos en público —me excuso, aunque en el fondo sé que no es toda la verdad.

—A decir verdad, estaba pensando en no decírselo todavía.

Frunzo el ceño con sorpresa.

—¿Y eso por qué? Seguro que se pondrán contentísimos.

—Exacto —resopla Luna—. Nos van a inundar tanto con vestidos de princesa y unicornios que en un abrir y cerrar de ojos confundirás tu apartamento con un castillo de cuento.

Me encojo de hombros y le guiño un ojo a Luna divertido.

—Me gusta Disney.

Luna hace una mueca y sale cojeando del ascensor. Tengo que contenerme para no tomarla en mis brazos y llevarla hasta el coche. Verla tan afectada y vulnerable me duele en el alma pero no se lo demuestro porque compasión, como no se cansa de recalcar, es lo que no quiere.

Luna lucha valientemente por volver a la vida. No se deja intimidar por nada ni por nadie.

Aunque sigue decepcionada porque el Departamento de Policía quiere esperar a su completa recuperación antes de que vuelva al servicio, no se desanima.

Mi admiración por esta mujer crece con cada día que pasa.

Aunque la conozco desde la infancia, siento que a través de nuestra convivencia descubro nuevas facetas de ella que no sé cómo pudieron pasarme desapercibidas durante tanto tiempo.

Involuntariamente me pregunto qué otras sorpresas me deparará este regalo llamado Luna.

31

LUNA



Estoy sentada en el comedor de mis padres y me siento tremendamente aliviada de que mi madre esté ocupada en la cocina con mis tías mientras los hombres de la familia ven un partido de fútbol americano en la sala de estar. Nash incluido.

Así puedo sumirme tranquilamente en mis pensamientos, los cuales, para mi gusto, han sido demasiado numerosos últimamente.

A veces la cabeza me da tantas vueltas que temo desmayarme.

¿Será también una particularidad del embarazo? ¿Darle vueltas a todo y preocuparse por todo?

Si es así, podría prescindir perfectamente de ello.

Nadie me pregunta al respecto.

En cambio, hay otra pregunta que me hacen constantemente. Concretamente, Kim. Prácticamente cada día quiere saber si ya le he dicho la verdad a Nash sobre nuestro bebé.

Cada vez, a la misma pregunta por su parte, le sigue la misma respuesta por la mía: *no.*

Realmente me gustaría poder conformarme con mi decisión de guardarme para mí quién es el padre del bebé, pero el constante interrogatorio de Kim no me deja tranquila. Cada vez vuelve a

remover dudas en mi interior y me provoca un terrible sentimiento de culpa.

Nash cuida de la pequeña y de mí de manera sacrificada y ejemplar. Aunque él mismo se considere incapaz de mantener una relación y ser padre, yo lo creo más que capaz. Mientras no lo reconozca, ese conocimiento me sirve de poco.

Es cierto que trabaja mucho pero eso no me importa, porque puedo entender que su trabajo es importante para él, exactamente como mi trabajo siempre ha sido importante para mí.

Nash florece en su trabajo. Es su vocación y su pasión, y yo hago todo lo posible por apoyarle en ello.

Cada vez que se disculpa por llegar tarde a casa o por tener que marcharse inesperadamente, le quito importancia y le digo que estoy orgullosa de lo que hace.

El brillo de agradecimiento que aparece entonces en sus ojos hace que mi corazón lata tres veces más rápido.

No es bueno.

Con el embarazo y el futuro incierto en mi trabajo, ya tengo suficientes problemas con los que lidiar. No puedo permitirme también enamorarme de mi falso novio.

Es bastante difícil cuando siempre es tan atento, considerado y cariñoso. Sobre todo, cuando a veces anda por ahí con el torso desnudo y me quedo embobada mirando sus músculos bien definidos, de los que sé exactamente lo bien que se sienten bajo mis manos.

Para mi desgracia, ese recuerdo pertenece al pasado.

Porque desde que me mudé con Nash, no ha hecho ningún intento más de acercamiento.

Me ayuda a vestirme y desvestirme. Al principio, también a lavarme. Me sostiene, a veces incluso me lleva en brazos. Me masajea los hombros. Los pies. Examina mi herida, se ocupa de mi pierna.

Nunca cruza la línea de la profesionalidad.

Ninguno de sus toques son de naturaleza provocativa o sexual.

No, Nash claramente está tomando distancia conmigo.

Eso duele.

Duele porque no puedo soportar la idea de que ya no me desee. La idea de que crea que me he acostado con otro hombre y que él me ha dejado embarazada.

No sólo duele, también me está volviendo loca.

Porque, ¿quién hubiera pensado que a pesar de una barriga en constante crecimiento, los cambios de humor, los antojos y una cabeza llena de preocupaciones, se puede sentir tanto deseo de sexo?

Estoy constantemente excitada. Mi entrepierna palpita y mis pechos están tan sensibles que tengo que llevar sujetador para no excitarme por el roce de la ropa contra mis pezones.

Anhelo sentirme completamente llena y satisfecha. Tanto que tengo que cambiar constantemente las pilas de mi estimulador artificial.

Aun así, cada orgasmo que me proporciono es solo una gota en el océano.

—No pienses tanto, Luna. Todo saldrá bien —me susurra Nash al oído, lo que me hace sobresaltarme, pillada in fraganti, porque hace un segundo estaba imaginando su miembro erecto en mi húmedo interior.

—¡La comida está lista! —grita mi madre en ese momento, y de repente el partido de fútbol americano pasa a segundo plano para los hombres de la familia.



—Prométeme que cuidarás bien de nuestra pequeña princesa y no te excederás —me insiste mi madre, cuando cuatro horas más tarde nos despedimos de mi familia.

Como era de esperar, están entusiasmados desde que anunciamos que espero una niña. La idea de poder vestirla con preciosos vestiditos y zapatitos hace que los miembros femeninos de mi familia se alegren pero también los hombres están encantados y

su instinto protector se ha despertado, aunque la pequeña ni siquiera haya venido al mundo todavía.

—Hablaremos mañana por teléfono y discutiremos con calma la lista que hemos elaborado. ¿La has guardado?

Asiento obedientemente y doy unos golpecitos a mi bolso, donde llevo una larga lista de propuestas de nombres para el bebé de Nash y mío.

Apenas mi familia supo que esperábamos una niña, tomaron papel y lápiz y discutieron en voz alta qué nombre debería recibir la pequeña. Por supuesto, también incluyeron en sus consideraciones los nombres de nuestros parientes y antepasados.

En realidad, quería decirles que Nash y yo ya habíamos hecho una preselección de nombres, pero antes de que pudiera hacerlo, Nash apretó tranquilizadoramente mi mano y susurró:

—Déjales que se diviertan. Y quién sabe, tal vez haya un nombre estupendo en el que no hayamos pensado.

Sonreí y acaricié la mejilla de Nash, porque le agradezco mucho que tenga tanta paciencia y que ni siquiera la familia más entrometida de Boston consiga alterarle.

—Le echaré un vistazo, mamá —prometo y abrazo a mi madre para despedirme—. Hasta mañana.

Cuando Nash cierra la puerta del conductor a mi lado en el coche, se gira hacia mí y sonríe ampliamente.

—Lo has conseguido. No ha sido tan malo, ¿verdad?

—Peor —murmuro y me acurruco en mi asiento—. Estoy deseando prepararme un baño relajante en casa y disfrutar de un maravilloso silencio.

Nash se ríe y arranca el coche para llevarnos con precisión a casa, para que pueda hacer exactamente eso.

32

NASH



Le preparo un baño a Luna, mientras ella se quita la ropa en su habitación y se envuelve en su albornoz.

Después me retiro, aunque me habría encantado bañarme con ella, y voy al salón, donde repaso mentalmente el día de hoy.

Me gusta la bulliciosa y animada familia de Luna y, en realidad, espero con ganas el brunch familiar cada semana. Aunque la familia de Luna puede ser agotadora y normalmente lo es, sobre todo es cordial, servicial y llena de afecto sincero.

Por la temprana muerte de mi madre, nunca llegué a disfrutar de una familia completa y acogedora. Por supuesto, a mis hermanos y a mí nunca nos faltó de nada. Mi padre siempre se ocupó de eso pero ni siquiera el mejor padre del mundo puede sustituir a una madre amorosa.

Además, crecí en una familia adinerada de hoteleros, donde ya en mi infancia desfilaban personalidades importantes por nuestra casa. Algo como una relajada reunión familiar, en la que uno simplemente pudiera ser uno mismo y llenarse la barriga, para después quedarse dormido en el sofá viendo fútbol americano, ocurría rara vez o nunca.

Por eso disfruto tanto ahora de estas experiencias como parte de la familia de Luna.

Después de una regañina por haber mantenido en secreto durante tanto tiempo nuestra relación y su embarazo, su familia me recibió con los brazos abiertos.

Cierto es que habrían preferido que Luna y yo nos hubiéramos casado primero, después nos hubiéramos ido a vivir juntos y luego, para perfeccionar la felicidad matrimonial, hubiéramos tenido un hijo, pero la alegría por el embarazo de Luna ha relegado el orden preferido a un segundo plano.

Desde que Luna vive conmigo, intento reducir mis horas en el trabajo porque quiero estar con ella y apoyarla. Y sorprendentemente, me resulta más fácil de lo que pensaba.

Desafortunadamente, esto también significa que paso más tiempo con Luna y mi deseo por ella crece constantemente, sin llegar a satisfacerse nunca.

Me levanto suspirando del sofá y preparo un té caliente con miel para Luna, que le llevo al baño.

Como la puerta está solo entornada, la abro con el pie y me quedo paralizado cuando mis ojos captan lo que está ocurriendo a pocos metros de mí en la bañera.

Luna está tumbada en el agua con las piernas abiertas, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta.

Tiene en la mano un vibrador, que introduce bajo el agua con movimientos rítmicos en su estrecho y húmedo coño.

Se me escapa un jadeo ahogado y la taza de té en mi mano oscila peligrosamente.

Luna, que no ha pasado por alto mi jadeo, abre los ojos asustada y se incorpora bruscamente. El agua se derrama de la bañera y moja el suelo.

—Nash —dice sin aliento y aprieta las piernas avergonzada.

—Yo... no quería molestar —le aseguro con voz ronca y señalo el té en mi mano, que de repente me parece terriblemente ridículo.

Luna no quiere un *té* para relajarse, quiere un maldito *orgasmo*.

Y, aparentemente, estaba a punto de conseguirlo justo antes de que yo entrara en el baño e invadiera su intimidad.

—No tienes que disculparte —susurra Luna y se sonroja—. Es solo que... yo... estoy como constantemente cachonda y si no quiero volverme loca, tengo que arreglármelas sola.

—Son las hormonas —le explico débilmente, porque ahora mismo no puedo creer lo equivocado que estaba al pensar que Luna no tenía ganas de sexo.

Ella se muerde el labio inferior como pillada en falta y lo chupa, lo que hace que mi polla ya erecta palpite nerviosamente en mis pantalones.

—Lo sé. Ya antes tenía regularmente ganas de sexo pero desde hace unos meses esto está tomando proporciones preocupantes. Aunque quizás también se deba a que un vibrador no puede sustituir al sexo real.

¿Cómo dice?

¿Cómo demonios pude ser tan estúpido para no darme cuenta? Una mujer con necesidades evidentes. Justo delante de mis narices. En mi apartamento. ¿Y no me doy cuenta? ¡Cielos!

—¿Te gustaría tener sexo real? —aventuro con cautela.

Luna asiente.

—Definitivamente.

—¿Y por qué no me has contado nada de tus necesidades? No es como si no tuviéramos experiencia el uno con el otro en ese terreno.

Luna se hunde más en la bañera y exhala ruidosamente.

—Porque pensaba que te resultaba repulsiva.

—¿Y eso por qué? —pregunto desconcertado y dejo la molesta taza que todavía tengo en la mano.

—Pues porque estoy embarazada.

Luna señala su evidente barriga.

—¿Y esa es una razón para dejar de desearte?

No entiendo nada.

—Posiblemente. Follarse a morsas no es precisamente sexy.

Resoplo divertido. Como si Luna se pareciera ni remotamente a una morsa.

—Y porque... —se detiene.

—¿Por qué? Suéltalo, Luna.

—Porque la niña... o sea, la bebé es... es... —tartamudea.

—¿No es mía? ¿Te refieres a eso?

Luna guarda silencio y me dirige una mirada extraña que me impulsa a arrodillarme junto a la bañera y tomar su cara entre mis manos.

—Luna Álvarez, para ser una astuta policía estás diciendo un montón de tonterías. Eres preciosa. El embarazo te da un aura tan sensual y radiante que casi tuve que cortarme los dedos para mantenerlos alejados de ti.

Los ojos de Luna se abren incrédulos.

—¿En serio?

Asiento.

—En serio.

Para demostrarle la veracidad de mis palabras, abro mis pantalones y los bajo junto con los calzoncillos.

Aparece mi erección firme y preparada.

Luna me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué no me has dicho que querías acostarte conmigo, Nash?

Me rasco la cabeza avergonzado y contraigo la cara en una mueca de arrepentimiento.

—Pensaba que con el embarazo, el repentino cambio de vida y los pensamientos sobre el futuro ya estabas bastante ocupada y que el sexo era lo último que te apetecía ahora.

Luna y yo nos miramos escépticos, como si no pudiéramos creer las palabras del otro, y estallamos en risas.

—Vaya por Dios —jadea Luna intentando respirar—. Los dos estamos realmente hechos el uno para el otro. Solo espero que nuestra hija sea menos loca.

Su comentario me llama la atención y, para ser sincero, me alegra que hable de *nuestra* hija, aunque aquí en el baño no hay nadie ante quien tengamos que fingir una relación intacta.

Evidentemente, Luna me considera parte de su pequeña familia. Eso me hace inmensamente feliz y hace que mi deseo por ella aumente hasta lo inimaginable.

Es hora de que me ocupe de las necesidades de la futura madre en mi bañera.

33

NASH



Me inclino hacia delante y tomo la mano de Luna.

—¿Quieres acompañarme al dormitorio? Yo me metería en la bañera contigo para que pudieras montarme, pero será mejor que esperemos un poco para eso —digo con una mirada de pesar hacia su pierna lastimada.

Luna toma mi mano en silencio y se deja sacar de la bañera por mí. Agarro una toalla y la seco sumariamente. Luego meto la mano una vez más en la bañera y pesco su vibrador.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Luna con desconfianza.

Le guiño un ojo.

—Me lo quedo. A partir de ahora ya no lo necesitarás.

Luna sacude la cabeza con una sonrisa y permite que la levante y la lleve a mi dormitorio. No porque necesite ayuda, sino porque quiere que todo vaya rápido.

La coloco en la cama y me desabotono apresuradamente la camisa. Cuando busco un condón en mi mesita de noche, Luna posa su mano sobre mi brazo.

—No lo necesitamos. Estoy sana y embarazada, ¿lo olvidaste?

No puedo evitar sonreír, porque acostarme con una mujer embarazada es, en efecto, territorio inexplorado para mí.

Ese no es el único obstáculo que se interpone en nuestro camino.

Debido a la lesión en la pierna de Luna, ella no puede montarme y yo no puedo tomarla por detrás mientras está de rodillas en la cama. Tumbarme sobre ella y tomarla de la forma clásica y conservadora también resulta complicado con su adorable barriga.

Luna parece estar pensando lo mismo que yo, y puedo ver la decepción en sus ojos.

Acaricio suavemente su mejilla.

—Gírate de lado y abre las piernas para mí, ¿vale?

Luna asiente y se coloca expectante en la posición que le he pedido.

Me tumbo detrás de ella y aparto su pelo de la nuca con mi mano. Entonces comienzo a besarla provocativamente en el cuello. Mientras tanto, mi mano va explorando su cuerpo.

Acaricio a lo largo de su brazo rozando sus pechos turgentes y suaves, cuyos pezones se endurecen como pequeñas gomas de borrar de lápiz.

Luna gime suavemente, mostrándome que disfruta siendo acariciada y besada por mí.

Amaso con cuidado sus pechos y compruebo que efectivamente han crecido y ahora llenan más que mi mano.

Ardiente.

Después de un rato, Luna empieza a retorcerse con impaciencia. Así que dejo sus pechos y desciendo con mi mano por su vientre hasta entre sus muslos, que abre voluntariamente para mí.

Separo sus labios y deslizo mis dedos en su húmeda hendidura.

—Oh, sí —se le escapa a Luna un gemido ronco—. Se siente tan bien, Nash.

—Lo sé —susurro en su oído mientras froto su pequeña perla necesitada.

—Dámelo —suplica Luna—. Lo necesito.

Sonrío y disfruto del ruego en su voz.

—¿Te refieres a esto? —murmuro y deslizo mi miembro entre sus muslos.

—Sí —jadea Luna con placer—. Dámelo. Por favor.

Introduzco mi erección entre sus labios y me froto contra la ardiente intimidad de Luna.

Mi miembro queda prácticamente enjabonado por su humedad y puedo sentir cómo gotea desde su entrada.

El sonido húmedo de mi verga bañándose en la humedad de Luna me vuelve salvaje y descontrolado.

Tengo que obligarme a contenerme. A tomármelo con calma.

Luna está embarazada, me recuerdo a mí mismo.

Tienes que hacerlo despacio y con cuidado, Nash. No seas un maldito idiota.

En ese momento, Luna agarra inesperadamente mi miembro empapado y lo introduce en ella sin previo aviso.

—Joder —se me escapa cuando la intimidad de Luna envuelve mi verga de repente, apretada como un tornillo.

Agarro la cadera de Luna, queriendo avanzar lentamente dentro de ella, pero Luna estira el brazo hacia atrás y me atrae más cerca de su cuerpo.

—Por favor, házmelo, Nash —gime y comienza a acariciarse.

No puedo creer lo excitada que está. Todo en ella y dentro de ella grita por liberación. Nunca la había visto tan caliente y cachonda. Y debo confesar que eso me excita enormemente.

Empiezo a penetrarla y la giro de modo que quede tumbada sobre su espalda, con su trasero atravesado sobre mi pelvis. Las piernas de Luna están bien abiertas y su mirada sigue ardorosamente mi miembro mientras entra y sale de ella, para volver a penetrarla un segundo después.

Con una mano agarro su cadera para intensificar mis embestidas. Con la otra mano, alcanzo los pechos de Luna y los amaso.

—Más —jadea Luna y gime—, Dios, sí Nash —cuando cumplo su deseo y me hundo en ella.

La mano derecha de Luna se aferra a la sábana, mientras su mano izquierda viaja hacia su centro, donde frota ávida su hinchada perla.

—Despacio, cariño —intento calmarla, pero Luna está tan atrapada en su deseo que mis palabras no llegan hasta ella.

Con su pelvis viene impacientemente al encuentro de mis embestidas. Su hermoso rostro está contraído por el placer y sus dedos se mueven en círculos inquietos sobre su clítoris.

Siento cómo Luna se tensa alrededor de mi miembro. Observo cómo su cuerpo se contrae y su torso se levanta mientras alcanza el clímax con un fuerte gemido.

Como un cohete se dispara hacia el cielo para explotar allí estrepitosamente.

Espero hasta que Luna cae de nuevo sobre las sábanas. Entonces la agarro, salgo de la cama con ella y la siento sobre mi cómoda, donde apoya su torso en la superficie fría y lisa.

Separo sus piernas, me coloco entre sus muslos y me deslizo dentro de ella.

Con embestidas precisas y rápidas disfruto de ella y me permito, ahora que Luna ha llegado al orgasmo, dedicarme sin tapujos a mis necesidades.

Luna arquea la espalda y se retuerce debajo de mí. Su respiración es rápida y superficial.

—Más fuerte, Nash.

Ya está excitada otra vez.

Increíble.

¿Por qué los hombres no dejan embarazadas a sus mujeres más a menudo, si eso significa que pueden tener sexo genial sin parar durante nueve meses?

Me inclino hacia Luna, tanto como su barriga lo permite, y busco sus labios.

—Bésame —le pido y eyaculo intensamente dentro de ella cuando mis labios se encuentran con los suyos y su intimidad succiona y exprime profundamente mi miembro mientras ella se entrega a su segundo orgasmo.

34

LUNA



—Hola Luna, pasa —me saluda el doctor Austin Green, frente a cuya consulta espero pacientemente mi cita.

Ya estamos a finales de julio. Faltan dos meses para el parto. Así que poco a poco la cosa se pone seria.

El doctor Green me ha atendido durante todo el embarazo y, aunque con Nash siempre actúa como el tipo guay y atrevido, como ginecólogo es extremadamente sensible y meticuloso.

Voy a dirigirme como de costumbre a la silla de exploración, pero Austin me hace un gesto para que me acerque a su escritorio.

Junta las manos frente a él y me mira con interés.

—¿Cómo estás, Luna?

—Gracias, muy bien —respondo sinceramente.

—¿Qué tal se está comportando el salvador del mundo en casa? ¿Te apoya lo suficiente? ¿Está ahí para ti, o prefiere acampar en la clínica con sus pacientes?

Niego con la cabeza y sonrío.

—Se esfuerza mucho. Desempeña su papel de pareja y futuro padre a la perfección.

—¿Todavía es eso?

Austin arquea una ceja interrogante. Junto con Kim, es el único que conoce la falsa relación entre Nash y yo.

—¿A qué te refieres?

—Un juego de roles, Luna. Sabes que Nash y yo somos mejores amigos. Me ha contado que os acostáis juntos y también lo feliz que le hace vuestra pequeña familia.

Trago saliva y me acaricio distraídamente la barriga.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

Levanto la mirada rápidamente y me encuentro directamente con los ojos inquisitivos de Austin.

—¿Decirle *qué*?

—Que *él* es el padre de vuestra hija. No solo en vuestra falsa relación, que hace tiempo se convirtió en una relación real.

—¿Cómo sabes...? —balbuceo y me detengo, pillada.

Demasiado tarde.

Una sonrisa triunfal aparece en la cara de Austin.

—Lo sospechaba. Solo estoy seguro gracias a tu reacción.

Mierda.

Cruzo los brazos enfadada sobre el pecho, lo que debe verse bastante cómico con mi barriga redonda.

—Nash viene de una familia rica. Un hijo suyo y no tendrás que trabajar nunca más...

—Su dinero no me interesa —interrumpo a Austin enérgicamente.

—Lo sé. Si no, ya le habrías contado lo de vuestro hijo, pero si su riqueza no es la razón, ¿entonces qué es?

Respiro profundamente y me recuesto en la silla. Sentarme erguida me resulta cada vez más difícil con cada semana que pasa.

—Tuvimos sexo y algo debió salir mal. El bebé no estaba planificado, puedes creerme. Cuando descubrí que estaba embarazada, quise quedármelo a toda costa. De todas formas, nunca hay un momento adecuado para tener un hijo.

Austin asiente. Parece que me cree.

—¿Por qué no se lo has dicho aún a Nash? Ya casi estás de ocho meses, Luna. No te queda mucho tiempo.

Resoplo perpleja.

—Afirmas que Nash y tú sois mejores amigos. Si eso es cierto, deberías saber mejor que nadie que él se considera incapaz de mantener una relación y asegura que no tiene cualidad alguna como padre.

—Nash suelta un montón de tonterías cuando el día es largo, Luna. El pobre se conoce malditamente mal a sí mismo. Todos excepto él ven que sería un padre de ensueño. Por eso todas las compañeras de trabajo se lo disputan.

Siento una profunda punzada de celos en mi corazón y aprieto los labios contrariada.

—Tranquila, Luna. Nash te es fiel. Lo exiges tanto en casa que tiene serias dificultades para mantenerse en pie durante sus turnos, porque lo ordeñas sin pausa. Incluso si quisiera, que *no* quiere, no le quedaría ni una gota para otra.

No quiero reírme, pero la descripción gráfica de Austin me hace sonreír a mi pesar.

—¿Ves? Sonriendo me gustas definitivamente más. Aunque tus celos me demuestran que quieres a mi amigo tanto como él a ti, no hay razón para estar celosa, ¿de acuerdo?

Asiento.

—Bien. Y aunque entiendo que la situación en la que te has metido es extremadamente complicada, te recomiendo que le digas a Nash toda la verdad. Si quieres, puedo mediar entre vosotros.

Lo rechazo con agradecimiento.

—Tengo que decírselo yo misma. Pero, ¿no crees que es mejor esperar hasta después del parto? Nash se alterará. Estará enfadado conmigo por habérselo ocultado durante tanto tiempo. Y no quiero arriesgarme a que le pase algo al bebé porque me altere o me ponga a llorar desconsoladamente si Nash me deja.

Austin asiente aprobadoramente.

—Tienes razón, por supuesto pero estoy bastante seguro de que Nash vivirá los últimos meses del embarazo y el parto de manera mucho más intensa si conoce la verdad. Sé que ya quiere mucho a la pequeña, pero actualmente asume que no es su hija, sino la de otro hombre, por quien posiblemente aún sientes algo.

Jadeo horrorizada.

—¿Perdona?

Austin se encoge de hombros.

—Cuando te ingresaron aquella vez, bromeé con Nash sobre la posibilidad de que el bebé fuera suyo. Él lo negó vehementemente porque confía ciegamente en ti. Es más, juró por lo más sagrado que tú nunca le ocultarías algo tan fundamental como un hijo. ¿Entiendes lo que eso significa, Luna? Nash cree firmemente que tú nunca le mentirías en un asunto tan trascendental. Por eso está convencido de que te quedaste embarazada de otro hombre. Alguien que quizás todavía significa algo para ti.

—Eso —balbuceo—... no lo sabía.

Austin se levanta y señala la silla de exploración.

—Ahora lo sabes. Y también sabes que mi puerta siempre está abierta para ti. Piensa en todo con calma. Pero tienes que decírselo a Nash. Ya sea antes o después del parto.

35

NASH



Ayudo a Luna a salir del coche, que aunque ya está completamente recuperada, ahora está muy embarazada.

—Esta barriga me está acabando. Parezco una bola de Navidad —refunfuña Luna.

La atraigo hacia mí y disfruto de cómo su barriga se frota contra la mía.

—No tienes ni idea de lo sexy que pueden ser las bolas de Navidad —murmuro mientras le acaricio tiernamente la barriga.

Es una locura lo atraído que me siento hacia ella y la niña. Disfruto de este embarazo cada día más y tengo que obligarme a dejar a Luna y a la pequeña solas para dedicarme a mi trabajo y a mi actividad de voluntariado.

Preferiría estar permanentemente con mis dos chicas, acurrucado con ellas en el sofá y dejándome mimar por Luna.

Aunque no hablemos de ello, para mí esta relación ficticia se ha convertido en una relación real hace tiempo.

Vivir con Luna y pasar cada día con ella me ha hecho darme cuenta de lo mucho que significa para mí. O mejor dicho: de lo mucho que siempre ha significado para mí.

Desde que Luna y yo nos separamos después de acabar el instituto, no ha habido ninguna relación seria en mi vida. Siempre pensé que mi trabajo era la razón, pero cuanto más profundizo en mí mismo, más claro veo que hay mucho más detrás.

Es muy posible que mi subconsciente haya anhelado a Luna durante todos estos años y que por eso nunca estuve preparado ni receptivo para una nueva relación.

Lo que está claro es que Luna y yo nos hemos sentido atraídos desde la infancia y que, en cuanto fuimos lo suficientemente mayores, cedimos a ese anhelo una y otra vez. Aunque no nos viéramos durante uno o dos años, los viejos sentimientos se reavivaban en cada encuentro.

¿Me habría admitido alguna vez que ella es la mujer con la que quiero pasar mi vida si el ultimátum de mi padre no nos hubiera obligado a estar juntos?

Probablemente no.

La cuestión es si Luna siente y piensa como yo. Aunque esta pregunta me quema en la punta de la lengua, no quiero cargarla con mi confesión antes del parto. Si no tiene sentimientos por mí que vayan más allá de lo amistoso-sexual, mi declaración la pondría en una situación muy incómoda que, en el peor de los casos, podría provocarle estrés mental y un parto prematuro.

Eso es lo último que quiero.

Tal y como están las cosas entre nosotros ahora, está bien. Después del parto veremos si podría ir incluso mejor.

—Aquí estáis los dos. ¿O debería decir los tres?

Mi padre viene a nuestro encuentro en el vestíbulo de la *Golden Lady* con los brazos abiertos y una sonrisa cordial.

No es la primera vez que invita a Luna y a mí, pero en los últimos meses ha estado bastante ocupado con su trabajo, por lo que hace tiempo que no nos vemos.

También hoy está trabajando en el corazón de nuestro imperio hotelero, el *Nixon Hotel*, que por su lujosa decoración dorada también se conoce como la *Golden Lady*.

—¿Cómo estás tú y la pequeña, Luna?

Toma con cuidado los brazos de Luna y la mira con adoración.

—Crece y prospera. Estoy a punto de explotar —dice Luna, pero la sonrisa en su rostro muestra lo orgullosa y feliz que está en realidad con su barriga—. ¿Me disculpáis un momento? Tengo que ir al baño otra vez.

Asiento y señalo hacia el restaurante.

—Te esperamos allí, ¿vale?

Luna nos hace un gesto de despedida y se dirige a los lavabos. Últimamente, la pequeña princesa le presiona la vejiga cada vez con más frecuencia, por lo que tiene que pasar más tiempo en el baño de lo que le gustaría.

Mi padre me rodea los hombros con el brazo y me conduce a una de las mesas.

—Tienes buen aspecto, hijo. El embarazo te sienta bien.

—¿*A mí*? —me río—. Luna es la que está embarazada, no yo.

Mi padre me guiña un ojo y se sienta en una de las sillas.

—Como padre, vives el embarazo de cerca. Solo que de una manera diferente. Parece que te está sentando muy bien.

Me siento frente a mi padre y frunzo el ceño.

—¿En qué sentido?

—Pareces feliz, Nash. Equilibrado. Relajado. Me da la impresión de que por fin has encontrado tu sitio.

No puedo contradecir a mi padre en eso. Realmente me siento bien. No es que no me sintiera bien antes del trato con Luna, pero desde que vivimos juntos, me siento de alguna manera... diferentemente bien.

Me he vuelto más tranquilo. Más equilibrado. Ya no me entierro permanentemente en el trabajo, porque cada día me hace ilusión volver a casa. Tengo una razón para volver a casa.

—Ahí está —sonríe mi padre.

Me doy la vuelta y veo a Luna acercarse a nosotros.

—¿Cuándo es la fecha? —pregunta mi padre.

—En unas seis o siete semanas —le informo mientras tomo la mano extendida de Luna.

Mi padre nos mira con complicidad y no parece tener ninguna duda sobre la autenticidad de nuestra relación. Eso me tranquiliza.

Aunque la relación, al menos para mí, ya no es falsa, no sé qué piensa Luna al respecto.

—Así que poco a poco se va poniendo serio —señala mi padre—. ¿Ya habéis hablado sobre cómo continuaréis después del nacimiento? ¿Seguirás en casa, Luna, o volverás a tu profesión después de la baja por maternidad?

—Definitivamente quiero volver al servicio y demostrar mis habilidades. El jefe dice que puedo volver cuando quiera y eso es lo que tengo planeado hacer.

Me esfuerzo por controlar mi expresión, porque eso es nuevo para mí.

No me gusta que Luna vuelva al servicio policial y se exponga a peligros impredecibles. Aunque todavía no hemos hablado sobre el *después*, di por sentado que se quedaría en casa con nuestra niña después del parto. Al menos al principio.

Que esté considerando seriamente ponerse en peligro de muerte otra vez me deja sin palabras.

Por un lado, porque no quiero iniciar una discusión delante de mi padre, y por otro, porque realmente me faltan las palabras.

Pensaba que éramos un equipo. Un equipo que trabajaba unido y que hablaba de las decisiones fundamentales de la vida juntos.

Parece que me equivoqué por completo.

36

LUNA



Desde que nos reunimos con el padre de Nash para charlar, Nash está inusualmente callado. Apenas dice palabra y cuando lo hace, sus respuestas son extrañamente monosilábicas.

Parece pensativo y ensimismado.

No lo conozco así.

—¿Está todo bien? —le pregunto finalmente, porque ya no aguanto más y temo en secreto que haya descubierto de alguna manera que durante meses le he ocultado su paternidad.

—Dímelo tú, Luna —suspira y se frota la cara—. ¿Cuándo pensabas decirme que volverías a tu trabajo después del parto?

Me quedo perpleja. ¿Eso es lo que le preocupa? ¿Mi *trabajo*? ¿De eso se trata?

—Nash, pensé que te quedaba claro que volvería a trabajar después del parto. Necesito ganar dinero para mantenernos —señalo mi vientre— a nosotras.

—Yo gano suficiente para mantenernos a todos sin problemas.

¿Perdona? Nash no creerá en serio que voy a dejar que me mantenga, ¿verdad?

—Puedo valerme por mí misma, Nash. Mi embarazo no cambia eso, ¿vale?

Nash se acerca a mí y me mira preocupado.

—Nadie dice que no puedas, Luna. Pero aquí no se trata de *poder*, sino de *deber*. Te estoy ofreciendo quedarte con tu hija. Pasar tiempo con ella. Verla crecer. Siempre podrás volver al trabajo más tarde. Cuando sea mayor.

Niego con vehemencia.

—Lo aprecio mucho, pero amo mi trabajo. Es una parte importante de mí y forma parte de mi vida, igual que mi hija. Precisamente tú deberías entenderlo. *Quiero* trabajar, Nash, ¿entiendes? Lo quiero.

Las fosas nasales de Nash se dilatan. Puedo ver que está enfadado. Aun así, me enfrento a él con la cabeza alta. No permitiré que nadie me diga lo que debo o no debo hacer. Soy consciente de que Nash solo quiere lo mejor para mí, y esa es una de las razones por las que estoy loca por él pero lo que hago y lo que no, lo decido yo.

—¿Tengo que recordarte que hace unos meses te dispararon, Luna? Esta vez tuviste suerte. La bala no alcanzó arterias vitales. Pero, ¿qué pasa si la próxima vez no tienes tanta suerte, eh?

Me estremezco porque el recuerdo de aquella operación fallida es como una herida profunda que apenas cicatriza.

—Ya no se trata solo de lo que *quieres*, Luna. Se trata sobre todo de lo que *deberías* querer. Por el bien de tu hija. Tienes que entenderlo.

Nash tiene razón, por supuesto. Como siempre. Admiro su claridad. Su inteligencia. Su empatía.

Sin embargo, creo que en este caso está exagerando y generalizando.

No es propio de él. Normalmente es la calma personificada. Lo contempla todo con la cabeza fría y sensata.

—No he dicho que vaya a volver inmediatamente al servicio exterior, Nash. No se ha hablado de eso. El servicio policial es muy variado. Así que si crees que volveré a la brigada antidroga justo después del parto, puedo tranquilizarte. No lo haré. El jefe y yo

tenemos una cita la semana que viene para discutir opciones adecuadas para mí.

Si pensaba que mis palabras calmarían a Nash, estaba equivocada porque me mira como si acabara de darle una bofetada.

—¿Ya has concertado una cita con tu jefe? ¿Para *la semana que viene*? Alguien tiene una maldita prisa.

Poco a poco estoy perdiendo la paciencia en esta conversación, lo que es curioso. No soy precisamente conocida por ser paciente.

Por lo tanto, la paciencia es aparentemente el único atributo en la vida que se puede perder sin poseerlo.

Qué extraño.

—No tiene nada que ver con prisas, Nash. Encontrar un puesto adecuado no es algo que se haga así sin más. Hay que mantener conversaciones detalladas. Redactar evaluaciones. Ordenar exámenes. Así que si quiero volver poco después del parto, tengo que poner en marcha este proceso ahora mismo.

—Podríamos haber hablado de ello antes de que actuaras —murmura Nash decepcionado.

—¿Para qué? Solo somos una pareja de mentira, ¿lo has olvidado? Por lo tanto, no tienes ni motivo ni derecho a actuar como mi pareja más allá de nuestro acuerdo.

Mis palabras suenan duras y frías. Son profundamente injustas e hirientes. Soy consciente de ello. En circunstancias normales, probablemente nunca me habría dejado llevar por semejante reacción obstinada pero las hormonas y el avance del embarazo me inducen a reacciones precipitadas y exageradas como esta. No solo eso: también hacen que no pueda dar mi brazo a torcer y disculparme, aunque casi siempre reconozco mi error de inmediato.

Todo completamente normal, según Austin, a quien me he confiado porque temía sufrir un trastorno bipolar o de personalidad múltiple. Como secuela tardía del trauma del disparo, por así decirlo.

Aun así, no me soporto en estas situaciones, lo que solo empeora mi humor. Como ahora.

—¿Así que para ti lo nuestro sigue siendo pura apariencia?

La voz de Nash es apenas un susurro. Da un paso atrás, alejándose de mí, y se apoya exhausto en la isla de la cocina.

—¿Para ti no? —contraataco.

Desde que Nash rompió conmigo tras su graduación del instituto, nunca hemos mantenido una conversación que sugiera que siente algo por mí. Algo que vaya más allá de la amistad. ¿Cómo voy a saber entonces lo que piensa de nosotros?

En aquel entonces, cuando terminó el instituto y estaba a punto de empezar sus estudios de medicina, no quise interponerme en sus sueños. Quería que fuera feliz. Por lo que parecía, su felicidad estaba en la medicina.

Si algo ha cambiado desde entonces, no lo sé.

Sí, por supuesto, Nash y yo nos entendemos a la perfección. Siempre ha sido así. Y sí, nos acostamos juntos pero también llevamos haciéndolo muchos años.

El hecho de que llevemos unos meses viviendo juntos y de que ahora hablemos y durmamos juntos con más frecuencia que en años anteriores, no implica automáticamente que nuestra relación y nuestros sentimientos mutuos hayan cambiado fundamentalmente.

¿O sí?

En cualquier caso, no voy a dejarme llevar por la necia e ingenua suposición de que Nash se ha enamorado de mí.

Seamos sinceros: si no lo hizo antes, cuando aún estaba delgada, libre y disponible para él sin ataduras, ¿por qué iba a hacerlo precisamente ahora?

Estoy como una bola, sufro ataques de hambre voraz y retención de líquidos, y estoy a punto de traer al mundo a un hijo que Nash cree que no es suyo.

¿Por qué iba a enamorarse de mí?

Completamente absurdo. Una tontería total.

Precisamente por eso, no admitiré bajo ninguna circunstancia que mis sentimientos por él, que albergo desde la infancia, nunca se han desvanecido del todo a lo largo de los años. Desde luego no le confesaré que no solo no se han desvanecido, sino que son más fuertes que nunca.

Ya es bastante con que tenga que confesar a Nash, en un futuro próximo, que él es el padre de nuestra hija. Lanzarle una segunda granada en forma de mis sentimientos excede con creces el límite.

No puedo hacerle eso. Si lo hago, podría sentirse obligado a quedarse conmigo por nuestra hija. Eso no sería justo para él.

El ruido de la puerta principal al cerrarse me sobresalta y me saca de mis pensamientos.

Corro hacia la ventana y poco después veo cómo el coche de Nash sale del garaje subterráneo a la calle y se aleja.

Mierda.

37

LUNA



Ya ha oscurecido hace tiempo y Nash todavía no ha regresado. Su móvil está sobre la mesa de la cocina, por lo que no puedo llamarle para disculparme por haberme excedido.

Que Nash desaparezca así, sin decir una palabra, no es propio de él. Que no se ponga en contacto, mucho menos.

Me preocupa sinceramente que le haya podido pasar algo.

Al principio me enfadé por su marcha y me convencí a mí misma de que debería estar contenta de que se hubiera ido y que esta absurda discusión sobre mi vida hubiera terminado.

Ese enfado hacia él pronto se transformó en rabia hacia mí misma y mi comportamiento. Finalmente en preocupación.

He estado dando vueltas por el piso, intentando mantener la calma. También he llamado a la clínica para preguntar por él. Varias veces.

Pero allí no está. Y tampoco en la fundación, donde ayuda regularmente como voluntario.

Incluso he llamado a Austin, pero no he podido localizarle porque está en una operación.

Aunque conozco a los hermanos de Nash desde hace tiempo y me he encontrado con algunos de ellos en los últimos meses, no creo que Nash haya ido a visitar a ninguno de ellos. Es cierto que los hermanos se llevan bien, pero Nash no está tan unido a ninguno de ellos como lo está con Austin.

Y que esté con su padre lo considero imposible, teniendo en cuenta el ultimátum.

Nuestra pequeña nota mi nerviosismo y golpea con sus diminutos pies inquietamente contra mi vientre.

—Tu mamá solo echa de menos a papá pero ya volverá, no te preocupes. Seguro que no nos dejará solas —susurro mientras me acaricio el vientre consoladoramente, tratando de calmarme más a mí misma que al bebé con mis palabras tranquilizadoras.

Pasa otra hora sin que Nash regrese.

En mi desesperación, me preparo un baño caliente con aroma de lavanda y elijo una lista de reproducción relajante en mi móvil. Ayuda un poco, pero cuando salgo de la bañera media hora después, mi corazón vuelve a latir tan rápido e irregularmente como antes.

Voy a mi habitación, que en realidad solo uso como vestidor porque casi siempre duermo con Nash, y me visto.

Cuando intento ponerme las mallas, siento una punzada aguda en la zona abdominal.

—¡Ay! —jadeo, pensando al principio que nuestra pequeña me ha dado una patada especialmente fuerte.

Pero cuando me incorporo y un nuevo dolor me atraviesa, sé que no son sus pies y manos los que me están molestando.

—Vale, Luna. Mantén la calma. Seguro que solo es un calambre —me susurro a mí misma mientras sigo vistiéndome.

Después me tumbo en la cama y doblo las piernas. Esto alivia el dolor, pero no desaparece del todo.

Permanezco en esta posición e intento respirar tranquila y uniformemente.

Las últimas horas han sido agitadas para mí y para el bebé. La discusión con Nash, la preocupación por él y la rabia hacia mí misma me han alterado. Mental y también físicamente.

Para saber que esto no es bueno, no necesito preguntar a un médico ni leer una guía de embarazo.

El estrés mental y físico es insano para cualquier persona, y especialmente para las embarazadas.

Así que me esfuerzo por calmarme. Respiro conscientemente, retengo el aire durante unos segundos y luego exhalo.

La mejoría es mínima, pero al menos ayuda algo. Eso es mejor que nada.

Justo cuando vuelvo a inhalar, el sonido del teléfono me hace sobresaltar.

Lo cojo y contesto, con la esperanza de que sea Nash, aunque se ha dejado el móvil en casa. Pero quién sabe, quizás alguien le ha prestado su teléfono para llamarme.

—¿Hola?

—Soy Austin. Me han dicho que has intentado contactar conmigo. ¿Está todo bien?

—Yo... —jadeo con dolor porque me asalta otra punzada—. No lo sé.

—¿Qué ocurre, Luna?

Austin intenta mantener un tono objetivo, pero puedo notar claramente la preocupación en su voz.

—Tengo una especie de pinchazo extraño en el vientre. Viene desde hace un buen rato una y otra vez y simplemente no se va.

Austin guarda silencio un momento y escucho un crujido en la línea.

¿Qué está haciendo?

—¿Puedes pasarme a Nash, por favor? —pregunta, lo que me hace cerrar los ojos con tristeza.

—No está aquí —murmuro—. Nos peleamos y se fue.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unas horas.

Austin murmura algo incomprensible y se oye otro crujido.

—¿Los dolores aparecieron antes o después de vuestra discusión?

—Después —siseo y me encojo por el dolor, que ahora también afecta a mi espalda—. Yo... —uf, cómo duele. Respiro

profundamente antes de continuar—. Me preocupé porque no podía contactar con él. Se dejó el móvil aquí y no da señales. Fui cruel con él, Austin, y lo siento tanto, y ahora tengo miedo de que algo le pase al bebé porque me he alterado tanto... —hablo sin punto y aparte.

—Tranquila, Luna —interrumpe Austin mi torrente de palabras—. Es importante que te mantengas calmada, ¿vale? Ahora voy a enviar una ambulancia a vuestro piso y la acompañaré. ¿Podrás abrirnos la puerta?

Miro de reojo hacia la puerta de entrada, que me parece terriblemente lejos, pero de alguna manera lo lograré. Más aún: debo lograrlo. Si Austin siente la necesidad de acompañar a los sanitarios a casa en lugar de esperarme en el hospital, significa que algo no va bien.

—Creo que sí —logro decir, porque las lágrimas de miedo que suben dentro de mí me oprimen la garganta.

—Bien. Estaremos allí enseguida. Hasta entonces, debes prometerme que no te vas a volver loca. Voy a ir y te examinaré. Si es necesario, te llevaré directamente al hospital. Todo es por pura precaución, ¿vale?

Quiero creerle a Austin. De verdad quiero hacerlo pero mi instinto me dice que Austin no me está contando toda la verdad.

38

NASH



Cuando llego a casa, el apartamento está extrañamente silencioso.

Es tarde y Luna probablemente ya estará durmiendo. Cuando cruzo el umbral, me invade la vaga sensación de que algo es diferente.

Dejo caer mi bolsa de deporte y enciendo la luz. Miro a mi alrededor en el apartamento, buscando.

El sofá parece sin usar.

También nuestro dormitorio.

Cuando abro la puerta de la habitación de Luna, que realmente solo usa como vestidor, encuentro su cama también vacía. Parece que ha sido utilizada. Como si alguien hubiera estado tumbado sobre la manta y la almohada.

Compruebo el baño, pero tampoco puedo encontrar a Luna allí.

Con cada habitación que registro buscándola, aumenta mi inquietud interna y cuando finalmente tengo que admitir que Luna ya no está, mi corazón late con fuerza.

¿Dónde demonios está?

¿Y cuánto tiempo lleva fuera?

Es tarde y está oscuro.

Alarmado, cojo mi móvil, que había dejado sobre la mesa de la cocina antes en el calor del momento.

Hay un mensaje de Austin y varias llamadas perdidas.

Sin pensarlo dos veces, pulso sobre el mensaje de Austin.

—He llevado a Luna al hospital. Ven cuando veas esto, cabrón. O quédate lejos del todo, dice.

Se me corta la respiración y mi corazón amenaza con salirse de mi cuerpo.

¿Luna está en el hospital?

¿Pero por qué?

¿Qué le pasa?

Cuando me fui antes, estaba bien.

Agarro mi móvil con más fuerza y bajo corriendo las escaleras hasta el aparcamiento subterráneo. Esperar al ascensor me llevaría demasiado tiempo.

De camino llamo al hospital, pero no consigo contactar con Austin.

Llamo a recepción y me siento aliviado cuando una voz que reconozco responde a la llamada.

—Max, hola, soy el doctor Nixon. Mi novia ha sido ingresada esta noche. ¿Podría darme toda la información que tenga? Estoy de camino. Su nombre es Luna Alvarez.

Max me conoce desde que empecé como médico residente en la clínica y, por suerte, no me hace preguntas incómodas, ni me explica que, técnicamente, no debería darme ninguna información.

En lugar de eso, busca a Luna en el ordenador y, después de lo que parece una eternidad, me informa que fue ingresada por recomendación de Austin y que está en la planta de maternidad.

Desafortunadamente, recepción no puede acceder a los diagnósticos, por lo que ahora sé exactamente dónde está Luna, pero no por qué está allí.

Agradezco a Max y le pido que me pase con la planta donde está Luna.

Pero nadie responde allí.

¡Maldita sea!

¿Dónde están todos?

Piso el acelerador a fondo y en este momento me importa un bledo si me quitan el carnet por exceder todos los límites de velocidad.

Tengo que llegar hasta Luna.

No debería haberla dejado sola. No debería haberme marchado enfadado.

Sus palabras y su fría reacción me hirieron tanto que necesitaba tomar aire fresco. Así que me fui al gimnasio. De todos modos, la bolsa de deporte ya estaba en el coche porque había planeado entrenar allí en la mañana antes de empezar mi turno.

Me esforcé a fondo. Saqué toda la frustración acumulada y golpeé y pateé el saco de boxeo hasta que dejé de sentir los músculos.

Después, sudé el resto de mi enfado en la sauna hasta que pude pensar con claridad de nuevo.

Ni siquiera consideré remotamente que a Luna pudiera haberle pasado algo mientras tanto.

¿Cómo iba a hacerlo?

Estaba bien. No solo hoy, sino en general.

Un embarazo sencillo, sin complicaciones y saludable.

Llego al aparcamiento de la clínica y aparco el coche en mi plaza reservada. Entonces corro hacia la clínica, directamente a la planta donde, según Max, está Luna.

En el pasillo me encuentro con una de las enfermeras. La detengo y le pido información.

—Fue ingresada con contracciones —me informa brevemente—, pero el doctor Green puede decirle más. Está en su despacho.

Me esfuerzo por no correr mientras me dirijo al despacho de Austin. El médico sensato y el padre emocional en mí, aunque técnicamente no soy esto último, luchan por el predominio.

Entro sin llamar y encuentro a Austin inclinado sobre imágenes de ultrasonido.

—¿Qué le pasa a Luna? —voy directo al grano y me ahorro el saludo.

Austin levanta la vista y resopla.

—Qué bonito que nos honre con su presencia, doctor Nixon. Ya era hora.

—Déjate de juegos y dime qué ocurre —exijo irritado.

—*¿Qué ocurre?* Ocurre que te largaste en medio de una pelea, estuviste horas sin poder ser localizado y Luna se preocupó tanto que le provocó contracciones. Siete semanas antes de tiempo, cabe señalar.

Mierda.

Aprieto con fuerza las mandíbulas y cierro los puños.

No pierdas la cabeza ahora, Nash, me advierto. *Así no ayudas a nadie.*

—¿Cómo está ella? ¿Y cómo está el bebé? ¿Puedo verla?

Austin cruza los brazos sobre el pecho y niega decididamente con la cabeza.

—No, *no* puedes verla. Estoy intentando controlar las contracciones y evitar el parto prematuro. Pero solo lo conseguiré, si es que lo consigo, mientras Luna permanezca tranquila y relajada. En cuanto te vea, todo el esfuerzo habrá sido en vano.

—No voy a alterarla, Austin. Solo quiero estar con ella y apoyarla.

—No —dice Austin con firmeza—. No es posible.

¿Cómo que no es posible? ¿Se ha vuelto loco?

Vale, de acuerdo, he cometido un error. Irme sin más y no llevarme el móvil fue un error. Pero, ¿quién demonios podía imaginar que nuestra pelea acabaría así? Si hubiera sospechado por un segundo que Luna iba a reaccionar tan intensamente a mi ausencia, nunca me habría ido.

Quiero disculparme con ella. Quiero arreglarlo. Quiero abrazarla y pasar por esto juntos. Austin parece pensar que no es una buena idea, por la razón que sea.

—Es mi novia, Austin. Y quiero verla. Además, yo también soy médico. Sé cómo debo comportarme. Así que dime de una vez en qué habitación está y déjame ir con ella.

Austin cruza la habitación, cierra la puerta y se apoya contra ella.

—¿Qué es esto? ¿Ahora vas a encerrarme aquí, o qué? —gruño enfadado.

—Quiero contarte algo. La razón por la que no puedo dejarte ver a Luna. Así que siéntate y cierra la boca.

Sus palabras avivan más mi miedo. ¿Qué demonios le pasa a Luna que no puedo verla?

Me dejo caer en una de las dos sillas para visitantes en el despacho de Austin y le indico que hable.

Austin deshace sus brazos cruzados, pero luego vuelve a cruzarlos sobre el pecho y exhala ruidosamente.

—Mierda, no sé cómo decirte esto con delicadeza sin que te vuelvas loco —murmura, lo que me hace levantarme de nuevo.

—Vale, es suficiente —siseo—. O me dices ahora mismo qué está pasando aquí, o voy a revisar cada maldita habitación de esta planta buscando a Luna.

Austin se acerca a mí y se detiene justo delante. Pone sus manos sobre mis hombros y me mira intensamente.

—Luna está muy afectada emocionalmente porque se siente culpable por vuestra pelea... —comienza Austin, pero le interrumpo.

—No tiene por qué. Es culpa mía.

Austin entrecierra los ojos irritado.

—Cállate, Nash. Aún no he terminado.

—Pues date prisa, Green.

Miro de reojo la puerta detrás de él y estoy a punto de perder la paciencia.

—Luna está muy afectada emocionalmente porque se siente culpable por vuestra pelea *y* porque todavía no se ha atrevido a decirte que su bebé es tuyo. *Tú* eres el padre biológico.

Me quedo paralizado.

¿Qué acaba de decir Austin?

¿La niña es... *mía*?

¡Tonterías!

—¿Qué quieres decir con que la niña es mía? ¡Absurdo! Si fuera así, Luna me lo habría dicho hace meses.

Austin suspira con pesar.

—No encontró el valor para decírtelo.

—¿Perdona? —jadeo incrédulo—. ¿Qué estupideces estás diciendo? ¿Por qué no habría encontrado el valor para decírmelo?

¿Acaso doy miedo, o qué?

Austin aprieta mis hombros y contorsiona su rostro en una mueca atormentada.

—Quizá a ti no. Pero a tu reacción sí. Le has dejado claro a Luna tantas veces y de forma tan contundente que no eres apto para una relación y mucho menos como padre, que no se atrevió a decirte la verdad.

—Pero eso es... eso es... —balbuceo desconcertado.

—Es la verdad. Es lo que es, Nash. Lo siento. ¿O debería decir mejor: felicidades?

39

NASH



Me desplomo sin fuerzas en la silla y miro al vacío.

¿La hija de Luna es mía?

¿Mía?

¿Y me ha dejado creer durante todos estos meses que era de otra persona?

Inconcebible.

La Luna que conozco de toda la vida no haría algo así. Es completamente honesta y sincera. Nunca me ocultaría algo tan fundamental.

—Debes haber entendido algo mal —murmuro, porque simplemente no puedo creerlo. No *quiero* creerlo.

—No, no lo he entendido mal. Pero comprendo que este momento es malditamente duro para ti, Nash.

¿Malditamente duro? ¿Malditamente duro? ¡Y una mierda!

Es absolutamente monstruoso. Eso es lo que es.

—¿Y tú lo sabes desde cuándo?

Miro a Austin aunque en realidad no quiero saber la respuesta.

—Lo he sospechado desde el principio. Pero lo sé con seguridad desde hace unas semanas.

—¿Desde hace unas *semanas? ¿Semanas?* —susurro perplejo—. ¿Y en estas semanas no se te ha ocurrido ni una sola vez aclararme la situación?

Austin arquea una ceja con desaprobación.

—Soy el médico de Luna, Nash. El secreto profesional te suena, ¿verdad? Nuestra amistad no cambia eso.

¿Amistad? Y una mierda.

—Escucha, Nash. Espero que ahora entiendas por qué no puedo dejarte ver a Luna en este momento. Estás alterado y es comprensible. Yo también lo estaría. Y mucho. Pero lo que Luna necesita ahora es tranquilidad y seguridad. Tú no puedes dárselas ahora mismo, aunque quisieras. Así que déjame encargarme por ti, ¿vale?

Trago saliva y solo entiendo la mitad de lo que Austin intenta decirme.

Voy a ser padre. Luna lleva a mi hija dentro. No la hija de otro, sino mi hija. *Mía.*

¿Cuándo tenía pensado decírmelo? ¿Acaso pensaba decírmelo? ¿O me habría ocultado a mi hija también después del nacimiento? ¿Me habría dejado creer que la niña era de otro hombre?

No encuentro palabras para la decepción que siento en mi corazón. Pensaba que conocía a Luna. Pensaba que podía confiar en ella. Pensaba que había encontrado en ella a un alma gemela.

En cambio, me ha mentido a la cara. Durante meses.

Oportunidades para decirme la verdad, ciertamente tuvo suficientes.

Pero no. Prefirió callar. Y mentir.

¿Cómo demonios voy a poder pasar por alto algo así?

¿Cómo, en nombre de Dios, podría perdonarle esto alguna vez?

—¿De verdad creía que no asumiría la responsabilidad? —pregunto casi sin voz.

—No dudó de tu sentido de la responsabilidad ni un segundo. Al contrario. No quería que renunciaras a tus sueños para asumir una responsabilidad, Nash. No quería interponerse en tu camino con una niña, porque tú siempre has enfatizado que tu trabajo lo significa todo para ti.

Y así era. *Antes* de enamorarme sin remedio y admitir mis sentimientos por Luna. Y *antes* de que ese pequeño ser, que crece dentro de Luna, se robara mi corazón.

Ya sea mi hija o no, amo a la niña que Luna lleva dentro. Luna debería haberlo visto. Incluso si al principio tenía dudas sobre mi actitud hacia tener hijos propios, debería haberlas reconsiderado en los últimos meses en los que hemos vivido juntos.

¿Por qué se mantuvo firme en su decisión de ocultarme la paternidad? ¿Acaso no le he transmitido la sensación de que podía confiar en mí de manera integral y en todos los aspectos?

—Soy un adulto. No necesito a nadie que decida por encima de mí qué es supuestamente lo mejor para mí —gruño, con decepción y rabia en mi voz.

—Lo sé —suspira Austin—. Pero también sé que cuando tomó esa decisión, solo pensaba en tu bienestar. Piensa en lo difícil que debe haber sido para ella cargar con ese conocimiento durante todos estos meses.

No habría tenido que hacerlo si me hubiera contado la verdad desde el principio. Saber que no confió lo suficiente en mí para hacerlo me hiere y me duele.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? ¿Por qué ahora, Austin?

—Porque Luna está débil. Y porque no podía descartar que antes del parto te confesara tu paternidad y con ello pusiera en riesgo su salud y la del bebé por segunda vez.

—¿Y qué pasa con el secreto profesional en el que tanto has insistido hace un momento? ¿De repente ya no es relevante? —resoplo con sarcasmo.

—Tengo el permiso de Luna para decírtelo. Hemos hablado de ello.

Simplemente no puedo creer que Luna confíe en Austin y no en mí. En realidad, ahora mismo no puedo asimilar nada de lo que he descubierto en los últimos diez minutos.

Tambaleándome, me levanto.

—¿Adónde vas, Nash?

—Fuera —digo escuetamente—. Necesito pensar.

—De acuerdo, hazlo. Pero no seas demasiado duro con Luna. Ni contigo mismo. Aunque muchas cosas han salido mal, no hay nada que no se pueda arreglar, ¿me oyes?

En cuanto al primer punto, estoy completamente de acuerdo con él. Efectivamente, muchas cosas han salido mal.

Pero en cuanto al segundo punto... no sé si una traición de confianza de este calibre puede arreglarse.

Realmente no lo sé.

En este momento todo me sobrepasa.

Y precisamente por eso tengo que irme de aquí ahora. Para pensar tranquilamente y tomar una decisión.

40

LUNA



Austin palpa con cuidado mi vientre, finalizando así el minucioso examen al que me ha sometido.

—Parece que has salido del susto con solo un buen sobresalto, Luna. No puedes alterarte más. A partir de ahora, reposo absoluto y relajación, ¿entendido?

Asiento y respiro aliviada.

—Eso también aplica cuando te diga que le he contado la verdad a Nash.

El aparato al que estoy conectada emite un pitido y Austin me lanza una mirada de advertencia.

—Inspira y expira, Luna. Inspira y expira —dice con voz suave—. Inspira y expira. Así, muy bien.

—Entonces se lo has dicho, ¿verdad? —susurro sin apenas voz y me obligo a no entrar en pánico con ese pensamiento—. ¿Cómo ha reaccionado?

—Como reaccionaría cualquier persona, Luna. Estaba atónito. Decepcionado. Herido. Enfadado. Es una reacción completamente natural. No te preocupes. Nash se recuperará.

El aparato vuelve a pitar en señal de advertencia, lo que impulsa a Austin a administrarme un ligero sedante.

Mis ojos se vuelven pesados y me cuesta mantenerme despierta.

—Duerme un poco, Luna. Concédete a ti y a la pequeña un descanso. Todo saldrá bien. Confía en mí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —murmuro cansada.

—Conozco a Nash. Y he visto cómo se ha comportado en los últimos meses. Él ya consideraba a la niña como suya, Luna. Siempre ha hablado de *vuestra* hija. De *su* hija. Que sea o no el padre biológico, al final no importa. Ha querido a esta niña como si fuera suya. Y ahora que sabe que realmente lo es, ese amor, si acaso, sólo crecerá más.

—Pero... —trago saliva y lucho contra el cansancio—. ¿Pero qué pasa conmigo?

—Nash está completamente enamorado de ti. Y creo que vuestro amor superará esta crisis. Quizá necesite tiempo, quizá no. Ya se verá. Lo más importante ahora es vuestra hija. Y para que nazca sana y feliz, necesitas descansar y dormir, ¿vale?

Asiento en señal de conformidad.

—Vale.

—Todo saldrá bien —oigo decir suavemente a Austin, y sus palabras alentadoras, que suenan tan seguras y convincentes, me permiten dormirme tranquila.



Cuando despierto de nuevo, Kim está sentada junto a mi cama y me lanza una mirada de reproche.

—¿Qué hay, reina del caos? Si me hubieras hecho caso, ahora no estarías aquí sino en vuestro nido de amor, y en lugar de esa bata tan fea no llevarías encima más que sudor y olor a sexo.

—Hola —sonrío y en secreto estoy inmensamente feliz de que Kim esté aquí—. También me alegro de verte.

—Estoy aquí principalmente por la niña. Ella no tiene la culpa de tener una madre tan complicada.

—Claro —toso e intento incorporarme en la cama.

—Tu sexy ginecólogo ya me lo ha contado todo. Menudo lío, pero cuando te metes en la mierda, lo haces a lo grande. Oye, ¿este doctor Green está soltero ahora mismo? ¿Lo sabes por casualidad?

El brusco cambio de tema de Kim me hace sonreír y me distrae de mis preocupaciones, que en realidad no debería tener.

—Creo que sí. Es un defensor de la poligamia.

—¡Como yo! —exclama Kim entusiasmada—. Ya tenemos la primera cosa en común. Lo siento claramente: seríamos la pareja perfecta.

—Eh... ¿conoces la definición de poligamia, verdad?

—¿Por quién me tomas? Pero oye, todo tranquilo. Acostarse siempre con el mismo tío acaba siendo aburrido.

Bueno, en eso tengo que contradecirla rotundamente. Porque el sexo que he disfrutado con Nash durante los últimos años y meses ha sido todo menos aburrido.

Nash.

Suspiro resignada y de golpe mis preocupaciones vuelven a llamar alegremente a la puerta de mi cabeza y mi corazón.

—Se le pasará, seguro —susurra Kim y aprieta mi mano para animarme—. Dale algo de tiempo. Ponte en su lugar e imagina que hubiera sido al revés. Que *él* te hubiera ocultado a ti *tu* hija. Claro que tendría que ser biológicamente posible que los hombres gesten bebés, lo que, estrictamente hablando, es posible, pero describir eso ahora mismo excedería los límites. —Kim nota cómo se me caen los hombros y me sacude—. ¿Sabes qué? Pensándolo bien, es una idea estúpida. Mejor no te imagines cómo sería si él te hubiera hecho lo mismo.

Arqueo una comisura de los labios.

—¿Tienes miedo de que el doctor Green te dé unos azotes si descubre que has hecho que me altere?

Kim se inclina hacia mí con curiosidad. —¿Crees que lo haría? ¿Darme azotes, quiero decir? ¿Le van esas cosas?

—Kiiiiim —gimo y me dejo caer de nuevo sobre las almohadas.

—¿Qué? Que tú hayas echado a perder tus oportunidades de buen sexo no significa que tenga que afectarme a mí.

Giro la cabeza y observo a Kim pensativa.

¿Cómo lo hace? Es tan guapa, tan inteligente y siempre tan segura de sí misma. Parece que todo le sale bien.

—No me mires como si tuviera las respuestas a todas las preguntas del mundo, Lu. Porque no las tengo. Y lo que tampoco tengo es una niña dulce y pequeña a la que pueda mimar a más no poder. Ni un hombre sexy a mi lado que me ame sincera e incondicionalmente.

—¿Crees que me perdonará? —carraspeo y parpadeo para alejar las lágrimas que se asoman sin invitación a mis ojos.

—Claro que lo hará, cariño. Y eso se puede demostrar fácticamente. Si no te perdonara, sería bastante tonto. Y si ese fuera el caso, tú no le habrías entregado tu corazoncito.

—Suena lógico —sorbo.

—No solo suena lógico, *es* lógico, pero los cerebros masculinos tardan más en llegar a conclusiones lógicas. Por eso deberías darle a Nash un poco de tiempo.

—¿Eso también está demostrado? Lo de los cerebros masculinos y la lógica, quiero decir.

—Sí, lo está.

—Qué curioso —murmuro—. Siempre pensé que era justo al revés.

—No según los conocimientos que he obtenido científicamente. Y créeme, llevo mucho tiempo investigando intensamente a la especie masculina.

41

LUNA



Después de que Kim se despide, un enfermero me recoge para otra revisión que Austin ha ordenado y que yo permito con paciencia y agradecimiento.

—Todo está en orden —me informa Austin satisfecho, cuando por la tarde repasa conmigo los resultados—. Puedo darte el alta con la conciencia tranquila.

Por un lado, me siento profundamente aliviada al escuchar esto, pero por otro lado, me plantea un nuevo problema.

¿Adónde iré?

Dejé mi piso para mudarme con Nash. Dadas las circunstancias, difícilmente puedo volver allí.

Podría ir con mis padres, pero me acribillarían con innumerables preguntas incómodas. Y no quiero ser una carga para Kim, aunque ella me acogería en su casa en cualquier momento.

—Luna... como sabes, he puesto a Nash al tanto sobre vuestro bebé. Y también le he prohibido verte en su estado alterado, porque quería y necesitaba protegerte. Desde anoche me está dando la lata porque quiere veros a toda costa. ¿Qué dices? ¿Puedo dejarle entrar?

—¿Nash quiere verme? —susurro sorprendida.

Austin asiente confirmándolo.

—¿Has hablado con él? ¿Qué impresión te ha dado?

—Como si no hubiera pegado ojo en toda la noche, lo cual es preocupante porque su trabajo consiste en salvar vidas y preferiblemente no quedarse dormido mientras lo hace.

Retuerzo mis manos en el regazo y mordisqueo pensativa mi labio inferior.

Antes de que pueda responderle a Austin, alguien llama a la puerta y Nash entra sin esperar invitación. Como siempre, su bata blanca está impecable, pero parece agotado y cansado. Austin no ha exagerado.

Al instante me invade el sentimiento de culpa y siento un impulso inhumano de abrazar a Nash y pedirle perdón.

—¿Puedo entrar? —pregunta Nash, lo que provoca un resoplido divertido de Austin.

—Ya has entrado, superpapá. Os dejo solos.

Le da una palmada en el hombro a Nash y desaparece por el pasillo con un guiño alentador.

—Hola —susurra Nash y se acerca a mí—. ¿Cómo estás?

—Bien —susurro en respuesta—. Gracias. ¿Y tú cómo estás?

Nash esboza una sonrisa forzada.

—También bien.

—¿En serio? —insisto, porque no da la impresión de que esté bien. Y eso es únicamente culpa mía.

—Bueno, me has dado un buen susto.

Bajo la mirada avergonzada.

—¿Con la noticia de que vas a ser padre? Lo siento, Nash. No era mi intención.

Nash se sienta en el borde de la cama y niega con la cabeza.

—Lo de ser padre, ya me había hecho a la idea desde hace tiempo, Luna.

—Pero pensabas que el bebé era de otra persona —le contradigo.

—Pensaba que alguien más había fecundado tu óvulo, sí. Pero eso no hace a un padre. Para eso hace falta mucho más. Yo ya había decidido hace tiempo asumir ese papel. Esperma aparte.

Miro a Nash con dudas.

—Siempre me has dejado muy claro que no querías ni una relación ni hijos.

—Al igual que tú a mí. *Antes* de quedarte embarazada tampoco te imaginabas estableciéndote y siendo madre. ¿Recuerdas lo mucho que te enfadabas con tus padres porque te presionaban tanto? —Hago un sonido afirmativo.

—¿Lo ves? ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—La bebé —murmuro—. Al principio me quedé en shock, pero el shock inicial rápidamente se transformó en amor sin límites. No podía hacer otra cosa que no fuera amarlo.

—Y eso cambió tu forma de pensar, ¿verdad? Te hizo reflexionar. Te mostró que el trabajo por sí solo no te hace feliz. Que hay otro tipo de felicidad, mucho más intensa, que antes desconocías.

Asiento.

—Así me ha ocurrido a mí también, cuando os mudasteis conmigo y de un día para otro me convertí en un papá de mentira. Al principio, sentía un enorme respeto por ello, pero luego me adapté a mi papel sorprendentemente rápido. Tienes que haberte dado cuenta de que no estoy simplemente interpretando el papel de futuro papá, sino que lo vivo en cuerpo y alma.

Por supuesto que me he dado cuenta. Y me ha hecho condenadamente feliz. Alimentó mi esperanza de que quizás al final todo saldría bien. Pero no fui tan ingenua como para creerlo realmente, solo para luego sentirme decepcionada.

—Lo que me impactó no fue tanto la noticia de ser el padre biológico de nuestro hijo, sino más bien que me lo ocultaras durante tanto tiempo, Luna. De todas las personas, eras la última de quien habría esperado que me mintieras.

—Lo sé —digo con remordimiento—. Lo siento. No quería herirte.

—Pensaste que no quería hijos y no querías cargarme con el bebé. Preferías criarlo sola antes que imponérmelo.

—Eso es cierto, sí —admito avergonzada.

—No sé si besarte o gritarte por eso, Luna. Porque por un lado es extremadamente altruista, pero por otro también completamente

egoísta. —Nash suspira resignado—. Solo tú consigues combinar estas dos características opuestas en una sola.

—No quería causarte problemas.

—¿Ocultándome a mi hijo? ¡Luna! —me regaña Nash, y puedo entender perfectamente su enfado.

—Lo siento. Lo siento sinceramente, Nash. Comprendo si no quieres volver a verme y te prometo que, aun así, podrás participar sin restricciones en la vida de nuestra hija.

—Evidentemente no entiendes nada si crees que no quiero volver a verte —resopla Nash y toma mi mano.

—¿Qué quieres decir?

—No es como si toda la responsabilidad de este caos recayera solo en ti. Yo también he contribuido con mi parte. Automáticamente asumí que la niña no era mía. Prácticamente no te di ninguna oportunidad de convencerme de lo contrario. Además, entiendo que querías proteger a nuestra hija. Que temías que yo fuera un padre terrible y decidiste que lo mejor para nuestra hija y para mí sería no decírmelo. Aunque en ese caso, tú habrías sido la perjudicada, porque habrías estado sola tanto financiera como emocionalmente. Y por eso te admiro.

Siento un enorme alivio al saber que Nash puede entender mis motivos. Una vez más me demuestra por qué en su día me enamoré completamente de él y por qué desde entonces no he conseguido desenamorarme.

—¿Eso significa que me perdonas?

—Si me prometes decirme siempre la verdad a partir de ahora, sí.

Presiono los labios con pesar.

—Me temo que estaría mintiendo si te lo prometiera.

Nash frunce el ceño sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque las mamás y sus hijos a veces tienen que engañar un poquito a sus padres. Es una ley no escrita.

Nash sonríe. Una sonrisa relajada y natural. Y la primera sonrisa auténtica desde que entró en mi habitación.

—Muy bien. Se permiten pequeñas mentiras piadosas. Pero la próxima vez que estés embarazada de mí, no me cuentes que te ha visitado el Espíritu Santo, ¿vale?

—Eso debería ser factible —le aseguro sonriendo.

—Bien. Y hay otra cosa más.

—¿Sí?

—Cuando te pregunté si lo nuestro seguía siendo solo una farsa para ti...

—No lo es. Y para ser completamente sincera, nunca lo fue para mí.

Nash se frota la cara y exhala con un silbido.

—Así que tu padre tenía razón después de todo.

—¿En qué?

—En que te rompí el corazón después del instituto, cuando rompimos. Tú no querías eso. O sea, romper...

Aparto la mirada de Nash y miro mis dedos con culpabilidad. Con mi padre, ese viejo cotilla, tendría que ajustar cuentas en breve. No me puedo creer que haya soltado eso.

—No quería interponerme en tus sueños. Ni entonces ni ahora.

—No puedes interponerte en mis sueños si tú eres el contenido de esos sueños, Luna.

Nash toma delicadamente mi barbilla y me obliga a mirarlo.

—Te quiero, Luna. Te quería entonces y te quiero ahora. Probablemente te he querido siempre, pero estaba demasiado ciego para darme cuenta. Por suerte, el destino nos ha dado un empujón regalándonos a nuestra pequeña y con el ultimátum que me dio mi padre. De lo contrario, podríamos haber cometido el mismo error de entonces una segunda vez. Esta vez con consecuencias mucho más graves.

Nash se levanta y sale de la habitación sin decir palabra.

Lo miro confundida, pero antes de que pueda ir tras él, ya está de vuelta. Lleva en la mano una pequeña bolsa de viaje. *Mi* bolsa.

—No sé tú, pero yo estoy agotado y no puedo imaginarme nada mejor que acurrucarme contigo y con nuestra hija. ¿Por qué no te vistes y recuperamos lo que nos perdimos anoche? Vamos a casa, Luna.

Me tiende la mano en señal de invitación y yo la tomo sonriendo.
—Encantada.

42

NASH



Estoy tumbado detrás de Luna en el sofá y me acurruco contra su cuerpo cálido y suave, que eché tanto de menos la noche anterior.

Con delicadeza, acaricio su vientre con mi mano y saber que ahí dentro está creciendo mi hija me hace sentir orgulloso y feliz. Ya lo estaba antes pero la certeza de que esa bebé es mía y que no hay otro hombre en la vida de Luna que pudiera reclamar algún derecho sobre esta bebé me tranquiliza enormemente y da alas a mi amor por nuestra pequeña.

Cuando anoche estaba sentado solo en la mesa de la cocina, con una botella llena de whisky en la mano, listo para emborracharme, fue el pensamiento de nuestra bebé lo que me detuvo.

Por supuesto, era consciente de que al día siguiente tenía turno y que era imposible presentarme en la clínica completamente borracho o con una resaca terrible. Para esos casos existen las bajas por enfermedad, aunque hasta ahora nunca he hecho uso de ellas. Al menos no porque estuviera incapacitado por los efectos del alcohol.

Estuve a punto de romper por primera vez la regla férrea de mi vida: no ahogar las penas en alcohol. Pero mi niña pequeña me lo

impidió.

Me pregunté por qué estaba realmente afligido y destrozado.

¿Porque iba a ser padre? Difícilmente. Esa no es una novedad para mí. Lo decidí hace meses.

¿Por qué emborracharme entonces?

¿Porque la niña no es de otro, sino mía?

¿No es eso motivo de alegría? ¿Un motivo para saltar de júbilo?

¿Qué cambia con la revelación de Austin?

Estrictamente hablando, nada.

Si no es la noticia de que seré padre no solo fingidamente, sino en vivo y en directo, lo que me está destrozando, ¿qué es entonces?

¿Que Luna me ha ocultado esta información?

Sí, lo admito, eso es bastante miserable.

Nunca habría esperado semejante traición a su confianza pero conozco a Luna desde hace tanto tiempo y pondría mi mano en el fuego por ella. A pesar de todo.

Luna es fundamentalmente honesta y sincera.

Si decidió que era mejor no contarme toda la verdad, tendrá sus razones.

Por mucho que me duela y me decepcione, debo buscar las razones, el origen de su comportamiento, también en mí mismo.

Señalarla con el dedo y echarle toda la culpa de este dilema sería fácil y cómodo. Pero, ¿es justo y correcto?

No puedo afirmar que amo a Luna si no me tomo la molestia de ponerme en su lugar y entenderla.

Además, ¿cómo va a saber ella lo que siento?

Nunca se lo he dicho.

Se lo he demostrado, sí, pero a través de nuestra relación fingida, en la que debíamos parecer una pareja enamorada de cara al exterior, los límites entre apariencia y realidad se fueron desplazando constantemente.

¿Quién puede distinguir a largo plazo qué es apariencia y qué es realidad?

¿Quién puede reconocer qué es verdad y qué es mentira?

Con tanta actuación, llega un momento en que ni uno mismo sabe qué es real y qué es falso. Especialmente cuando hay una niña

en juego.

Anoche me encontré ante la disyuntiva: emborracharme sin sentido y abandonar a mi familia por segunda vez, o superarlo y mirar hacia adelante.

Opté por lo segundo.

Una decisión acertadísima, como ha resultado ser.

No hay nada más hermoso que acurrucarse envuelto en una manta suave con la mujer que amo y sentir cómo se mueve mi hija dentro de ella.

—Todavía no puedo creer que te hayas enamorado de una morsa con pies planos —murmura Luna y pone su mano sobre la mía—. Eso es cualquier cosa menos sexy.

Me río suavemente contra su nuca.

—No eres una morsa con pies planos, Lu. Eres una mujer atractiva con una piel sedosa y suave, curvas pecaminosas, pechos enormes, una vagina súper estrecha y desde hace meses llevas valientemente a nuestra hija bajo tu corazón. ¿Sabes lo sexy que te hace eso a mis ojos?

Luna se ríe y guía mi mano desde su vientre hasta sus pechos. Comienzo a acariciarlos perezosamente y me alegra que no lleve sujetador bajo su camisón.

—Sobre mi reincorporación al trabajo —comienza Luna, lo que me hace prestar atención—. He aplazado las conversaciones. Pueden esperar hasta después del parto. El nacimiento de nuestra niña es mi prioridad. No quiero que le pase nada porque me exija demasiado.

Exhalo aliviado.

—Suena sensato. Siento haber reaccionado de manera tan exaltada.

—No tienes que disculparte. Tenías razón, Nash. Debería haberte informado para que pudiéramos decidir juntos qué es lo mejor para los tres.

—Ambos teníamos razón y nos equivocábamos a la vez, Lu. Lo que dices es cierto. Pero también debería haber confiado en que tomarías la decisión correcta para todos nosotros. Eres adulta y amas a nuestra niña por encima de todo. Habrías hecho lo correcto. Con o sin mi intervención.

Se me escapa un profundo suspiro y hundo mi rostro en el cabello de Luna para envolverme en su aroma.

—Me preocupa que te pueda pasar algo, Luna. Claro que en cualquier situación de la vida puede ocurrir algo. Ni siquiera hay que salir de casa para eso. Pero en tu trabajo estás en peligro. Y eso me asusta.

Luna se gira en mis brazos para mirarme y acaricia mis mejillas con sus dedos con cariño.

—Encontraremos juntos una solución con la que todos podamos vivir bien. Tú has conseguido reducir tu ritmo y aun así cumplir con todas tus obligaciones y responsabilidades como médico, Nash. También lo conseguiremos para mí. Cómo, ya se verá. Dejemos que las cosas lleguen cuando tengan que llegar. No necesitamos tener todas las respuestas de inmediato. Los últimos meses son un ejemplo perfecto de que muchas cosas se resuelven solas con el tiempo, lo quieras o no.

Me inclino hacia delante e intento alcanzar los labios de Luna, lo que resulta no ser tan fácil con su ya considerable barriga. Así que me incorporo, subo a Luna sobre mi regazo y aparto sonriendo el pelo enmarañado de su rostro.

Lentamente, sus labios se posan sobre los míos y no puedo evitar suspirar satisfecho y disfrutar del beso junto con todas sus promesas silenciosas.

Mis manos vuelven a los pechos de Luna y los rodean.

Tan perfectos. Tan suaves. Y tan llenos.

Siento cómo Luna está manipulando mi pantalón de chándal y ya intuyo lo que tiene en mente.

Aunque debería cuidarse, ambos necesitamos esto ahora. La conexión. La seguridad. La intimidad.

—Lo haremos, pero despacio, ¿vale? —jadeo contra sus labios y ella asiente.

Le quito el camisón por la cabeza y la ayudo a descender sobre mi miembro, que ha sido despertado por nuestros tiernos besos.

Cuando el centro estrecho y húmedo de Luna envuelve mi erección como un guante de cuero, gimo sobrecogido.

Luna coloca sus manos sobre mis hombros para apoyarse y comienza a hacer girar su pelvis de manera provocativa sobre mí.

—¿Cómo se siente para ti? —susurro excitado y observo con placer su rostro contraído por el deseo.

—Tan bien —suspira ella.

—¿Y esto?

Me inclino hacia adelante y distribuyo besos calientes y juguetones en su cuello y sus labios. Mis manos encuentran el camino hacia sus pesados pechos, que se mecen seductoramente con los movimientos de Luna. Los sostengo y froto mis pulgares con sensibilidad sobre sus erectos pezones.

—¿Cómo es esto para ti?

—Nash —gime Luna—. No pares. Por favor, no pares.

Como si pudiera hacerlo. Lo estoy disfrutando demasiado.

Mi miembro completamente hinchado está hundido hasta el fondo en el templo del placer, donde está siendo masajeado y mimado con todas las reglas del arte.

Mis manos están llenas de tentadoras frutas que valen cualquier expulsión del paraíso.

Y mis labios saborean las fresas más dulces que jamás he probado.

Los ojos de Luna brillan de deseo y veo que está a punto de llegar al clímax.

Su entrega desesperada es tan increíblemente embriagadora que tengo que contenerme para no terminar antes que ella.

En un intento de calmarme, pongo mis manos en su vientre desnudo y lo acaricio con orgullo.

—Os quiero —susurro, y hablo completamente en serio.

—Nash —gime Luna abrumada y se arquea jadeando—. Por favor, dilo otra vez.

Mientras mi mano derecha sigue acariciando el vientre de Luna, con la izquierda rodeo su rostro y paso mi pulgar por sus labios pecaminosos.

—Os quiero. A ti y a nuestra hija.

Esta confesión hace que Luna estalle.

Con voz ronca e indefensa, llega al orgasmo sobre mi miembro y me ordeña con tanta fuerza que literalmente siento cómo exprime mi semilla fuera de mí.

—Luna...

Me siento desfallecer por la fuerza del éxtasis que se apodera de mí y me rindo sin resistencia a la arrolladora ola.

—Nosotras también te queremos —murmura Luna en mi oído, mientras nos abrazamos mutuamente y disfrutamos juntos de este momento íntimo y valioso de la unión más profunda.

EPÍLOGO - NASH



SEPTIEMBRE

Sostengo a nuestra hija en brazos y simplemente no me canso de mirarla. Es tan pequeñita y tan increíblemente dulce. Y con su sonrisa desdentada conquista a cualquiera en un instante.

Me esperan tiempos difíciles. Los chicos harán cola por ella. ¡Pero no conmigo! Ahuyentaré a cada uno de ellos.

—¿Otra vez haciendo pellas en el trabajo? —sonríe Austin, que aparece detrás de mí y me pilla por enésima vez con mi hija en la unidad de recién nacidos.

—Solo quería comprobar que estaba bien —me defiendo.

—Eso ya lo hiciste hace una hora. Además, su madre está con ella —susurra Austin, señalando a Luna dormida, que trajo a nuestra pequeña al mundo con tanta valentía y ahora se recupera del esfuerzo del parto.

Miro a Austin con el ceño fruncido.

—Uno podrá visitar a su hija, digo yo.

—Sí, claro. Pero no cada cinco minutos. Eres peor que cualquier madre helicóptero. La próxima vez que pase por aquí, seguro que traes una tienda de campaña y querrás acampar.

—Has dado en el clavo. Desde luego que voy a dormir aquí esta noche. ¿Qué te pensabas?

A Austin se le escapa un resoplido divertido, como si creyera que le estoy tomando el pelo.

Pues piensa mal.

—Hace diez meses ni siquiera podías imaginarte *una* mujer en tu vida. Ahora son dos de golpe. Vas a buen ritmo, colega.

—No me quedaré solo con dos mujeres —murmuro soñador mientras devuelvo a Marisa, nuestra pequeña, a su cunita.

—¿Cómo dices? ¿Me acabas de insinuar que planeas tener más bebés? Nash, ya sabes que se puede practicar sexo sin dejar embarazada a una mujer, ¿verdad? Es igual de placentero y a la larga mucho menos complicado y costoso. Pruébalo.

Ahora soy yo quien resopla.

—De eso hablaremos cuando tú también hayas conseguido dejar embarazada a una mujer. Entonces entenderás que tu suposición es incorrecta.

Austin se inclina hacia mí y agita su mano delante de mi cara.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Intento apartar las nubes de algodón rosa que embotan tu cerebro con tanta obstinación.

Aparto su mano de un manotazo y me río.

—Espera a que te caiga el rayo encima y te quedes completamente indefenso. Entonces verás de lo que hablo.

—Menos mal que llevo incorporado un pararrayos. Cuando cae el rayo, se despliega, expulsa el rayo en forma líquida y luego se relaja hasta el próximo impacto.

Sacudo la cabeza resignado y deseo que Austin encuentre una mujer que conquiste no solo su pararrayos, sino también su corazón.

La cuestión es si existe en algún lugar del mundo una mujer de ese calibre y, en caso afirmativo, si alguna vez encontrará el camino hacia Boston.

Aparto la mirada de Austin y vuelvo a centrarme en mi hija. Marisa vino al mundo ayer. Dos semanas antes de lo previsto, pero sana y llena de vida. Luna también está bien, aunque algo agotada.

Hasta mañana, Marisa y Luna se quedarán en la clínica, antes de que todos juntos vayamos a casa y comencemos nuestra aventura.

Apenas puedo esperar a que empiece. Pensar que hace apenas un año esto era inimaginable.

Qué rápido pueden cambiar algunas cosas en la vida.

Austin tiene razón: por estas fechas el año pasado, me costaba imaginar que alguna vez me comprometería permanentemente con una mujer y no creía que encontraría una candidata adecuada. Ni siquiera en mis sueños más locos me habría planteado tener un hijo propio.

Y sin embargo, aquí estoy, más feliz imposible.

Tengo una profesión que practico con pasión, pero que significa solo una fracción de lo que siento por mis dos chicas. ¿Quién lo hubiera pensado?

Probablemente yo menos que nadie.

Pero así es la vida.

Las circunstancias cambian sin previo aviso, quieras o no. Estés preparado o necesites más tiempo. Te sientas capaz o completamente desbordado.

Si se tratara de esperar el momento adecuado para algo, algunas personas posiblemente pasarían toda su vida esperando.

Para evitarlo, la vida interfiere. Aunque a veces la maldigamos porque nos sentimos sobrepasados, al final se asegura de que nos desarrollemos y alcancemos la madurez necesaria para comprender el sentido de la vida con todas sus facetas.

La vida no nos pide opinión antes de actuar. Nos presenta desafíos sin preguntar y depende de nosotros superarlos.

Los numerosos intentos de saltar los obstáculos nos hacen crecer, aunque a veces tropecemos y caigamos con dureza antes de levantarnos de nuevo y seguir adelante.

¿Por qué? Porque merece la pena. Y porque, si tenemos suerte, no lo hacemos solo por nosotros mismos, sino también por las personas que amamos.

Por nuestra familia.

Afortunadamente, parece que mis hermanos también lo han comprendido, y todo indica que en Nochevieja recibiremos de nuestro padre la herencia correspondiente.

Son noticias estupendas porque ahora que sé que nuestra pequeña Marisa fue concebida en la casa de verano de Martha's Vineyard, quiero perder ese lugar menos que nunca. Al contrario. Puedo imaginarme perfectamente trabajando allí con Luna en nuestra próxima hija. O en un hijo.

Hasta entonces, disfrutaré sin nublar el tiempo con mi pequeña familia. De todas formas, no puedo influir en el curso de los acontecimientos.

Los caminos de la vida son inescrutables. Y si la vida no hubiera intervenido, quizás nunca habría comprendido lo satisfactorio que puede ser convertirse de repente en papá y lo estimulante y motivador que es caminar por la vida junto a una persona maravillosa, sosteniéndose mutuamente de la mano y explorando juntos qué otras sorpresas tiene preparadas la vida.

Así que confío en que al final todo saldrá bien y será exactamente como debe ser.



¿Te apetece acceder a **un montón de capítulos gratuitos y exclusivos**, además de una **novela completa gratis** escrita por mí?

Descarga el material extra **AQUÍ** o escanea este código QR y no te lo pierdas:



MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de Formula 1. A los fans de Drive to Survive les encantará.

La serie Titan Racing:

Titan Racing 1
Nunca te enamores del jefe
(Allegra & Hunter)

Titan Racing 2
Nunca beses al adversario
(Riley & Dante)

Titan Racing 3
Nunca te cases con el multimillonario
(Dakota & Grayson)

Titan Racing 4
Nunca te acuestes con el enemigo
(Kenzie & Cesare 1)

Titan Racing 5
Nunca tengas un bebé con el director general
(Kenzie & Cesare 2)



La serie Colorado College:
(Hockey sobre el hielo & New Adult)

Volumen 1:
Amor prohibido sobre el hielo
(Jordan & Carly)

Volumen 2:
Besos prohibidos sobre el hielo
(Chase & Ruby)

Volumen 3:
Segundo chance sobre el hielo
(Ryder & Bella)



La serie Los irresistibles abogados multimillonarios de Nueva York:
(Boss Romance)

Volumen 1:
Salvada por el multimillonario
(Damian & Grace)

Volumen 2:
Seducida por el abogado
(Landon & Violet)

Volumen 3:
Enamorada del jefe rival
(Jameson & Kennedy)



La serie Los hermanos Sloane
(Eishockey Romance)

Volumen 1:
Shelby - Hielo Ardiente

Volumen 2:
Caiden - Corazón Congelado

Volumen 3:
Elliott - Juego Apasionado



Touchdown de Amor
(Football Romance)

Volumen 1:
Enamorada del Quarterback

Volumen 2:
Tentada por el Wide Receiver

Volumen 3:
Deseada por el Running Back

Volumen 4:
Besada por el Tackle

Volumen 5:
Odiada por el Center

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas AQUÍ. También puedes escanear este código QR.

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Como agradecimiento por tu fidelidad, te regalo una novela corta exclusiva y algunos capítulos extra de mis novelas. Simplemente haz clic en el enlace para descargarlos, o alternativamente, escanea el código QR.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

HAGA CLIC AQUÍ

o escanea este código QR:

También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: avaavery.autorin

Ava en Facebook: www.facebook.com/avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

ANTES DE PARTIR

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Cover & Design by *Ava Design*.

depositphotos.com, konradbak, 154760760

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com